3 1761 09545974

# OBRAS

JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

# EL CURIOSO PARLANTE.

---

## PANORAMA MATRITENSE.

---

(I.)

R. Romanos

LS.
M 5824p

# PANORAMA MATRITENSE.

(PRIMERA SERIE DE LAS ESCENAS.)

1832 A 1835,

POR

## EL CURIOSO PARLANTE.

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA CON NOTAS.

34462
29/7/1944

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

Es propiedad.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

# PRÓLOGO

## PARA ESTA EDICION.

*J'emprunte au public la matière de mon ouvrage; c'est un portrait de lui, que j'ai fait d'après nature.*

LA BRUYÉRE.

El público me ha servido de original; mi obra es su retrato.

Cuando en los primeros dias de 1832 empecé á publicar en el único periódico literario de aquella época estos festivos bosquejos de nuestras costumbres contemporáneas, estaba muy léjos de sospechar que llegaria un dia—medio siglo despues—en que sería llamado á reproducirlos por la *décima ó undécima vez* para ser ofrecidos á un público benévolo, que desde su primera aparicion les dispensó y continúa dispensándoles singular indulgencia y simpatía.

Las razones que entónces me movieron á emprender esta agradable tarea fueron detalladamente expuestas en el Prólogo que precedió á la coleccion hecha en 1835 de esta *primera serie* de artículos, que entónces se publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE.

El pensamiento dominante en ellos fué el de reivindicar la buena fama de nuestro carácter y costumbres patrias, tan des-

figurados por los novelistas y dramaturgos extranjeros; oponiendo á ellos una pintura sencilla é imparcial de su verdadera índole y sus cualidades indígenas y naturales, sin exageracion y sin acrimonia, enalteciendo sus virtudes, castigando sus vicios y satirizando suavemente sus ridiculeces y manías.

Mas ¿cómo hacerlo con toda la extension que cumplia á mi propósito? Varios caminos se ofrecian á mi vista para ello, mas ninguno me satisfacia: unos, por lo anticuados ó extemporáneos; otros, por escasos y limitados para mi objeto.—La novela satírica de costumbres, al córte de la de *Gil Blas*, que era lo que más me seducia, estaba enterrada hacía dos siglos entre nosotros, y no era dado á ningun escritor desenterrarla repentinamente ante un público apasionado á la novela romántica de D'Arlincourt, ó la histórica de Walter Scot.—El teatro, que seguramente es el medio más eficaz para reflejar las costumbres con toda su viveza y colorido, era insuficiente para recorrer como yo deseaba todas las clases, desde las más humildes á las más elevadas, y adolecia ya de marcada tendencia al drama romántico, que empezaba á ser el favorito del público.—Por otro lado, yo no podia competir tampoco con la gracia, la espontaneidad y galanura del insigne BRETON, único adalid que se atrevia á sostener esta lucha desigual.—Los cuentos y narraciones fantásticas, los apólogos, los sueños y alegorías á la manera de *Quevedo*, *Espinel*, *Mateo Aleman* y *D. Diego de Torres;* los viajes de Wanthon y de Gulliver; las *Cartas Marruecas* de Cadalso, y otras formas literarias adoptadas por escritores anteriores para describir las costumbres patrias, no eran ya propias de este siglo, más explícito; preciso era inventar otra cosa que no exigiese la lectura seguida del libro, sino que le fuese ofrecida en cuadros sueltos é independientes, valiéndose de la prensa periódica, que es la dominante en el dia, porque el público gustaba ya de aprender andando, y todavía no se le habia acostumbrado á recibir las páginas del libro por debajo de las puertas en entregas ó pliegos sueltos.

Dada esta situacion, pues, y deseando, como es natural á todo autor, procurar á mi obra preconcebida la popularidad

y simpatía, propúseme desarrollar mi plan por medio de ligeros bosquejos ó cuadros *de caballete*, en que, ayudado de una accion dramática y sencilla, caractéres verosímiles y variados, y diálogo animado y castizo, procurase reunir en lo posible el interes y las condiciones principales de la novela y del drama.—Al mismo tiempo, este plan, por su variedad sin límite obligado, me permitia recorrer á placer todas las clases, todas las condiciones, todos los tipos ó caractéres sociales, desde el Grande de España hasta el mendigo; desde el literato al bolsista; desde el médico al abogado; desde la manola á la duquesa; desde el comediante al industrial; desde el pretendiente al empleado; desde la viuda al cesante; desde el seductor á la zurcidora; desde el artista al poeta; desde el magistrado al alguacil; desde el alcalde de barrio al cofrade, y desde el cortesano al paleto; alternando en la exhibicion de estos tipos sociales con la de los usos y costumbres populares y exteriores (digámoslo así), tales como paseos, romerías, procesiones, viajatas, ferias y diversiones públicas, al paso que otros se contrajesen más especialmente á las escenas privadas de la vida íntima; la sociedad, en fin, bajo todas sus fases, con la posible exactitud y variado colorido.—Y dominado por esta idea, y trazado mentalmente mi plan literario, puse inmediatamente manos á la obra, publicando en las *Cartas Españolas* (única Revista periódica de aquella época), en los primeros dias del mes de Enero de 1832, el primer artículo ó cuadro de mis *Escenas Matritenses*, titulado *El Retrato*, y firmélo con el pseudónimo «Un Curioso Parlante.»

De este modo hallaba resuelta la cuestion de forma, y ensayaba por primera vez entre nosotros un género literario absolutamente nuevo, que no habian podido ejercitar nuestros célebres satíricos y moralistas por la absoluta carencia de prensa periódica.—La pintura, pues, festiva, satírica y moral de las costumbres populares habia tenido, como toda tarea literaria, que refugiarse en el periódico y subdividirse en mínimas producciones para hallar auditorio; el mismo Cervántes, escribiendo en tal época, hubiérase visto precisado á reducir sus cuadros á tan pequeña proporcion; y su inmortal

novela, arrrojada en medio de nuestra agitada sociedad, apénas habria conseguido lectores sino dispensándoles sus capítulos á guisa de folletin.

En descargo de mi conciencia y en prueba de mi sinceridad, debo confesar que no fuí solo en lanzarme por este camino absolutamente nuevo. A mi lado tuve un insigne compañero, un modelo de ingenio y de buen decir, el erudito don Serafin Estévanez Calderon, que, bajo el pseudónimo de *El Solitario*, empezó á trazar por entónces en las mismas *Cartas Españolas* sus preciosísimos cuadros de costumbres andaluzas con una gracia y desenfado tales, que pudieran equivocarse con los de un Cervántes ó un Quevedo, si bien el extremado sabor clásico y arcaico que plugo dar á sus preciosos bocetos el erudito *Solitario* perjudicaba á éstos para adquirir popularidad entre los lectores del dia.—De todos modos, el autor de las Escenas Matritenses, que procuraba seguir en la exposicion de éstas una marcha más sencilla y moderna, un estilo más usual, reconoce como su gloria mayor el haber alternado semanalmente, en su primer período, con el insigne *Solitario*, aquel ingenio singular que, por desgracia para las letras patrias, hubo muy luégo de abandonarlas para seguir diversos destinos.

El ejemplo de ambos jóvenes, laboriosos y entusiastas por la patria literatura, no sólo despertó de su marasmo al indolente público de entónces, sino que sirvió tambien de estímulo á otros jóvenes é ingenios privilegiados á lanzarse á la palestra donde habian de alcanzar merecido lauro. Entre ellos descolló el malogrado *Fígaro* (D. Mariano José de Larra), que, animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió, pocos meses despues, sus primeros opúsculos bajo el epígrafe de *Cartas de un pobrecito hablador.*

Hase dicho despues por algunos críticos un tanto ligeros, y en són de alabanza de *El Curioso Parlante*, que era «el más feliz de los imitadores de *Fígaro.*»—Mucho honraria al autor de las Escenas Matritenses semejante comparacion, si la verdad del hecho no fuese que precedió á aquél en la tarea, y por consecuencia, mal podia imitar quien llevaba en

el órden del tiempo la delantera. Así lo confiesa el mismo *Fígaro* en la primera edicion de sus artículos, escritos cuando ya se habian publicado gran parte de los de *El Curioso Parlante*, y en dos excelentes juicios críticos que dedicó á la primera serie de estos artículos (ó sea *El Panorama*), que van extractados á continuacion.

Ademas, como cada uno dió diferente giro y tendencia á sus escritos, no parece que existen términos de comparacion. El intento constante del ingenioso y discreto *Fígaro* fué (con cortas excepciones) la sátira política, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: *El Curioso Parlante* se proponia otra mision más modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las *Costumbres Andaluzas*, el erudito y castizo *Solitario;* y ambos miraron sin asomo de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Fígaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni ántes ni despues ha tenido entre nosotros digno rival, ni áun siquiera felices imitadores.

El autor de las Escenas, apasionado ardiente de nuestros buenos escritores de los siglos XVI y XVII, procuró tenerles presentes, y seguir sus huellas, ya que no en la forma, en la intencion y en el estilo; y embebido en su estudio, se olvidó bien pronto de los modelos extranjeros, prefiriendo ser imitador de los propios á triunfar ó competir con aquéllos.

Todos los géneros literarios tienen sus ventajas respectivas, y el de los cuadros sueltos de costumbres, á más de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos límites todas las condiciones de un drama ó una novela, y acaso conseguir interesar más la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; así como suele acontecer al ligero epigrama, puesto en parangon con la cansada sátira ó con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas ligeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo general el autor que á ellas se dedica no puede subordinarlas todas á un pensamiento comun; y por muy independiente que sea de las circunstancias públicas, escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El largo período de diez años trascurridos desde el primer artículo de esta coleccion hasta el último en su *segunda época* fué tan fecundo en contrastes y en peripecias, modificando en tal grado la fisonomía de nuestro pueblo, sus gustos é inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que sería injusticia juzgar los primeros ensayos de éste bajo el punto de vista del dia.—Y cualquier lector, por poco que medite, echará de ver en la primera serie de estos artículos (que se refiere principalmente á los años 32 al 35, y forma este tomo con el título de *Panorama*) una notable diferencia con la otra, que abraza desde 1836 hasta 1843.—En la *Primera serie de las Escenas*, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, ó si se quiere en la indiferencia política, observará tambien la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imaginacion juvenil: y en la segunda, acaso llegará á descubrir más intencion filosófica, más madurez en la razon, más soltura en el estilo; así como en la sociedad descrita más movimiento político, mayor energía y vitalidad.

Si el autor de estos opúsculos hubiera consultado sólo á su propia voluntad, quizás habria suprimido por entero esta primera parte, como infinitamente más débil; pero ha debido sacrificar el amor propio á la razon, y no sólo conservarla, sino privarse de toda alteracion sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece más sensible su primitivo colo-

rido y hace resaltar más el contraste de aquella época y la que describe despues. Sólo, sí, ha adicionado ambas series con notas, que hacen más perceptible el texto y dan una idea de la marcha y desenvolvimiento de la sociedad retratada.

Expuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse á cultivar este ramo de la literatura moderna, queda á cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fué dado disponer. Entre ellos, sin duda, sobresale la recta intencion y buena fe, así como la constancia en el propósito, llevado á cabo al traves de épocas borrascosas, en que los sucesos públicos absorbian todas las atenciones.—Sin duda hubiera podido dar mayor interes á este trabajo realzándole con el barniz político, que tan apreciado es por los lectores del dia; pero entónces hubiera perdido su carácter inofensivo y permanente en gracia de una momentánea popularidad.—El autor de esta obrita no aspiró á tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatía que logró excitar en el ánimo del pueblo, renuncia desde luégo á la arrogante aprobacion de los sabios ó al alto patrocinio del poder; y sólo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio, ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interes ajeno, ni de propio engrandecimiento.

R. DE M. R.

Hé aquí ahora un extracto del juicio crítico que mereció á Larra El Panorama, ó sea la *primera serie de las Escenas*, única que pudo conocer, por su desgraciado fin en Febrero de 1837.

# JUICIO CRITICO DEL PANORAMA MATRITENSE,

## POR FÍGARO.

. . . . . .

«Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observacion con la ligera y aparente superficialidad del estilo; la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedád, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre, comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otras; que tenga, ademas de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descorrer jamas la mano indiscreta del moralista; para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto, ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

. . . . . .

»Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendrémos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta serie de artículos, que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista*, en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos, despues del Madrid físico, que en su excelente MANUAL habia diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podia ménos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del PANORAMA ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde pueden tocarse y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

»Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y exponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres. Aquí no olvidarémos otra dificultad que se le ofrecia: la España está hace algunos años en un momento de transicion; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño cuyas facciones continúan variando despues que el pincel ha dejado de seguirlas; desventaja grande para la duracion de la obra; y en cuanto á los medios de hacerse dueño de un objeto tan movedizo, EL CURIOSO PARLANTE se podria comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

»Halo conseguido, sin embargo; porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La Calle de Toledo*, *La Comedia casera*, *Las Visitas de dias*, *Los Cómicos en cuaresma*, *Las Ferias*, *La Capa vieja*, *La Casa á la antigua*, *La Procesion del Córpus*. Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las Costumbres de Madrid*, *El Dia* 30 *del mes*, *Las Tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La Político-manía*, *Las Tres tertulias*, *Las Niñas del dia*, *Las Casas de baños*.

»Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: «1802 y 1832», el ingeniosísimo de *El Aguinaldo*, *El Extranjero en su patria*, *El Sombrerito y la Mantilla*, *La Vuelta de París*.

»Si se buscan luégo artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: *El Retrato*, *El Amante corto de vista*, *Tomar aires en un lugar*, *El Barbero de Madrid*, *Pretender por alto*, *Los Paletos en Madrid*, *El Patio de Correos*, *etc.*

»¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse *La Casa de Cervántes* y *El Camposanto*.

»El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país; imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si ménos erudito, más pensador y ménos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecucion.

»Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos; culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre flúido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio; pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta,

defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

»Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura; ha hecho tambien algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervántes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso Hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

»Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que *El Curioso Parlante*, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion, tenemos sí la persuasion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble, capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera.—¿Cómo pudiera ser de otra suerte? —El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro país, nos mueve más á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera; ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general, que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la penca satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.»

FÍGARO.

(*El Español*, Junio 20 de 1836.)

# PANORAMA MATRITENSE.

## LAS COSTUMBRES DE MADRID.

*Difficile est proprie communia dicere.*
HORAT.

«Este que llama el vulgo estilo llano
Envuelve tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.»
LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginacion viva, de una sutil penetracion; si no reune á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudicion amena, y sobre todo, un estudio contínuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Así que un frances actual se parece muy poco á otro de la córte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque más afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido ménos de participar de esta metamórfosis, que se hace sentir tanto más en la córte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse á estas causas las invasiones extranjeras, repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes exteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas, y más que todo, la falta de una educacion sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que, en medio de esta confusion de ideas y al traves de tal extravagancia de usos, han quedado aún (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nacion, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion, que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas extranjeros han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien, desentendiéndose del transcurso del tiempo, la han descrito, no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes..... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta

parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viaje á España*, etc., etc., se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con sus guitarras; á las mujeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada;* así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapiés una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de los ciegos, dándoles un aire á lo Walter Scott; al mismo tiempo que se deprimen nuestros más notables monumentos, las obras más estimadas del arte; y así, en fin, los más sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos traspirenáicos) y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que áun no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reune con otros compatriotas, que se ocupan exclusivamente de la alza ó baja de los fondos de París ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la Mala, se dirige por el más corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luégo, á almorzar *chez Genieys;* despues, al salon de *Petibon*, ó al obrador

de *Rouget;* desde allí á la embajada, y saliendo á las tres — «*¡Peste de país!* no hay nadie en las calles.»—Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al són del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas, gallardamente escoltadas por un picador y un chulo.— «Vamos á los toros.....»— gritos, silbidos, expresiones obscenas.....—« *Oh le vilain pays!*»—Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota—«*En la corrida de toros murieron siete hombres y el público reia grandemente.*» —Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve.—«*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas, que no se las ve.*»—Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto, que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete—«*Las pequeñas piezas en España son pitoyables.*»—No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primera fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía, se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella, como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad—«*Las mujeres en España son extremadamente amables* »,—dice sin meterse á averiguar más respecto á su compañera.—Luégo va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en frances, y para diferenciar, le invitan á jugar al *écarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luégo á su casa y emplea el resto de la noche en extender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gomez* con *donna Matilda*, ó *donna Paguita* con *don Fernandez.*— Pasan así quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo—«*Tableau moral et politique*

*de l'Espagne, par un observateur*» ;—y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el : «*Suivez moi, je vous ferai connaître Madrid.*» — Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del *Manual.*

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros países han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque *siguiendo de léjos* aquellos modelos y *adorando sus huellas*, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y más particularmente de Madrid, que, como córte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las lejanas provincias.—No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos países, sea que marche por un campo vírgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea, en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con *El Retrato, La Calle de Toledo, La Comedia casera* y *Las Visitas* se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al ménos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía, y las

del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero, nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento: *Los Cómicos en Cuaresma*, *La empleo-manía*, *El Dia* 30 *del mes*, *El Patio del Correo*, *El Pleito*, *La Sala y la Cocina*, *El Teatro*, *La Comida de campo*, y otros muchos, ya borrajeados, ya *in pectore*, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridículos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se vengue al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas con que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que, guiado por una luz diáfana, acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público, al leer estos artículos, diga, con Terencio: «*Sic nunc sunt mores.*»—«¡Tales son nuestras actuales costumbres!»

(Enero de 1832.)

# EL RETRATO.

«Quien no me creyere, que tal sea de él,
Al ménos me deben la tinta y papel.»
BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenía una esposa jóven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la córte. Yo, que entónces era un pisaverde (como si dijeramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora; decidia sobre el peinado y vestido de ésta; acompañaba al paseo al esposo; disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararea-

ria un aria italiana, cogeria el abanico de las señoras, haria gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearia la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daria tono á la usanza..... pero entónces..... entónces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba á no faltar aquella noche; y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado; cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero, ¡oh, Dios! *quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! El marido habia muerto hacía un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aún sobre el sofá. — «¿Le mira V.?», exclamó: «¡Ay, pobrecito mio!» Y

prorumpió en un fuerte sonado de nariz; pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luégo un don *No-sé-quién*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: —«Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; —y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leido aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leido á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir:

Mas ¿de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos..... ¡Cosas del mundo!

Poco despues, la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que

(1) *Mais qu'est ce qu'un portrait quand' on aime bien fort?*
*C'est un mari vivant qui console d'un mort.*

habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de nobles; y no hubo más, sino que á dos por tres hiciéronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino; dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas patrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué con ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor, habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entónces en el dormitorio de la niña, aunque, notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados.—Dicho y hecho;—delante de una puerta que daba paso á várias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima..... «¿Qué pondrémos? ¿Qué no pondrémos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh, desgracia!..... un maldito gato, que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y maltrecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que

se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazon tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo, que habia asistido seis meses á la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré más *elegancia*, más *ciencia*, más *buena fe*, más *alegría*, más *dinero* y más *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces.—Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así que, abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilon; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras en la Plaza, y sobre todo, un teatro de la Cruz, que no pasa dia por él.

Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fué cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada; pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas

desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladáres, Metastasio, Cervántes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera ó de Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario, no pudo ménos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre muchos retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatas; cojo el cuadro, miro de cerca..... «¡Oh, Dios mio! exclamé: ¿y es aquí donde debia yo encontrar á mi amigo?»

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del Seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valia el cuadro.—«Lo que V. guste»—contestó la vieja que me lo vendia;—insté á que le pusiera precio, y por último me le dió en *dos pesetas:* informéme entónces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndola volver en breve á rescatarlo; pues, segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera

tirado, á no ser porque le solia servir, cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oir esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez á las ferias? ¿Ó acaso, alterado su gesto, tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato — ¿para qué? — para presidir un baile; para excitar suspiros; para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*.

Nota. Este artículo fué el primero que publicó el autor, con la firma de *Un Curioso Parlante*, en la revista titulada *Cartas Españolas*, del 12 de Enero de 1832. Leyéndole hoy no puede ménos de sonreir al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, así como en los últimos artículos de esta obrita, escritos diez años despues y en su edad madura, lucha y se esfuerza por dar á sus cuadros la frescura y colorido de la juventud.—Achaque es éste natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparacion con épocas anteriores, van á buscarlas, cuando muchachos, á las sociedades que no alcanzaron; y despues, cuando ya maduros, á las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud. — Por lo demas, esta historia de un retrato no es propiamente tal, sino en cuanto está fundada en datos, ciertos unos, calculados otros, y esparcidos en diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condicion.— En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisiéronse entónces buscar originales determinados; pero luégo

los que tal pensaban hubieron de desengañarse de que no fué ni pudo ser la intencion del autor más que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de verosimilitud posible; y así hubo de creerlo, entre otros, el difunto comisario de Cruzada, Sr. Varela, que deseando conocerle, para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los labios le manifestó que destinaba á la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente.—«Porque (añadió con mucha gracia), aun»que el mérito del pincel de Lopez me asegure contra las ferias, no »quisiera morirme con el escozor que me ha producido su artículo »de V.»

---

# LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trajes y semblantes;
»Necesidad, favor, celo, codicia,
Forman tumulto, confusion y prisa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

B. DE ARGENSOLA.

Pocos dias há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie, para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que debia venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho más hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin; vióme mi primo; saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete

mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—Y bien, primo mio, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez la *perla del dezierto;* y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con este rio, adonde vamo-ha-paral.....

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste, que si no es gran puente, por lo ménos es un puente grande.

—Zin duda; y áun por ezo he leido yo en un libraco viejo unaz copliyaz que disen.....

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En Diciembre, de Madrid,
Y en verano, de *Rioseco;*
La que, haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos;
La que.....

—¿Acabarás con tu pintura?—Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta.—Y en efecto fué así, porque llegando á ésta, y miéntras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto; aunque una buena dósis de malicia tercia entre ambas cuali-

dades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; ademas es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia; condicion harto esencial, y en Madrid más que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual y excitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera :

—Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado ; desde luégo debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la córte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura.*

—Punto ez ezte, dijo mi primo , para obzervarle zentados; aprovechemoz ezte poyito.

No bien lo habiamos dicho y hecho , cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venía á todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba á las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchára mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid, y muy luégo supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera ; fijarse miéntras el verano en una rinconada para vender horchata, y trasladarse despues á una plazuela para regir, durante el oto-

ño, un puesto de melones; tales eran los proyectos de éste Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos que, por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cuotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo ménos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos, que parecian uno mismo, aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traian á éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de excitar al más inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos, que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pié á tierra y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas; su pañuelo en la cabeza, y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luégo á contar sus pellejos; mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia veinte, ellos sacaban diez y nueve; y volviendo á contar, sólo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron á correr.

—Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al ménos es

cosa de sustancia. — Ahora van VV. á probar que la tienen.

—A un lao, zeñorez (exclamó mi primo levantándose); á un laito por amor de Dioz, que viene aquí la gente.— Y decíalo por una sarta de machos engalanados, que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

—A la paz de Dioz, caballeros, saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demas.

—Toque esoz sinco, paizano, dijo mi primo sin poderse contener; «¿de qué parte del paraízo?»

— De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

— Buena tierra, zi no estuviera tan serca de Caztiya.

— Maz serca eztá del sielo.

— Como que tiene la cara de Dios.

— Y como que zí; pero dejando esto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traido esta puelta? porque, ó me engañan miz vizualez, ó no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en este lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que ántes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con el viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados á la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertiamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, calderérías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo sólo le contesté que son ochocientas diez las tabernas que hay en Madrid.

Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol; cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas unas á otras y cargadas de paja, que impiden la travesía; acá, una disputa de castañeras; allá, una prision de rateros; por este lado, un relevo de guardia; por el otro, un entierro solemne.....

*Favor á la justicia.—Agur, camaraá.—Requiem æternam.—Pué ya..... ¡el demonio del usía!— Cabayero, una calesa. — Vaya usté con Dios, prenda.— Chas..... á un lado, la diligencia de Carabanchel. — Aceituna bue.....— Señores, por el amor de Dios. — Riá..... toma..... só..... ó..... ó..... generala, coronela.—Perdone V., caballero.— No hay de qué.....*

Con estas y otras voces, la contínua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿ Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—¿Qué he de haser, hombre? eztoy recordando todo el Buffon, á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez ezte que eztá ahí ensima.—Majadero, ¿no conoces que es el leon?.....—Como no lo dise el letrero.....—Vamos, vamos.

«*Parador de Cádiz.*» — «*Aquí se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*» — «*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*» — «*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*» — «*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*» — «*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*» — «*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*»

—¿Qué demonios estás diciendo? —Leo laz mueztraz, contestó mi primo. —Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio..... —Pacito, primo, que tengo buen humor y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca ántes que el lugar.

Tremendos cartelones. — «Teatro del Príncipe. — *El Castillo de Staonins-Coyz, ó los siete crímenes.* —Cruz. — *Los asesinos elegantes.* — Sarten. — *Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-lóbrego.» — Oyez, primo, ¿y ze entretienen los zeñores madrileñoz con eztas lindesaz? — Qué quieres..... ¡el gusto del siglo!..... — Pue hemoz llegao á un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia. — Como que es la principal de la córte y dedicada á su santo patrono. — Póngase en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo léjos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto, al volver triunfantes á la capital del orbe, pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las ca-

bezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van laz reinaz?

—A perderle de vista.

—Si nesecitazen un hombre al eztribo.....

—¿Y son así los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no me han de dar un cacho de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia, por no irritar al pobre mozo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1832.)

# LA COMEDIA CASERA.

*« On sera ridicule et je n'oserai rire? »*
BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, más próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones, al amor, á los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos..... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba V. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—

Tal le decia yo á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, miéntras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y

aquí se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad, queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.—¿Y se puede saber cuál es la escena?—Oigala usted.

—Este jóven, á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y áun á regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luégo que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La Sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase V. un poco, amigo mio) nombrarme su presidente.

Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió:

—Ya conoce V. que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honra. Muy léjos de ello, oficié á la Junta dándola las gracias por su distincion y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trajes*, y comision *de permiso para la representacion*. De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á V., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle que encontramos en la calle de..... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada) y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de más fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, *Las Minas de Polonia*, *Pelayo*, *La Pata de cabra*, *La Cabeza de bronce*, *El Viejo y la niña*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Español y la Francesa*, *El Jugador de los treinta años*, *El Médico á palos*, *El Tasso*, *El Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y *El Café*. Ya V. ve que en nuestra Junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones y los bastidores no se habian pintado más que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian más; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, áun las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes papeles;

cuál llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apénas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado, los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta Junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi várias veces desconocida mi autoridad. — Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablados, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinte y cinco dias se han renovado otras tantas veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscricion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia

con su querida, porque en cierta escena habia permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

«*Despacio, señores.— Más alto.—Conde, que le está á usted manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á V. el rey don Pedro. — Esos brazos, que se meneen. — Usted sale por aquí y se vuelve por allá. — Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego. — Eso no vale nada.*»

Por este estilo puede V. figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Várias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia, se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche, y habiéndome incorporado con D. Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la Compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala, la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero,

hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando, en fin, de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion ó un movimiento de abanico, y entablar, en fin, aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto, los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, ménos el telon, que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?
—¡Qué molesta
Y qué cansada mujer!
—Siempre que te viene á ver
Debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos ántes que los dijeran ya repetia yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oiamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; sólo en una cosa se parecian to-

dos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañadas de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacía de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacía de rey; así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo, y fué que un oficial que sentaba detras de mí dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entónces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa á perder.

—Diga V. que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

—Señores (saltamos todos), no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay más que ver.

Por fin, volvió á sonar el silbato; giramos todos sobre nuestros piés, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor extension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del Rey, ménos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena; y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre

con una altivez sin igual; por último, al decir los dos versos

«A cuenta de este castigo
Tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con D. Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, miéntras D. Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado, en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa; y miéntras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya;* y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

# LAS VISITAS DE DIAS.

*« On s'embrasse, on s'étuffe à force de tendresse, et tout bas on me dit de celui qu'ou caresse.»*

PICARD.

Entre las várias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entónces fué más importante el calendario, así como resultaron más clásicos que los demas algunos dias del año.—Cuando se aproximan, v. gr., el 1.º de Enero, el 19 de Marzo, el 24 de Junio, el 16 de Julio, el 8 de Setiembre, el 8 de Diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterias! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el más lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofrece más animacion, más combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas

grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcaínas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en ménos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso.—Empieza despues el movimiento rápido de barberos, que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luégo, los peluqueros de antaño y los de ogaño, los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estatuas y obeliscos.....

Hay varios modos de dar los dias; el mejor, sin duda, es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aquí no se trata del mejor; sólo sí quisiera trazar el más elegante.

Las ocho, «el barbero»; las nueve, «el peluquero»; las diez, «el sastre.....» el sastre no parece..... ¡maldito sastre....! las once, ya está aquí;—á ver, probemos..... nada, no vale nada; lléveselo V., maestro....; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño.....» Vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* ántes de las dos de la tarde.—«¿Adónde, señor?»—Á la calle de Atocha, número....., casa de D. Sinforiano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la órden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar.

Á este punto y hora saqué mi cartera y empecé á recapitular..... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas..... no es nada..... En seguida me puse á contemplar las tarjetas hechas *exprofeso* para aquel dia. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamen-

te de forma, que apénas hay medio de seguirla..... luégo, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una órden militar, como hacen otros, no sabía cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pié cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luégo quise poner las letras al reves; pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspeccion; hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Perícles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decia. Muy satisfecho de mi invencion, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de D. Sinforiano, y al ir á entrar, me hicieron saber que él se habia marchado, huyendo los cumplidos; «pero pase V. á la sala, que ahí están las señoras.....» Las señoras no estaban, y ántes que se presentasen, ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer *El Diario*. Apareció, en fin, la mamá á medio peinar y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido ántes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que habia de cantar la niña á la noche.

Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz en términos, que no hubo forma de hacerla seguir miéntras yo estuviese allí; con que, me marché. Segunda visita.

Á la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibian*, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oia en las piezas inmediatas no pude ménos de conocer *que habian recibido.*

Gracias á Dios, á la otra me hallé ya con la sociedad más en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision.....

—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá).

«Ya, ya está bueno»; — y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones meteorológicas, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,—«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?—dijo la más vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausa de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal; y luégo otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacía mal tiempo.* Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que más. Hervia la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mién-

tras su mamá, su abuela, su tia y hermanitas ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de éstos, y habiendo sustituido toda la riqueza del órden corintio á la sencillez dórica, apénas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reíanse de mis excesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza, agitando los abanicos, hasta que, en fin, ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías..... Allí la conversacion fué más alegre, más sustancial..... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡Qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡Qué de otras subieron á las nubes.....! Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806, en que subió á su destino, y desde entónces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, sólo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala y me lo encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, várias señoras respetables, y algun otro jóven, hijos de éstos ó meritorios de la oficina, que se ocupaban más que ligeramente de la posteridad del señor don José; y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla más arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que, oyendo las tres, se levantó D. José para rogarme que me quedára á *hacer penitencia:* neguéme absolutamente á ello, pero no pude excusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual se me hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion, despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas,* repetir á éstas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona.* En otras sentaba mi nombre en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos : tiempo y ópera. Deseando darla pábulo, tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella..... ¡qué complots! ¡qué sátiras....! ¡qué mala fe....! ¿Y es ésta nuestra buena sociedad....?

Conociendo, en fin, por las miradas, las sonrisas y los

secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el más atrevido y el más hablador es el que luce á costa del hombre modesto y apocado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, donde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos caractéres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y..... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)

---

# LOS COMICOS EN CUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las visitas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

CERVÁNTES. *Lic. Vidriera.*

«Amigo mio: Hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de V. á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en ésa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me extiendo á más, porque V. comprende mi idea, y sólo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fué la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de....., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque, si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo.

Pero, en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *D. Pascual Bailon Corredera*, el hombre más á propósito de este mundo para sacarme del empeño.—Porque este D. Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro, ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas: ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando á un entierro, ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí á avistarme con él; halléle componiendo su itinerario del dia (del que, en gracia de la brevedad, hago gracia á mis lectores); mas luégo que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adónde me conducia, me persuadió de que al momento encontrariamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—«Porque ya sabe V., añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico*, *bajan* á Madrid los *autores* ó *formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos, formando una compañía; por lo regular, el empresario, que suele ser un actor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algu-

nos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido;*—v. gr.—A, primer galan, entra con partido de 40 reales; B, con 30, y C, con 20; siendo la entrada 225 reales, tocará al primero 100 reales, al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media;* pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apénas llegan á cobrar más de *media parte* ó *un cuarteron* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y áun los de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.

—¿Y hacen ellos esa distincion?

—Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. el famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima explicacion de las ocho maneras de comparsas de representantes, á saber; *Bululú*, *Ñaque*, *Gangarilla*, *Cambaleo*, *Garnacha*, *Bogiganga*, *Farándula* y *Compañía.* Léala usted, pues, que es rato divertido.

—Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

—Sin èmbargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas; pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y áun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis explicaciones.»

Al decir esto, hicimos alto en la embocadura de la calle Ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona (1), que, segun mi amigo, es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones, todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban, ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una, de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores, á fuer de *damas* y *galanes nobles*, chillaban tanto y tan recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza:

«Dame el cigarro, ó las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena, que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos.

Arrancada que fué á la lid aquella heroína, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros, que el coraje habia eclipsado:—«¿Es V., mi querida Narcisa? (exclamó Don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático).—¡Don Pascual! Usted..... pues..... ¡quién habia de pensar.....!—¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado

(1) Estaba en la casa inmediata al café Suizo.

usted la memoria de mi cariño! —¡Ingrato! y ¡cuán mal ha pagado V. mi amor!»

La explicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia : «*Traje de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*»—Más allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV llevaban por distintivo : «*Traje de Cárlos V sobre Túnez.*»—Una mantilla de tafetan con lentejuelas, y un vestido de percal frances : «*Traje de Dido y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.*»—Un tontillo, una escofieta y un jubon de faldillas : «*Traje de Semíramis en la Esclava del Negro Ponto, y demas comedias de Moratin.* »—Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de mujer y un cinto de cuero : «*Traje de Isidoro en el Oréstes.*»—Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje, hasta unos ocho ó diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de D. Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí, dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que.....—Pues luego ¿esos trajes de moros y cristianos.....—Esos trajes son..... son.....—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó D. Pascual; por de pronto ya tenemos dama.—Fáltanos, sin embar-

go, el galan, á ménos que V.....—El galan (replicó Narcisa) le hallarán VV., con todos los demas compañeros, en la plazuela de Santa Ana; hablándole á V. con franqueza (añadió en voz baja á D. Pascual), él no es gran cosa, pero.....—Lo demas de la explicacion no lo pude oir. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa, emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrian se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad resultaba un espectáculo singular; aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguian; más allá se disolvia estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo.

Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la córte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por vía de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas exageradas, contribuian á mantenerlos en su pe-

tulancia y disputas eternas, y en acabando éstas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operacion; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes*, *barbas*, *graciosos*, *característicos* y *partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron á sitiar, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y miéntras un galan de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarado, con voz cigarreña y aguardentosa, nos hablaba de su formalidad; y el gracioso, subido en un guardacanton, nos ensordecia á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza, que me llamó aparte.

—«Pues, señor (haciéndome tres cortesías), no he podido ménos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á V. la escoria del arte; porque ha de saber V. que ésos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domigo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros.»—Y con esto se fué extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos; aunque, á decir verdad, sospeché por su explicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid, con risas y señas, me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor.

Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa*, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido

de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á éste y le dejé con él miéntras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche.—¿Y qué es un *particular?* repliqué yo.—Llámanse así, me contestó uno de los mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo, por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solian, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y áun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales;* y á esta diversion casera llamaban *un particular.*»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fué la noche, marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio éste con várias relaciones de *La Moza de Cántaro, La Vida es sueño* y el *Tetrarca de Jerusalen*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luégo siguieron várias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de *Otelo* entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela.

Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos; sólo diré que era cosa de deshacerse en lágri-

mas de risa; así como al contrario, la dama, por su naturalidad, hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á ésta, los ojos de D. Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibia un hombre embozado y en pié. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto, la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fué animándose hasta el punto en que dice ésta:

. . . . . « Todo me mata,
Todo va reuniéndose en mi daño.....»

—« Y todo te confunde, desdichada »,

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto; pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquélla,

« Mírame, ¿me conoces?..... ¿me conoces?..... »,

la dice con toda la verdad y rabiosa expresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fué la única contestacion, y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshaciamos á aplausos y bravos, y éstos crecieron al oir al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras :

« El cielo soberano te castiga
Por un medio distinto..... ¿Ves la carta?
Pues mira la sortija, aquí la tienes. »

Pero viendo que Edelmira nada respondia; que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido, se disponia á recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podria haber algo más que fingimiento; y por mi parte adiviné de plano la causa, viendo escurrirse bonitamente á D. Pascual, diciéndome al despedirse . « Es él..... »

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque, desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que, reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)

---

# LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

> «Plácenme los cuadros en narracion; en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos, como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo.»
>
> DIDEROT.

Así lo ha dicho un autor frances; por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero, en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romería de San Isidro, y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto más importante de la fiesta. Por lo ménos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras; pero viniendo á mi asunto, digo que aquella noche me acosté más temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

« Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viaje ó peregrinacion que se hace á algun santuario »; y si hemos de creer el Diccionario de la Lengua, añadirémos que « se llamó así porque las principales se hacian á Roma. » —Luégo vino á mi imaginacion la memoria de Jovellános, quien considerando á las romerías como una de las fiestas más antiguas de los españoles, añade: « La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer. » Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecia en el siglo XII, y mi imaginacion se dirigia á cavilar sobre la fidelidad de los pueblos á sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos, con su bordon y la esclavina cubierta de conchas, acudir de luengas tierras á ganar el jubileo del año santo. Luégo se me representaban las animadas fiestas de esta clase que áun hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrian tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora, no venian á cuento, pues que sólo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion, empero, no se durmió; afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó á la opuesta orilla del Manzanáres, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Cárlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada

por su hijo el príncipe D. Felipe con el agua de la vecina fuente, que, segun la tradicion, abrió el Santo labrador al golpe de su ahijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita, y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella, y las elevadas alturas que la rodean, borraban de mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y más que todo, la extensa capital, que se ostentaba ante mis ojos por el lado más agradable, ofreciéndome por términos el Palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general á la derecha; al frente tenía la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba ó creia estar.

Mi fantasía corria libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir. Nuevas y nuevas gentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrian precipitadamente entre los ligeros calesines que volvian vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas, hacian replegarse á la multitud de pedestres, quienes, para vengarse, los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvian de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecian bruscamente á los que iban, y éstos reian del estado de acaloramiento y exaltacion de aquéllos, siendo así que podrian decir muy bien: «Vean ustedes cómo estaré yo á la tarde.» Las danzas improvisadas de las manolas y los majos; las dispu-

tas y retoces de éstos por quitarse los frasquetes; los puestos humeantes de buñuelos, y el contínuo paso de carruajes, hacian cada momento más interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de ésta herian los oidos, entre la vocería de la muchedumbre, que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedian despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habian sucedido las excitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luégo los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora; más allá, los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecian una interesante batería, y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres más caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y suculentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela, en que vertian gruesos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles, ostentando un noble jamon, le partian y subdividian con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual más vária é interesante. — Por aquí unos traviesos muchachos, atando una cuerda á una

mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo, y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos, al pasar por junto á un almuerzo, dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvian á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole á veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedian sin cesar; y miéntras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebian agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente les obligaba á volver á bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas, miéntras concluian los restos del mazapan y bizcocho de galera.

En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconcillos, ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos, que arrojaban cohetes al aire.

La parte más escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban de pié y con sobrada disposicion de almorzar, miéntras los felices que llegaron ántes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes; entre tanto, los dichosos sentados saboreaban una perdiz ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocupóse en fin una mesa..... ¡Qué precipitacion para apoderarse de ella!..... Ocúpanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galan, pone en

manos de la mamá la lista fatal. Los ojos de ésta brillan al verla..... «Pichones», «pollos», «chuletas.....» ¿Qué escogerá? — Yo, lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? — «Venga», gritó el galan entusiasmado,—y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce? — Pues yo á mis pichones me atengo.—Vaya, probemos de todo.— «Venga de todo» — respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz preve, aunque tarde, su perdicion; mas, entre tanto, Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista. — Ahora los fritos y asados, dice, y señala cinco ó seis artículos al expedito mozo. No pára aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo, se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de gente las otras mesas y áun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cual más, cual ménos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apénas podian abrir la boca, las decia aquélla: — Vamos, niñas, no hay que hacer melindres; —y siempre con la lista en la mano, traia al mozo en contínua agitacion.

Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídese la cuenta al mozo, y éste, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde: «Ciento cuarenta y dos reales.» — El Narciso, á tal acento, varía de color, y como acometido de una convulsion, revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo

antecedentes, llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales; entónces llama al mozo aparte, y miéntras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio, salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos, un cierto oficialito, conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aquí el contratiempo; á poco rato, el excesivo almuerzo empieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma catorce del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada su mamá no puede volver á pié.....

No hay remedio; el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia, más el aumento del recien venido, que se coloca en el testero entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á ésta, para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas..... co-mandanta.....*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de San Isidro.

(Mayo de 1832.)

---

# LA EMPLEO-MANIA.

*.....Hìc vivimus ambitiosa*
*paupertate omnes.*
HORAT.

—Pues, como digo á V., el tal D. Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones, que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luégo fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el Ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada; allí se olvidó de su mujer y de su casa, y sólo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y

derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entónces, con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo; ahora ya lo necesitaba, porque aquél cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente; él no oye razones; y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daria su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos y se ha venido á Madrid, donde permanece hace doce años, gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de éstos para mayordomos y ayudas de cámara, de éstos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan ménos de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo, en fin, tras un fantasma, que se le escapa de las manos. ¿No le parece á V. un ente original?

—Eslo sin duda (replicó *D. Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos; sacó D. Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquélla, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

—La manía de D. Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas *del empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nues-

tras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos más útiles, para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante; de un literato un adulador; de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices, sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y ésta, en fin, á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.—

Volvimos á callar, y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me explicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera:

«—Mi padre era un comerciante acreditado en Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital, adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura más que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde, alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la córte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

» Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales, no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin, un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fué el primero de sus infortunios.

» Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su

nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entónces era muy niño; pero, fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquél ponderaba en mí, miéntras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veia llamado le hizo variar de plan.

» Por de pronto no se pensó más que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres, por su parte, se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendia á bailar, tiraba al florete, montaba á caballo, leia en frances y escribia á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual y mi elegante persona, me veia halagado con la idea de una brillante suerte futura.

» Llegué á tener diez y seis años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo ménos, que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entónces eché mis cuentas. — ¿ Comercio ? — Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veia prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes y reducirme otra vez á Alicante. — ¿Letras? — Yo no las entendia; por otro lado, de nada sirven, no siendo las de cambio ó las de Universidad. — ¿Milicia? — La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de exponerse uno á que una bala..... — ¿Iglesia? — ¿Cómo, si me sentia inclinado á la *propaganda?* — ¿Medicina? ¿Artes? — ¡ Para todo esto hay tanto que estudiar!!! — Pues señor (le dije á mi padre),

como V. no me coloque en una oficina, aunque sea de meritorio..... —¡Bravo, bravo! no esperaba yo ménos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel dia empezó á trabajar para ello.

» No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la más alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

» El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad; mas, por desgracia, el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi jefe, y me la propuso, acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á ésta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luégo.

» Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veia un marido á quien ella habia elevado á su altura, cuya consideracion la hacía insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables, que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me vi hecho el juguete de mi casa. Entre tanto

el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo, quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto, de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

» Mi mujer era intriganta y tenía mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues áun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de 4.000 reales, y me hizo gastar 12.000 en trajes y funciones.

» Ya los hijos iban creciendo, y por más que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba su *ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que, mediante sus conexiones, les conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

» Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apénas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyo. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud que, siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

«Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesi-

dades, y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de várias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa, y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento..... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la córte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio.....

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia, á quien, sin el falso cálculo de mi padre, hubiera yo trasmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello, concluiré diciéndole á V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido várias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.»

Al llegar aquí tuvo D. Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo, poco ménos conmovido, traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *empleo-manía.*

(Mayo de 1832.)

NOTA.—De todos los artículos que forman la serie de esta revista de costumbres, éste es el que ménos ha envejecido por su argu-

mento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las *Escenas* encuentra hoy extremadamente pálidos los colores que empleó entónces para pintarla.—No lo parecieron, sin embargo, tales, en aquella época, al censor del periódico, el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustin y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, ántes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustracion y deferencia. — En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones á las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron áun más descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraria colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándoles bien, para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundia hasta en los hombres más ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta. — En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado despues en las revueltas políticas á los bandos militantes, y cuya existencia ó paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasion, en que creyó oportunas alguna correccion ó supresion, le llamó y procuró convencerle de la necesidad, á vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y éste, que respetaba en él la ilustracion, la autoridad y el buen deseo, no tenía el menor inconveniente en suscribir á las menores insinuaciones de tan benévola censura.

---

# UN VIAJE AL SITIO.

*« Comme on voit au printemps la diligente abeille*
*Qui du butin des fleurs va composer son miel,*
*Des sotisses du temps je compose mon fiel.»*

BOILEAU.

Muy agradable es el viajar, pero lo es áun más el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras,* de cierto autor, el que hizo otro *alrededor de su cuarto,* y áun el de *un curioso por Madrid,* me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné, como alguno, á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise, en fin, moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fué el saber adónde iria.

Parecióme por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene más de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno, me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el Imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; más tarde

quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo y estoy ya de vuelta. (Aquí el *Curioso Parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte y demas preparativos del viaje; ántes bien, dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de partida.

El reloj de Nuestra Señora del Buen Suceso sonaba majestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con direccion á la casa de postas de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aún en sus semblantes la impresion de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos ménos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte más saliente de la nariz, ó algun trozo de barba ménos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos, los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«Probaban sus herraduras
En las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direccio-

nes, y al decir el mayoral:—«¿Hay más?»—suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la más lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos; enfrente tenía una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias, fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo más animada, más franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fué la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad y dando á sus palabras el giro más afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas más marcadas, eran contínuo pábulo á su discurso, y los nombres más estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo ménos condesa.

No así la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pié pulido;* escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun re-

nuncio; pero no la fué posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la devolvia un diccionario de expresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas *auténticas* de todo lo más notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Lóndres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos ménos de convenir en que todo el mundo era suyo y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luégo vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir más su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante y sí al que dejábamos andado, que no pude ménos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues, aunque ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos y fumando en luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes á quienes pertenecian (todos, por supuesto, amigos suyos), y áun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro, que podria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi izquierda, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin

tomar aliento, nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando ménos de jefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero éste sólo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como «*tal vez, ya se ve, puede ser*»; que desconcertaron al satisfecho jóven, poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi exclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron ménos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi expresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entónces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era ménos expresivo ni ménos fuerte que el primero, y..... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fué la primera que lo advirtió, ó por lo ménos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habiamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reco-

nocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte, y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no habia querido bajar, hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo, que la ofreció una mano, cubierta aún del anteado guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mio; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entónces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento..... ¡oh sorpresa.....! una mano extraña la retiene..... el primer movimiento fué manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacia en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que sólo cabe en una mente femenil.

La campiña, en tanto, habia variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio,

y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El jóven marido excitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido más grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos ménos con el anciano, que sufria con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí, sólo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les haciamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recien venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres.—«Señor don *Preciso Neceser* y su esposa.»—Servidores de usted, dijo el marido.—«Sr. D. Fulano de Tal.»—Presente, contesté yo.—«Sr. D.....»—Aquí está, prorumpió el anciano.—¡Cómo! ¿es posible? (exclamó reprimiéndose el jóven y llamándome aparte). ¡Desdichado de mí! ¡Con quién me he ido yo á indisponer! ¡Si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo.....!—Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—«Señora Marquesa de..... y su criada», continuó el de los pasaportes.—«Aquí», gritó la señora de la berlina; «la criada está en el interior.»

¡Rayo del cielo fué á mis oidos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreia, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y áun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo, diciéndome al oido:—Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia.

En tal difícil situacion seguimos hasta la fonda de la

Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacia á cortesías con el anciano, que respondia con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y más allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues del mediodia, la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; allí dirigí mis paseos, saboreando, durante la travesía por el jardin, el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decia Lupercio :

« La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras »

Entrando en la plazuela de la fuente, vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pié formando grupos y dirigiendo sus miradas á las más hermosas. La conversacion era poco animada; la escena nada vária, y sólo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto; fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recien venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de..... y luégo los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

« Y bien, Marqués, ¿qué vida llevais aquí? — Chico,

nada, como ves; una vida muy *circular*.—Pero ¿y los jardines.....? —Hermosos, pero yo no he pasado aún de aquí. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros?— ¡Bah!.....—¿Las tertulias?—Aquí no hay tertulias; ya te lo digo, esto *es secarse*.—Por lo ménos, las jiras de campo.....—Nada ménos que eso; quince dias há que en casa de..... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos;* pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana.—¡Pues yo os creia más dichosos!— ¡Ah! ¡Los dichosos sois los que estais en Madrid!»

Por supuesto, debe creerse que en aquel recinto hallaria yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude ménos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la Marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo léjos el satélite de aquel planeta. —¿Quién es ese sujeto? —le pregunté á un amigo que habia hablado al marido.—Este es un D. Nadie, que en todas partes se cree indispensable, porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos, que él los toma por suyos.—¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria si no fuera por sus mujeres!—Entónces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos ménos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin, sólo hallamos de trecho en trecho algun corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo léjos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo ántes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada, tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la

mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetirlas: — «¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿Quién es ese que ha pasado?—¿Y por qué Fulana no va con.....?—¿Han *tronado?* —¿Y N..... tiene *plan* con esa que acompaña?» Y así de los demas. Nosotros, por nuestra parte, nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigiamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la jerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada; y si podiamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entónces!

Cansado, en fin, de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oia el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el D. Preciso tomaba el fresco: convencíme más y más de ello, cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar al mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida, y no pude dejar de notar que no traia botas.

—¡Ah, buena maula! exclamó alborozado al verme: ¿Con que V. es el *Curioso Parlante?*

—¿Quién? ¿Yo?

—Vamos, no hay que hacer la deshecha, que lo sé de buen original y ademas soy suscritor á las *Cartas Españolas;* ¡ay, amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre vuestro viaje! artículo *cómico*, ¿no es verdad? (y la risa interrumpia sus exclamaciones). ¿A qué sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. tambien, ¿no es así? ¿con sus amores con la dama habladora, que luégo salimos con que

era una criada? ¿Y mi mujer? ¿Qué dirá V. de mi mujer y de mí? ¿Soy yo tambien persona que *hace?*

—No, amigo mio (interrumpí con cierta sonrisa); usted es la *que padece.*

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atencion; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrímosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y á la señora, que sentada junto á la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fué el de la turbacion; pero recobrando el mancebo su serenidad, expresó que sólo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa..... Entónces ella se explayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan excelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo, sin pensarlo, tuve que terciar en la relacion de gentes que debian conocerse y apreciarse.—La conversacion se animó; el Adónis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa de Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetia exactamente todos los dias, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y..... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho; como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1832.)

# EL PRADO.

---

«Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡Cuántos, mirándote allí,
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
Que te los causen á tí.»

*Comedia antigua.*

« Hácia la parte oriental (de Madrid), luégo en saliendo »de las casas, sobre una altura que se hace, hay un sun- »tuosísimo monesterio de frailes Hierónimos, con aposen- »tamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de »reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. En- »tre las casas y este monasterio hay, á la mano izquierda »en saliendo del pueblo, una grande y hermosísima alá- »meda, puestos los álamos en tres órdenes, que hacen dos »calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis »fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos »puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales »entretejidos á los piés de los árboles por toda la carrera. »Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que

»ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la »alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, »saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy »apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle »muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. »Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran »parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. »Llaman á estas alamedas el *Prado de San Hierónimo*, »donde de invierno al sol y de verano á gozar de la fres- »cura es cosa muy de ver y de mucha recreacion la »multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de »bien dispuestos caballeros y de muchos señores y seño- »ras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con »gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las »tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, »sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen »cuidado y diligencia de los alcaldes de la córte.»

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid, hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro *viejo*, que, como várias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantára la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? — Diria..... ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su extension, y demas circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal

cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su extension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan, formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibéles, cuya excelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en éstos, los sitios más ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir:

«Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien haceis en hacer prados,
Pues hay bien para quién sean»,

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que, á hurtadillas de sus padres ó hermanos, venian á este sitio al acecho de cual ó cual galan perdidizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver á éstos tan valientes, tan

pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! — ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba, como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado, que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto; su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediacion á la córte del Buen Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres, el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya cubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galanes objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes de verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *salon*, centro de todo el

Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho salon, por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendrémos la calle destinada á los coches que corren á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia Real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr. : detras de un elegante tilbury, que Lóndres ó Brusélas produjeron, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdinegro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas, elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas, ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos, con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no léjos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa ; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino, con grandes faroles y ataviado á la calesera; ni berlina redonda

con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibéles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas, que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaria parte del salon principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto más á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada; y áun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y el polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se *extracta* aquí, no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es, al poco más ó ménos, el valor del capital. La extension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar várias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los piés sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion, muy luégo descubre las intriguillas amorosas; sorprende las furtivas miradas de las niñas, las son-

risas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que, entretenido por el travieso niño, se distrae con él, miéntras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado, por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina, con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada.—Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso, siguiendo á otras.

Todas estas y más mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó; corren precipitadamente á situarse en paraje conveniente, miéntras que una hermosa jóven baja, acompañada de un

caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente :

«—*Ce mari, mon cher, est un homme bien original..... toujours auprès de sa femme.*

—*Cela t'étonne?..... Un chevalier du quinzième siecle.....*

—*Epoux d'une elégante du dix neuvième.*

—*Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*

—*Oui..... et leurs petites femmes..... hein?* (con sonrisa irónica).

—*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—*Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, je conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!*

—*Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle..... Elle ne te regarde pas, mon cher.....*

—*Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit..... oui, mon cher, elle rit.*

—Bravó, *mon cher*, bravó ; *c'est bon signe.*»

Á este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado, le cogió el esposo del brazo y siguieron andando ; viendo el recien venido que ambos consortes iban riendo, no pudo ménos de preguntarles la causa, y el marido, con suma cachaza, le dijo en voz alta :

—Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detras.

—(*Diable*, dijo uno de los dos. — *Tais toi*, replicó el otro.)

—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—Pero hable V. bajo, que lo van á comprender.

—¡Qué han de comprender! Si no saben el español;

nada ; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada ménos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter frances.

—¡Cómo es posible que lo sean! ¿No ve V. que no entienden lo que digo?

—Cierto, que eso me hace dudar.....

(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anochecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenía consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pié á volar y sudar, hasta, que convencidos de que con cuatro piés se va más léjos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar la conversacion. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude ménos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que, por haber paseado *del lado de allá*, ha-

bian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá.*

—Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear á este lado.

—Es verdad; y aunque acaso nos hubiera traido más cuenta.....

—Sí; pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen.

—Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo ésta es una intriguilla de *tercer órden,* y como si dijéramos de *entre sol y sombra.*

En esto, una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—¡Ah, Fulanita, Zutanita, son VV.!—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, miéntras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, la Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejarémos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

# LAS CASAS POR DENTRO.

CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«Señor *Curioso*, muy señor mio : desde que hallándome en esa capital empezó V. á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que, áun despues de mi salida de ésa, refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio áun más importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad más dura que lo que parece; pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y más si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Así es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entónces, cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la córte, siempre le re-

mito al momento en que á V. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor *Parlante*, que como quiera que es más fácil preguntar qué responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que V. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entónces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que V. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á V. muchos años de observacion; y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo, sin embargo, alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos.

»Por ejemplo, no pudo ménos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados: — ¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aún del interior de las casas? Pues qué, ¿nada hay que decir de ellas en Madrid? — Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. — Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habiamos de juzgar con acierto de los dramas íntimos que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fué tanta la fuerza que me hizo esa consideracion,

que me determiné á escribirle á V., y para más empeñarle en mi objeto (y sin que sea visto querer introducirme en su terreno), me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripcion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente á las demas.

» Pero ántes de dar principio á mi bosquejo, será bien enterar á V. de que mi marcha á Madrid fué convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sujeto de consideracion en la córte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus más que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

» Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un luenguísimo caseron. La multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, áun reciente, y las demas circunstancias que constituian su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pié en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver, por mi desgracia, que éste era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

» Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero, ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la córte; por manera que para ganar la escalera era foroszo atravesar entre ambos escollos; es verdad que, en logrando pillar ésta, ya podia uno olvidarse de aquéllos, para ocuparse exclusivamente en las revueltas, desniveles y tor-

tuosidades de tan ingeniosa arquitectura; sólo tenía una contra tan prolijo exámen, y era que si por casualidad se oian resonar en la parte más alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia más remedio que volver á bajar, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á excepcion, empero, de algunos más claros que los de Venecia, por donde se trasmitia, no sólo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica, un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y áun tambien á una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio, enclavado cerca de una ventanilla, prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó más puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre ó una cadena tosca de hierro para llamar. Exceptúanse, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde, sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á V. que la primera vista de ella me causó mucha extrañeza, no acertando á encontrar la más mínima analogía entre las circunstancias del sujeto y las de la habitacion; pero poco á poco me fuí convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas más que en las cosas mismas, y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon*, que consistia en un *cuadri* no más *longo* que de unos veinte piés por quince de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores, un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluian el adorno del salon principal; el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles más, á saber, el indispensable brasero y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenía más relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos, que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Estas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»Tambien tenemos aquí nuestro jardin» — (me dijo, asomándome á un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luégo me llevó al *comedor;* verdad es que entónces estaba haciendo de *sala de baño;* despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso. —¿Y el *to-*

*cador* de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien ésa?—Tambien ésa.—En efecto; luégo pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de Avisos, una Guía de forasteros, un calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental, que el maestro de baile habia prestado á la señorita.—Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea y tan clara como las *Soledades* de Góngora; no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que más léjos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que ésta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. Desde allí se pasaba á una *despensa*, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y, por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya extension era tal, que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó de dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue V. ahora de las demas. Pues siendo cual era, tenía dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas ocupaban las buhardillas, y hasta en un desvancillo que caia sobre éstas habia encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas várias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado, y así es que á los dos meses abandoné aquella mansion y volví á

esta provincia; pero júrole á V. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las contínuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oido perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, y sólo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria á las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

»Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid; ignoro si las demas (hablo tan sólo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso no puedo ménos de compadecer á ustedes, porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, miéntras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y áun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos, espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en —*El Provinciano.*»

Y *el Parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *Provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832.)

NOTA.—Desde que se escribió este artículo en 1832 (hace casi medio siglo) ha cambiado el caserío de la capital, casi en su totalidad, de modo que ya afortunadamente puede decirse que carece

de exactitud aquella pintura, que entónces tenía toda la que exige la verdad.—La reconstruccion de Madrid, que empezó tímidamente en 1821, á consecuencia de la creacion de la importantísima Sociedad de Seguros Mutuos, y se desarrolló despues con la desamortizacion de millares de fincas de manos muertas, tomó un crecido vuelo en 1845, hasta el punto de renovar por completo calles, barrios, distritos enteros, como los de la plaza de Oriente, el Barquillo, el Congreso, la Puerta del Sol y calles adyacentes, y dirigidas las obras nuevas por inteligentes arquitectos, las realizaron con otro gusto y hasta con magnificencia y esplendidez, verificándose una completa revolucion en esta parte de nuestras costumbres.—Hoy, siguiendo el progreso de las artes y la aplicacion á esta industria de los grandes capitales, no sólo ha desaparecido casi del todo el antiguo caserío, y sustituido por otro más cómodo, elegante y de mejor aspecto, sino que con la duplicacion, por lo ménos, de la actual poblacion de Madrid, se ha ensanchado su perímetro en más de una mitad, formando los barrios nuevos y hasta magníficos de Recoletos, Salamanca, la Castellana, Chamberí, Pozas, Argüelles, etc., y haciendo caducar con esta transformacion mi antiguo «MANUAL DESCRIPTIVO», 1831-1844, reduciéndole á ser un documento histórico, tan retrospectivo, ó poco ménos, que mi otro libro «EL ANTIGUO MADRID».

---

# 1808 Y 1832.

*Etas parentum, pejor avis, tulit*
*Nos nequiores, mox daturos*
*Progeniem vitiosorem.*
HORAT.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedian la entrada en mi mansion al aire abrasador, que destruye las fuerzas, y á la accion áun más terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacian entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruaje ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde, segun la expresion de cierto viajero, «sólo se encontraba á tales horas algun frances y algun perro.» — Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un extranjero nos hiciese una

bella disertacion pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta segunda noche nos proporciona. ¡Con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir excesivamente el precio de sus productos! Luégo se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora en que más calor hay y ménos apetito; de aquí sacará la consecuencia de que, sin esta costumbre, la siesta no sería necesaria; despues pasará á demostrarnos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño despues de la comida, por la acumulacion del calor á la cabeza en el momento en que más falta hace en el estómago para operar la digestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto..... tanto.....—Nosotros, sin embargo, bien sea porque la accion del clima pueda más que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharémos, sin responderle una palabra, *á dormir la siesta.* —¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen?..... Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sujeto á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones; que reparte su beleño cuando le place y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba á aquella sazon á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento á la acalorada imaginacion, resolví, en fin, abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él.

Entónces fué cuando hice las reflexioncillas arriba dichas; y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad..... alzo la vista y miro....

No sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino D. Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues éste, ni más ni ménos, era el que en tal guisa y á tales horas interrumpia mi amostazado soliloquio, para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente; y medio tendidos en dos sofás, entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los más cercanos, muy luégo encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias era tenido por el *hombre á la moda.*

—«Desengáñese usted, me decia, el trascurso de treinta años y los extraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado han sido bastantes para alterar nuestras costumbres, en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaria más decorada y decente, observaria más actividad en nuestra industria; admiraria los progresos de las artes; veria con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles; notaria los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trajes, en los monumentos públicos, y quedaria al pronto seducido con esta erudicion *á la violeta*, que hace á la juventud del dia lucir y brillar áun delante de la experiencia y de la senectud.

»Todo esto, no hay duda, ocurriria al forastero de treinta años, y por de pronto, confesaria avergonzado los

progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaria muy luégo la ausencia de otras más sólidas y duraderas? ¿No echaria de ver muy pronto la alteracion que ha experimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraria ya aquella ingenua virtud, aquella probidad natural, que era el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecia á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla, que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda reparticion de fortunas, aquel bienestar general, que ahuyentaba las ideas de ambicion y permitia á todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaria? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusion grosera de todas las clases; ficcion en el trato exterior; cábala é intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia; la pedantería en ciencia y el charlatanismo en virtud. — Esto, desengáñese V., esto, y no más, veria el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme, sin embargo (le contesté yo algo mohino), que la prevencion con que V. mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podria yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que V. afirma.

—No hay regla, me replicó el vecino, por general que sea, que no tenga sus excepciones; y no podré negar que acaso serán numerosas las de ésta; mas, sin embargo,

creo poder asegurar que lo general inclina más bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá V. negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa donde yo concurria diariamente en 1802.

»El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado, hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la córte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigia el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interes propias de quien reune á una buena educacion un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos; y los dos que tenian, varon y hembra, eran el objeto contínuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistia á las escuelas, y fué puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una mujer que algun dia ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre. ¡Cuántas horas, contemplando la ventura de ambos esposos, hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia más que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse más placentera la existencia; el sueldo del esposo y el producto de algunas haciendas bastaban de tal modo á sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

»La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales; jóvenes bien educados; mujeres amables y virtuosas; yo solia asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentacion; franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro ó á

paseo; volviamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto, la primera operacion era refrescar y tomar chocolate; luégo entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacian *juegos de prendas* bajo la inspeccion de las madres. Todo era allí animacion, alegría, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mutuas, no dudaban entregarse á sus puras sensaciones, y yo asistí á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse; las opiniones se debatian riendo; las disputas concluian con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de D. Melchor del Vallecillo; búsqueme V. ahora muchas por este estilo.

—¿Cómo dice V. que se llamaba? (repliqué yo precipitado).

—Don Melchor del Vallecillo. Pero ¿qué tiene usted, que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido ó.....?

—No, señor, no le he conocido, pero ciertamente no podia V. haber escogido otro ejemplo más á propósito para apoyar su idea; y va V. á verlo.

»Yo frecuento en el dia una de las casas más elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una mujer con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para hacer su dicha; pues este hombre, por seguir el sistema de la moda, ha hallado el medio de ser infeliz.

»Llegado á una edad regular, habiéndose casado y ob-

tenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto en que su padre habia vivido, se trasladó á una habitacion magnífica; y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquél, alhajó ésta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo; ayudóle á derramar su dinero, y creciendo en necesidades supérfluas, llegó á poner su casa en un tren que compite con las primeras de la córte.

»Con tan bellos elementos, ¿quién resiste á la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de várias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que, como todo hombre de gran tono, empezó por hacer un viaje de dos meses á París, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y muy luégo fué citada como el modelo de las damas á la moda. Entre tanto, el gasto de la casa se hizo exorbitante, como puede V. creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y áun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la bajeza con objeto de prosperar más en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entónces quedó abierta á ciertos personajes, protectores gratuitos,

y á ciertas damas de córte, á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos hombres de mundo, y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y miéntras tanto obsequia á su mujer; ella tal vez no le escucharia, pero el mismo marido..... ¡qué infamia.....! la obliga á contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto, él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana.....

»Pues esta casa que le acabo á V. de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! exclamó mi interlocutor, ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el jóven criado en el seno de la virtud, ¿habrá degenerado hasta ese extremo?

—¡Ay, D. Plácido! que no es sino demasiado cierto.— ¿Lo ve V., lo ve V.? no le aseguraba yo ántes que hoy dia.....—¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la excelente educacion?—¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia.....!»

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar más.

(Agosto de 1832.)

# LOS AIRES DEL LUGAR.

«¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo;*
Que allí hay más comodidades,
Si los vicios no son ménos.»

*Breton.*

—«No hay remedio, amigo D. Tal; V. está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores acres, proclives, espontáneos y corrumpentes;* y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. á *tomar aires* fuera de Madrid.

—»Si V. me lo ordena.....

—»Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de V., demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo; al mismo tiempo le es á V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á V. sus fuerzas y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos é inocentes, que no ha experimentado aún.

—»Y ¿hácia dónde parece á V. que dirija el rumbo?

—»Adonde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano y á bastante distancia de Madrid.

—»No entiendo esa última circunstancia.

—»Pues créame V., y sígala, aunque sea sin entenderla.»

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin más preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres más puros é inocentes. Todo se me volvia tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por más que cavilaba, nada decidí, hasta que resolví salir á la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe más que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *D. Melquiades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto, la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir *á tomar aires á un lugar.*

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el jóven *don Luisito del Parral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de extranjerismo aprendido en un viaje que hizo á Bayona; por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir, debida á la sábia tijera de *Rouget;* mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroína) alteraba la paz de aquella casa y destruia la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso D. Melquiades se le ocurrió privar á aquél la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los más solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la Ópera, y de ésta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma; y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una melancolía, que acabaria con ella, si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sábia determinacion; y hé aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada; pues viniendo, como venía, lleno de la misma idea, y cargado ademas de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres; atravesé montañas; salté rios, y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta:—«¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?»—y en pasando del espacio que ellos determinaban, ya no habia forma de reducirles.—Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos, de comun acuerdo, que el viaje sería á..... *Carabanchel*, célebre lugar situado donde acaso más de

un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fué la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó más que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruaje; la mamá y la niña, al almacen de *Carrillo*, á comprar trajes y adornos de camino, y á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque muy luégo nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantabile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del vaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos más lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora; y ántes de que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de D. Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino, escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de Abajo.

Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la cam-

piña, marchando entre dos filas de futuros árboles recien plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisaje. Por fin, despues de várias preguntas de cuántas leguas habriamos andado ya; despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo léjos; despues de disertar largamente sobre la incomodidad de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pié á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenía preparada; componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba y várias piezas y dormitorios interiores, que daban á las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prision del Maragato no correspondia en nada al precio que se nos habia exigido, ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al ménos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto, nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epíteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una jofaina sucia y ordinaria, que pusieron sobre una silla, y para hacer que mudáran el agua á cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan; no lo habia

hasta de allí á una hora; quisimos vino, nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traiamos, y áun así no fué posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos formaban á nuestros oidos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido á la algarabía que traian las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas, que no cerraban bien, nos hizo pasar un ratito agradable, parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar.—Pero ¿para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el órden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano; porque ningun objeto nos excitaba á madrugar; porque el dia se nos hacía más largo ó insoportable; porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche; por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid; con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian, lo que gastaban, lo que comian, etc.; luégo solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigiamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde (prévia una es-

quela del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero ó una recomendacion del estercolador) podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura, debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marqués propietario, y, ó teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesías.—Saliamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fe al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigiamos á visitar á algunas de las familias compatricias, á las cuales encontrábamos, ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la *Gaceta de Madrid*, y todos, en general, quejándose de que el dia en Carabanchel tenía cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos de pollo y tortilla, al ménos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormiamos luégo cuatro horas de siesta, y saliamos al paseo de las eras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luégo en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia más necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos en un país árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tédio y desazon; la mezquindez de la habitacion y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de

las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba; todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales, segun mi cuenta, pasamos durmiendo diez y medio), se empezó á tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacía dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las eras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle, vi que se hablaban y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solia verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía; llamamos á su criada, no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item más, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos:

«Amados papá y mamá : El estado infeliz á que me ha reducido una pasion violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado á dar un paso atrevido y ajeno á mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la proteccion de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermin y Manuela y quedo depositada en casa de D..... su amigo de V., miéntras espero allí la aprobacion paternal. Perdon, papá y mamá; no me aborrezcan ustedes, y compa-

dézcanme por haberme visto precisada á este extremo.—JACINTA.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y llegado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobacion, y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió, por fin, á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *á tomar los aires*, y no dudo que curará de sus males; en cuanto á mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la córte, y donde la campiña más vária ofrezca mayor novedad y desahogo.—Esto fué, sin duda, lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832.)

---

# EL PASEO DE JUANA [1].

«Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.»
LUPERCIO.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapiés
Goza, por su noble fama,
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista sólo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.

(1) Este romance, aunque publicado por primera vez en 1832, fué escrito por el autor en 1824, cuando sólo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorreccion, y más aún de la libertad de la pintura.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el dón de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger ambas puntas
La mano diestra empleada,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apénas pisa la calle;
En marcha oblicua y taimada
Sigue á *babor* y *estribor*
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta.

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña,
Y sigue alegre su marcha.

Algunos, más atrevidos,

La dicen «*Pase, mi alma*»;
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado,
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que, más reflexivo,
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se para,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Dala entónces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura extraña,

Hasta que rompe en reir
Y le deja..... ¡cuál quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ánsia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.

Avanza luégo atrevido,
Y sin mirar más que á Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra;

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice,
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no descifradas ánsias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,

Le pára y empieza á darle
Conversacion más que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que, compadecida
De su situacion la Juana,
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Éste, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve á expresar su contento,
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan, despues de un buen rato,
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compaña.

Una escalera de torre

No es más peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él, que se miró en lo oscuro,
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caia,
Por lo ménos tropezaba.

Llegan al alto, por fin,
Y á la puerta Juana llama :
Abrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada ;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta ;

Vase despues, y los deja
En libertad..... Pero calla,

Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejára,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *Dos de Mayo* una estampa
Y un pandero en una esquina,
En frente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

Pero..... ¿adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas, silencio, que á la puerta
En este momento llaman;

*¿Quién es?* (pregunta la vieja).—
—«Abra V., señora Claudia.»—
—«¡Ay Juanilla! que es el Zurdo:
Por Dios que no sienta nada.»—

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja,
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.

Pero no sólo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;

Y entónces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡Oh, placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

# EL DIA 30 DEL MES.

«Reveses de fortuna
Llamais á las miserias;
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?»
SAMANIEGO.

Pared por medio de mi casa vive *D. Homo-bono Quiñones*, jefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caractéres más originales que he conocido.—Fenelon aseguraba que *el hombre más dichoso es aquel que cree serlo;* y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el D. Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al ménos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante, que los años procuran en vano arrugar; ningun achaque destruye su físico; ninguna pena halla el camino de su corazon; ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa, que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible, que le inclina á ver las cosas por el

lado más favorable.—V. gr. : su mujer es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio más que conyugal; pero ¿qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo.—La niña es caprichosa, mal criada y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; pero ¡es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola.—El muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; pero ¡tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! ¡es tan diestro para hacer sus travesuras! que nadie (y ménos su padre) se atreve á reprenderle.—Los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero, si no fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio?—Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes; roban y malgastan lo que pueden; trabajan poco y mal; comen mucho y bien, y duermen mejor. Pero ¿quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «*Il faut que tout le monde vive*», decia Luis XVIII. *Es preciso que todos vivamos*, traduce D. Homo-bono.

Sólo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal, en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra, que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la extraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaria en él original para un nuevo *capricho*.

Llega, por fin, despues de veinte y nueve, la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de jefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demas ocupaciones matutinas adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que, viéndole pasar, gritan: «*las nueve*»; expresion natural y espontánea, que honra más la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina..... ¡Qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca, por supuesto, á D. Homobono, y su imaginacion se espacia considerando su longitud, que le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que D. Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspeda*, y la huéspeda era su mujer.

De vuelta á su casa, una horita más temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes; y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro.

Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pre-

gunta por su salud; D. Homo-bono cambia de color y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías á la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí D. Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El Médico á palos.*) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, se quita cortésmente la monterilla y sube detras de él, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale D. Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle;* más allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de Gramática del señorito, y no léjos de él *il signor Gorgorini, professore di musica e allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina.*

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con majestad, *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que áun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran

cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fué preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los treinta dias, y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *geómetra*, el zapatero *galan*, el fondista *son argent*, el almacenista de géneros *carillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados á són de campana comunal.

Pero la más decisiva de las visitas faltaba aún, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla de don Homo-bono, que venía á notificarle cómo de allí á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto y con un mes delante de sí; su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitia; y así fué que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y D. Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto, aquella noche, para empezar la funcion, hubo música y baile, y el esposo fué el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo, así pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que D. Homo-bono no pudo pagar; y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y así sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luégo no podrá satisfacer, y luégo vendrá la vejez, y luégo se jubilará, y luégo, luégo..... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon.

(Agosto de 1832.)

NOTA.—El tipo del empleado antiguo, consecuente, asiduo y rutinero, que trata de describirse en este artículo, se reproduce más adelante en otros bajo sus diversas fases de *Cesante* y *Preten-*

*diente*, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administracion. — Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *D. Homo-bono Quiñones* es un personaje casi fabuloso, ó por lo ménos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido, pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas el *Diario*, y á regalarse todas las noches con *La Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las mesadas de cesantía, paga su modesta mansion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las Cuarenta Horas, reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas, como uno de los personajes de *La Paga de Navidad*.

---

# EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«¡Ay cielos! sueño despierto;
Pierdo cuando estoy ganando;
Soy lince y á oscuras ando,
Y, en fin, apunto y no acierto.»
TIRSO DE MOLINA.

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso?* ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo ménos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizás no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las várias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el órden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus

bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apénas hay amante que no lo sea?

Por otro lado, ¿quién le ha dicho á V. que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su orígen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion ó de los excesos de la juventud? Con que, ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él..... ¿No?..... pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R..... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras.—¿Y quién es el tal?—El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es, por lo tanto, extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el jóven mancebo tiene un defecto capital, y es..... el ser corto de vista, muy corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras; no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido, como otros muchos, de este mismo defecto para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada ménos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido, y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto á otra persona.—Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen

otros sin necesidad y sólo por petulancia; pero ¡dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la Mazzowrka. — Buen remedio, por cierto, el lente colgante; pero, ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? — Si la hermosa Fílis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto ántes? Si creyendo sacar á bailar á la más hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues? — Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de véras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon, y una noche en el baile de la Marquesa de.... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo ménos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle,

«*Faute d'avoir le temps de se metre en courroux.*»

Y hé aquí á mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada.

Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho más que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos;

tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon; la iglesia donde acudia á oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacía esquina á cierta calle; mas por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fué la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon, ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apénas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon.

Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco, todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que, desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la

otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor y hablar á la airosa vecina.

Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile..... Miró despues la casa, y alcanzando á ver *Visita general, número* 12 (1): ¿cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, ménos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* anteojo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar..... son ellas..... Mauricio se deshace á señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase á la niña y la dice :

(1) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió ántes de adoptarse la nueva numeracion de las casas (1836), que por su órden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

—«Señorita, perdone V. mi equivocacion..... si sale usted luégo al balcon la diré..... entre tanto tome usted el pañuelo.

—Caballero, ¿qué dice usted?—le contestó una voz extraña á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelarle que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo.

—Señora.....

—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

—¿Qué es eso, niña?

—Nada, mamá; este caballero que me da un pañuelo de Matilde.

—¿Y por dónde tiene este caballero un pañuelo de Matilde?

—Señora..... yo..... dispense V..... el otro dia..... la otra noche, quiero decir..... en el baile de la Marquesa de.....

—Es verdad, mamá; el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

—Cierto, es verdad, señorita; se quedó olvidado..... olvidado.....

—Á la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos á V. las gracias.»

Un rayo caido á sus piés no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposicion del drama, y él no sabía qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo léjos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los

sucios carros de la limpieza, era lo único que heria sus oidos y áun sus narices; hasta que, cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto, por consejo de la hermanita, callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operacion, se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon..... y..... ¡oh felicidad!..... una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra..... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció *para siempre* al amor; pero, en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo.—Era una de aquellas noches apacibles de Julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amores respectivos. Mauricio, con su franqueza natural, contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian propor-

cionado; pero al acabar esta relacion, sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde, entre otras personas, observó sentados á un militar y á una jóven; arrímase un poco más, saca su anteojo..... (¡insensato!, ¿por qué no le sacaste desde el principio?), y conoce que la que tenía sentada á su espalda oyendo su conversacion era nada ménos que la hermosa Matilde.—«¡Ingrata!.....», fué lo único que pudo articular; miéntras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro.—«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—«¿Pues quién?.....—No sé..... llévelo V.; á las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras, aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya..... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare que *cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y él era el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grande agitacion de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—«Bien mio, dijo Mauricio con voz almibarada, ¿es usted?

—Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo), ¿es contigo esto?

—Papá, conmigo, no, señor; yo no sé.....

—No, pues estas cosas tuyas son ó de tu hermana.

—Para que vea V. (continúa el galan amartelado) si tuve motivo de enfadarme; ahí va el billete.....

—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle.....»

Dicho y hecho; éntrase en la sala mirando á su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee..... «*Caballero, si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á V. esperanzas locas*.....

—¡Cielos! pero ¡qué veo!..... esta letra es de mi mujer.....

—¡Ay, papá mio!

—¡Infame! ¡A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas!

—Pero, papá.....

—Déjame que la despierte y que alborote la casa.»

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó á medio entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron consentir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado, llama á la puerta; asómase el padre al balcon: — «Caballero, tenga V. á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.— El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta. —Escoja V., le dice.— Serénese V., contesta el jóven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa es bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela.»

Aquí hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso coronel.

Al dia siguiente la Marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; á pesar de que ésta, mirada de cerca, á buena luz y con anteojos, le pareció á aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer, para olvidar éstas, sino una sencilla operacion, que era..... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832).

---

# LAS TIENDAS.

---

«¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trajes?»

B. DE ARGENSOLA

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenía sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazon en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á más no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa, ya á una esquina ya á otra; y miéntras nada hacía, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion y la variedad de nombres clásicos que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz», para pensar tampoco se necesita estar en pié; y esto diciendo, enfilé por lo más ancho la famosa calle Mayor, huyendo

de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos; y dejando á un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, dí fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos, quiero decir, que no habia más gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

—Felices dias, señores.—Adios, Sr. D. Tal (*le nom ne fait pas à l'affaire*).—¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿Qué es esto? vuelvo á decir; ¿qué soliloquio es éste? ¿Ha invadido el cólera morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes?* Porque sólo causas tan graves pudieran hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el más almibarado; pero no hay que extrañarlo, pues en el *Diario* de hoy se hacen tales anuncios, que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que, desengañada por la milésima vez, venga ántes de una hora, como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante, seguida de su lacayo, y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el nombre de Marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla, mirándose al espejo que tenía enfrente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil dijes y chucherías sacó, algo arrugado, el núm. 89 del *Petit Courrier*. Entónces abrió un lentecito de oro, miró por encima de él, leyó un rato, despues ojeó otro poco, luégo recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.

—«No tenemos», le contestó el más próximo de los mancebos.—«¿Cómo que no?», interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin.» «¿No te acuerdas de aquella tela.....» (Aquí bajó tanto la voz, que no le pude oir.)—«¡Ah! sí, es verdad», le contestó el primero.—«Vé por ella.»

En efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento, sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demas mancebos me dió á sospechar que si no era la prevenida en el núm. 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas; preguntó el precio; los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó..... una tarjeta muy elegante, con yo no sé cuántas armaduras y jeroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe el lúnes; verdad es que no designó cuál. No pude ménos de sonreirme de esta salida; y no bien se hubo marchado, y miéntras lo sentaban en el libro á continuacion de otras cinco ó seis partidas pendientes, dí un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reiamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, éstas en un interesante *negligé* y aquélla en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Nápoles*, *poplines*, *organdís*, *crespones*,

*barég*, *moirés*, *paliacats*, *cotepalis* y demas, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras.—Ellas entre sí armaron una algarabía singular; cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; ésta se ponia un pañuelo al espejo y nos parecia muy bien; luégo se le ponia la mamá y nos parecia muy mal; despues disertaban sobre las cualidades; si aquél era más fino que éste, si éste más elegante que esotro,

«Si el tafetan de Florencia
»Abulta más que el de España.»

Preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondia que de *Lion*, y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decia *Barcelona;* por fin, apartaron no sé cuántas cosas y empezaron á pedir precios. Allí fué el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos «que eran unos picarillos, que no hacian gracia á las parroquianas», con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del más mal encarado les impuso en su deber y respondieron unánimes:—«no podemos»;—con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que, á juzgar por su aire, sus modales y vestido, califiqué desde luégo de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirla, despejando el mostrador, no pudo ménos de picarme la curiosidad de saber quién era; dirigíme para el caso á uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa

de un empleado muy subalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando, habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran, al poco más ó ménos, el sueldo de dos meses de su esposo), hecho lo cual cargó de otras várias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna, una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él diciéndome: —«Cómo luce la Fulana las onzas que ganó ántes de »anoche en casa de..... Valiérala más pagar al casero.»

Ya á la sazon ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido á buscar un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacía rabiar enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó con darla lo que pedia; item más, con la galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se habia acabado esta escena, empezó otra en la cual tuve el honor de figurar, y fué la que produjo la entrada de cierta señora conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio, nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado, era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que, en fuerza de mis observaciones, le hice reunir una partidita más que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia yo de hacer! La ocasion no era para rechazada; volvíme á ella y la dije: —«Paquita, no pase V. cuidado por ello; que está en tierra de amigos, y hallándome yo aquí.....—¡Oh! no; ¡cómo tengo yo de permitir.....!—Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace

falta para arreglarlas un pequeño pico como ése.» En vano me replicó dulcemente; yo insistí con más dulzura; y dulcificando más y más nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos á domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de gente, y eran tan rápidos los movimientos, que no podia enterarme de ninguno: sólo llamó mi atencion una pareja jóven, tan exigua y acaramelada, que no pude dudar que se hallaban todavía en su *luna de miel.* Con efecto era así, y un conocedor no podia ménos de adivinarlo al ver las excesivas blondas, follajes y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galan. Por de pronto, hizo sentar á la esposa con cierta solicitud que me dió á conocer sus esperanzas paternales; empezaron á pedir, y todo era poco para aquella exigencia del alfeñique femenil, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ya ver hechos los trajes de aquellas brillantes telas, agotada la imaginacion de las modistas en crear con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.»

Pero luégo conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirian mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso, despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran más que los once y media, me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño

mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinqués; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos.

Queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debia tomar, alabarme su belleza y asegurarme que era igual al que llevaba el Duque de..... y en fin, á hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que dí poca importancia á sus expresiones, tomé el que me pareció, y áun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que le cogió en sus manos, empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brío, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luégo otro de ellos fué á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo, pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detras, y haciendo los mismos elogios de todo lo que ponia en precio; con esto y con algunas palabras más ó ménos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante expresivo.

En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquélla en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y miéntras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compas con la cabeza, pié y abanico, la niña, en el extremo contrario, hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, ántes bien tenía todo el carácter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente á buscar á

la niña; pero ya ésta habia visto su movimiento en un espejo que delante tenía, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga..... ¡Oh, inocencia digna de la Edad Media.....! La mamá tuvo trabajo en disuadirla que era fingido, y el galan entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa, que ya preveia su próxima disolucion.

Yo reia de véras de toda esta escena, y por tener un pretexto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servia de pedestal á Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse á observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce, y tuve que echar á correr, sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente qué es lo que yo habia hecho en una hora, y no pudiendo ménos de convenir con Moreto:

« Que de aquí para allí
Y de allí para aquí,
De allá para acá
Y de acá para allá.....
El tiempo se va. »

(Setiembre de 1832.)

# EL BARBERO DE MADRID.

*« Pronto a far tuso*
*La notte e il giorno,*
*Sempre d'intorno*
*In giro stà. »*
ARIA DE FÍGARO.

¿Sabe V., señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima, de comunicarle *semanalmente* un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa, para luégo mirarla con tibieza y hastío? —A la verdad, que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígolo por el mio, pues éste claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial; de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto (puesto que maldita la gana tengo de ello), preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de responder con pa-

pel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma; dispongamos papel y..... Pero entiendo que ántes de empezar á escribir, bueno será pensar sobre qué..... Así lo recomienda el célebre satírico frances :

«*Avant donc que d'écrire, aprenez à penser.*»

Mas no hay por qué detenerse en ello, sino imitar á tantos escritores del dia, que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias, á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento..... Esta..... la otra..... nada, la voluntad dice que nones; pues, señores, medrados quedamos.

(Aquí el *Curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa.* La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia, sacando al autor de su éxtasis.)—Hola, maestro, ¿es usted? me alegro; con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que á aquél le retrató Beaumarchais, y á éste le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! — Pero, en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el Barbero de Sevilla tambien; ademas de que ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y áun en danza, y nos lo sabemos de coro. — Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del dia; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no..... pero,

en fin, maestro, cuéntenos V. su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amén;* de manera que con el señor cura, mis padres y yo componiamos todo el cabildo. En mi casa se tenía por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque así lo habia soñado mi madre, y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin, pero por más que discurrian no podian sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar, me colgaba de las cuerdas de la campana, y con piés y manos las hacía moverse, ni más ni ménos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma, tanto me querian sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañanita, sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la Carrera de San Francisco de esta heroica villa, en casa de un primo mio; y habiéndome dicho el nombre de la calle, dí por realizado el ensueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirugía y llevaba dos años de asistencia al colegio de San Cárlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto á la Anatomía, que se empeñó en disecar á su mujer. Así que yo, luégo que perdí el miedo á las terribles expresiones de *fisiología*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras así, de que abundaban aquellos librotes que él traia entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma pro-

fesion, y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina, á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna.*

Luégo que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado ademas en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de Anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo, que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude de aquel paso y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios; aunque por entónces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores me hallé con que sabía tanto como mi maestro, y que sólo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y muy buenos maravedís; y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entónces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y si no mirase al dia de mañana, créame V. que la vida que llevo no es para desear mudarla. —Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asistir en clase de oyente ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que

quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una Marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brebajes; en otra casa, el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra, don Críspulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de más allá, una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la extendida magra, ya la suculenta costilla, con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi exámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro; y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo,

y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago escapatorias á colgarme á la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz.

Hé aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mi santiguada, que yo no.—

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta, y acordándome de la narracion del barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló, tenía coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las más limpias.

Hícelo, en efecto, así, y me fuí á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido extraño me despertó. Parecióme oir puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban al lado de la calle; mas diciendo como don Diego en el «Sí de las Niñas»: «*¡Pobre gente! ¿quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música?*», volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto, algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

«Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.
»Que sus saetas
Tienen más poderío
Que mis recetas.»

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba, ó yo me habia equivocado, dejéle echar

el preludio de la segunda copla, miéntras el cual la hermosa Maritórnes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió á cantar:

«Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
» Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Ménos tu Pedro.»

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de V. no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Parécele á V. que aquí somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son éstas para venir á alborotar el barrio? Por mi fe, seor Monaguillo Parlanchin, que así vuelva V. á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritórnes que está á mi espalda no le tornará á colar más chorizos en la bacía.—

Y diciendo esto, cerré estrepitosamente la ventana y me fuí á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galan; luégo la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia, se pusieron á mis piés, pidiéndome licencia para matrimoniar. ¡Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ó *romántico*: alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal digerido sermon, les dispensé mi vénia; item más, me ofrecí al padrinazgo y áun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

# LAS FERIAS.

---

«*Ferias* me pide por Mayo,
Y para pedirlas Menga,
Cada dia es San Miguel
Y todo el año son ferias.»

ESQUILACHE.

«Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías; quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos; la desdicha suele á veces comprar el talento, ó cambiarse éste por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á más subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, pretende adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero;* con ella se logran las comodidades, los placeres, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física.

—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y áun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va V. á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aquí sólo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria;* ¿qué tiene que ver lo uno para lo otro?

—Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en más rápida accion todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarnos unos á otros.

—Vaya, déjese V. de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa, ante todas cosas, que la de esta villa, que empieza el dia de San Mateo, 21 de Setiembre, fué concedida por privilegio del rey D. Juan el II en 8 de Abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el dia de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una que concluye en 4 de Octubre; y hé aquí sin duda la razon de que áun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.

—Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica; aunque si va á decir verdad, no le encuentro más oportuno que mi exordio filosófico.

—Tiene V. razon, señor Provinciano; pero por algo habiamos de empezar á hablar.»

Aquí callamos los dos, y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que, pasando por la calle de Atocha,

—Venga V. acá, dije al Provinciano, que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del

mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la mujer que los vendia : — « Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses », — entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina habia obligado á su dueño á desprenderse de ellos ; á lo cual nos satisfizo la prendera diciéndonos que pertenecian á una cantatriz italiana que habia concluido su contrata; estando en esto vimos llegar á una jóven, acompañada de un caballero, que los puso todos en precio; y al ver su resolucion, sus modales, y más que todo, la condescendencia del caballero, no pudimos ménos de conocer que aquélla empezaba entónces *su contrata*, aunque de distinto género.

Más allá, en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos los gustos, desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela, sin que en las distintas *exposiciones* que desde entónces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuanto y no en aquel momento mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera; y hé aquí que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aún de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes serios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanacion!..... en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia : « Al Excelentísimo señor Marqués de la Ensenada, Ministro de S. M. Fernando VI..... » ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval!.....

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados, que parecian la verdadera efi-

gie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr. : uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena, consistia, ni más ni ménos, en los siguientes efectos : media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos piés y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja; y áun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que, despues de haberlo considerado todo detenidamente, lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas.

No pude contenerme, y sin más preámbulos me determiné á preguntarle para qué podria servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó : — « Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-María; desde entónces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Así que vi este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon; el espejo, para la claraboya de la escalera; las puertas rotas, para ventanas; la escopeta, para el cañon de la chimenea; las alcarrazas, para bajadas de agua; los clavos, para los adornos, ménos uno que servirá de badajo á la campanilla; y la rodela agujereada, para tronera de la cueva. Conque ya VV. ven que todo puede servir en este mundo.» —

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato

y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leido la firma que estaba al pié), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no estaba tan al corriente como ellos; así que para él era el mejor el que tenía mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una coleccion de brillantes mamarrachos.

Parado estaba yo delante de un retrato, muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude ménos de escandalizarme de que, viviendo todavía, y áun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veian, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó á pasar, manifestó con tales véras su descontento, que no pudimos ménos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó quién vendia aquel cuadro; contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado despues de mandárselo hacer; á lo cual mi galan, algo abochornado, lo rescató sin reparar en el precio, y sólo exclamó :

«¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!»,

con lo demas que se sigue, miéntras nosotros quedamos riendo del epigrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullia tanta multitud ni se reproducian más escenas que alrededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y miéntras cogiamos éste, abriamos aquél, hojeábamos el otro ó tirábamos el de más allá, no podian ménos

de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo: llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho; de estos que todo lo desprecian y que nada hacen; de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en aleman; pero miéntras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos ménos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor señal de entender el texto. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de Artes de Cocina, Formularios, Guías atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á cuatro reales chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M..... porque tenía un forro muy bonito, y luégo, en leyendo la portada soltábanle, ni más ni ménos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros dias, cuyos recientes anuncios ablandan aún las esquinas de la capital, yacian en aquel *osario,* heridas de prematura y no sospechosa muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas en galería; las Artes para todo, que de nada sirven; los Tratados breves; las Memorias y Folletos; las Enciclopedias que pueden ir en carta; las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones ¿Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al ménos hice mis *Mementos*, y por si tambien me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: «*Domine, peccavi; miserere mei!*»

Apartámonos de aquel sitio y llegamos á la plazuela de

la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinado á más terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar por su lado, hirieron mis oidos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo : — « *Tan, tan*..... Ahora van VV. á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias. »

Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habiamos de atravesar todo Madrid para verla, era más cómodo mirarla pintada, por dos cuartos; pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir :

« Aquí verán VV. qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan : *tan tan*.....

Van VV. á ver la famosa feria de Madrid..... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos : *tan tan*.....

Miren VV. cuántos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea más que de estorbo : *tan tan*.....

¡ Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados!..... *tan tan*.....

¡ Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso! ¡ Ay ! ¡ y qué pintaditas y qué compuestitas !..... *tan tan*.....

¡ Cuántos platos y pucheros y qué poco que comer; cuántos servicios y qué pocos méritos ; cuántos libros y qué pocos que lean !..... *tan tan*.....

Miren VV. qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te..... entones..... *tan tan*.....

Observen VV. ahí á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese

que va detras no es el criado, que es el marido..... *tan tan*.....

Vean VV. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no..... *tan tan*.....

¡Atencion! miren VV. esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos, y ellos tambien se paran en frente!—¿Qué quereis, hijas mias?—¡Ay, mamá, férienos V. un muñequito!..... *tan tan*.....

Á esotro lado vean VV. un militar buen mozo, que se estira los bigotes; y cómo le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice:—«Mi alma, ¿quiere V. que la ferie?», y ella dice:—«¿Y por qué no?» Y la compra avellanas, y azofaifas, y acerolas, y nueces, y..... ¡ay, pobrecito, mira no te ferie ella á tí!..... *tan tan*.....

Vean VV. esotro elegante que hace parar un coche y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes..... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana..... *tan tan*.....

Vamos, señores, que se va haciendo tarde; ¿he dicho algo? pues áun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan VV. cuenta que llegamos al dia de San Francisco..... *tan tan*.....»

Y tapó el cristalejo, y nos dejó á buenas noches.

(Octubre de 1832.)

# GRANDEZA Y MISERIA.

«No son todas las leyes generales,
Que muchas excepciones hay en ellas,
Ni las cosas del mundo son iguales.»
L. DE ARGENSOLA.

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud, contraje amistad íntima con el hijo del Marqués de....., jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entónces, y como me pesa no serlo ahora; nuestras relaciones no eran de esas superficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen combinar; ántes bien tenian el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los ménos), ni en los que dábamos á la distraccion y los placeres (que eran los más), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del Marqués) unia á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo)

los estudios de Ricardo se habian limitado á esto solo, y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta; la obligacion en que su elevada cuna le ponia de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun dia pesarian tal vez sobre sus hombros, y le ponia delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulacion llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y sí sólo de aquellos que lo necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada más necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigilias, y sólo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre Marqués en términos, que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entónces su casa fué la mansion de la disipacion y de los placeres; los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas más bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido; las modas de París y de Lóndres, los coches de Brusélas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores, que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Lóndres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes extranjeros, muy pronto se vió asaltado de acreedores y chalanes.

La suerte me separó por entónces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al extremo; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos, y el nuevo Marqués, al noticiármela, al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que habia variado de vida, arreglado sus negocios y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha á la córte, adonde le llamaban sus deseos hacía muchos años, y desde entónces nada volví á saber de él, hasta que habiendo yo venido á Madrid, le visité como á un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al Marqués de....., uno de los hombres más visibles de la córte, y cuyo tren y magnificencia oia ponderar por todas partes. Recibióme con atencion, pero sin cordialidad; me enseñó con una distraccion afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y carrozas, y áun me presentó á la Marquesa como un amigo *de su niñez;* pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentílo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados, atravesando la calle de Alcalá, me oí llamar desde un coche y conocí al Marqués, mi antiguo camarada; no dejó de sorprenderme esta demostracion, pero áun más me sorprendieron sus instancias para que al siguiente dia le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme accion para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el momento, me encaminé á la casa del Marqués, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y á fuer del precepto de «*Nadie pase sin hablar al portero*», escrito en enormes caractéres sobre la pequeña casilla de éste, me dirigí á él para darle mi nombre; pero fué en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me enseñó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres alrededor de una mesa, que jugaban á los naipes, y sin alzar los ojos á mí, ni informarse á quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento y abrieron una mampara que daba entrada á un salon cubierto de dobles filas de bufetes, todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazon fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros, si se contaban desde tal ó tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del Marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mi llegada, ántes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E., y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas, todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas habia varios rótulos, como *Secretaría*, *Contaduría*, *Archivo*, *Tesorería*, etc., etc.

Las ocupaciones de aquellos señores eran várias; cuál se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cuál leia la *Gaceta* con los codos sobre el bufete y meneando los la-

bios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormia en un sillon con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luégo entraron los porteros y traian sendas botellas y vasos acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron á tomar las *once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.

Compadecíme del Marqués, á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad; pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que hiciéronme aguardar hasta que llegase el *portero de estrados;* pareció éste al cabo de un buen rato, con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E., díjele que era llamado; y entónces, sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y éste á otro, que me hizo dar con el *secretario particular,* quien ya tenía antecedentes de mi visita.

Abrióse, por fin, la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete, me encontré al Marqués, que acababa de dejar el lecho y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse, miéntras se entretenia en formar várias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió, tiró todas las fichas y corrió á abrazarme, en lo cual y en su expresion amable y sincera volví á reconocer á mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él, cogióme el Marqués del brazo y descendimos al jardin, donde empezó la conversacion de esta manera:

—«Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido extraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.

—Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada más que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el ambiente de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.

—Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debia inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad; es más bien un sentimiento de egoismo.

—¿Cómo?

—Sí, amigo mio, necesito de tí.

—¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso Marqués de.....

—¡Poderoso!..... ¡ay!..... no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero: juzga tú cuánto más necesarios me serán en la desgracia.

—Habla, mi querido Marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.

Un momento de silencio y un estrecho abrazo del Marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

—Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquéllos, y áun me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida á Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban

á todo, y áun me parecia imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé!..... ¿Querrás crerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes, sin duda, hablar de mis funciones y mis festines; considérasme el mortal más feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí: sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el más miserable de mis colonos es más feliz y más poderoso que yo.

—Creo haberlo adivinado.

—¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, miéntras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interes y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que á una ligera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ése me presta á un interes enorme los productos de mis posesiones. ¿Esos administradores avaros, que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre, bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues ésos son otros tantos señores, con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara, que se inclinan á mi paso con el más profundo respeto? Pues míralos un momento despues, veráslos vestidos con mis ropas, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas, que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo, por no chocar con la costumbre y áun con las ideas que recibí en la educacion.

—Pero al ménos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.

—¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden, ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos, alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan, por ventura, las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el más infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravando enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luégo sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y á falta de éstas han llegado á no prestarme por nada?—Los criados me piden sus sueldos; mi mujer, su dote; mis hijos, su fortuna, y la memoria de mis abuelos, el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

—Con la filosofía y la virtud, mi querido Marqués. Tú hubieras evitado tal abismo si, siguiendo mis consejos, hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos, que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros países, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisiste más bien formarte para la holganza, y te rodeaste de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han

servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo.

Pero, en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, léjos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma, que sólo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas, bien administradas, sirvan, despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia, y tus súbditos, mirándote de cerca, lleguen á reconocerte y amarte..... Huye, mi querido Ricardo; muéstrate hombre una vez..... »

Un nuevo abrazo, interrumpido por los sollozos del Marqués, puso fin á esta vehemente conversacion.....

Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832.)

---

# EL CAMPO SANTO [1].

«No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.»

JORGE MANRIQUE.

Muy pocos serán (hablo sólo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad.* Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de uno mismo, que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su extension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al

(1) El suceso á que se refiere este discurso es exacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria áun despues de algunos años.

cielo su alma, encuentra en él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entónces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga más que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion, me dirigí fuera de la villa, adonde más libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos me condujo al sitio en que se divide el camino en várias direcciones, y habiendo herido mi vista la cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquél.

Á medida que me alejaba del camino real iba dejando de oir el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome sólo un instante para saludar á la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecia alrededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos.....?

Desistia ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de ésta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entónces el impulso, y girando aquélla sobre sus goznes, me dejó ver el *Campo Santo.*

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veia enfrente, mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero á nadie vi, y miéntras hice mi breve oracion, tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á sa-

lir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis piés pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leia entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos ó de aquellas personas á quienes vi brillar en el mundo.

—¡Y qué! decia yo; ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y las glorias del saber? —«*Aquí yace el excelentísimo señor Duque de.....* » ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus piés rendido
Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

Pero ¿qué miro? ¿Tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?..... Mas ¿de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida para quien ya es un monton de tierra?..... ¡Adulacion, adulacion por todas partes!..... «*Aquí yace don..... arrebatado por una enfermedad á los* 87 *años.....*» ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere más que de la muerte.....* Pero allí, sobre una lápida, un genio apagando una an-

torcha; sin duda, uno de nuestros hombres grandes..... ¡Insensato! un nombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran en su patria..... Y si no, ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin?..... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio por ver si se encuentra álguien..... Nadie..... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros; ni un solo epitafio que exprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada más..... y de este otro lado áun no está lleno..... Multitud de nichos abiertos, que parecen amenazar á la generacion actual..... ¡Cielos! acaso yo..... en éste..... pero ¿qué miro? aquel bulto que diviso en el ángulo del patio ¿no es un hombre que iguala la tierra con su azada?..... Sí; corro á hablarle.

—Buenos dias, amigo.

—«Buenos dias», me contestó el mozo, como sorprendido de ver allí á un viviente. «¿Qué queria V.?», añadió con aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.

—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.

—Si no es más que eso, véale V.; pero algo más será.

—No; nada más; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

—Y tanto como tiene. ¡Ay, señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo.

Esta expresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar sériamente sobre esta indiferencia, que tanto choca en nuestras costumbres.

—¡Qué quiere V.! contesté al sepulturero; todavía no

se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.

—Á la verdad que es sin razon, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este órden..... Recorra V. todos los patios, no encontrará una mala hierba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni, en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas, por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de Noviembre; pero entónces, como dice el señor cura, valia más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devocion, y más preparados á los banquetes y algazara de aquel dia que á implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José (que así se llamaba el sepulturero), y así fué que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio: seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho más notable; despues llegamos á un sitio donde habia várias zanjas abiertas, y en una de ellas.....

—«¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apénas podré decir si eran mujeres ú hombres; pero esta pobrecita..... ¡qué buena moza!.....»; y urgando con su azada, me dejó ver una mujer como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante..... Volví horrorizado la vista, y miéntras tanto José repetia:

—«¡Ay Dios mio! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!»

Esta exclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad, al borde de una zanja y

un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví á indicarle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre.....

—¿Cómo se llamaba?

—Don.....

—¿En qué año murió?

—En 1820.

—¿Ha pagado V. renuevo?

—No, ni nadie me lo ha pedido.

—Pues entónces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

—¿Cómo?

—Sí, señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

—¿Y por qué no se me ha informado de ello?

—Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que..... Pero entremos en la capilla y verémos los registros.

En afecto, así lo hicimos; pasamos á la pieza de sacristía; sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Dia 5 de Enero; don..... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho..... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! ya no estabas allí..... otro cuerpo habia sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legaste tus bienes y tu buen nombre, se veia privado, por una ignorancia reprensible, del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba.

Entónces José, llevándome á otro patio, bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pié sobre la

piedra que le cubre diciendo: «*aquí está*», á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo, y entramos por una puertecilla á la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luégo que hubimos llegado arriba, hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho:—Vea usted desde aquí, me dijo, todo el cementerio..... ¡qué hermoso, qué aseado y bien puesto!..... y parecia complacerse en mirarle..... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid, no léjos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa córte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaban hasta mí..... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?..... para venir á hundirse en este sitio.....

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José, agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquélla, que tal vez ha de cubrirme con tierra,

«*Mihi frigidus horror*
*Membra quatit gelidusque coit formidine sanguis.*»

---

(1) El sepulcro del Marqués de San Simon, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del Cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de Diciembre de 1808, y su hija alcanzó del Emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpétuo en Francia.

Abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traian un ataud, nos saludó con extrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de allí. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia, y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la córte..... ¡Infeliz! ¡y no habia un amigo que le acompañase á su última morada!.....

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo, parecíame ver una tropa que habia hecho allí un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo, por una combinacion extraña, acababa de dejar.

(Noviembre de 1832.)

---

# PRETENDER POR ALTO.

«*Il n'est guère moins necesaire*
*De voir ce qu'il faut éviter*
*Que de savoir ce qu'il faut faire.*»
MME. DESHOULIERS.

«Tan útil es saber lo que debemos
evitar como lo que debemos hacer.»

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme, reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion; ¿cómo extrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida con el nombre de *empleomanía?*

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una

mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala, adonde me habia conducido, no la ambicion propia, sino la exigencia ajena; esto es, aquella obligacion tácita que, á juicio de los amigos de provincia, contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entónces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio, que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni ménos hacer reir á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros, como igualmente de explayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará, para inteligencia de mi narracion, el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «*Negado*»; con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscára otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia ya hecho olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria cura-

do de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo cuando una mañana me le encontré en mi habitacion, y me explicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la córte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, así como tambien la explicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros más bien los creia derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto:* tal fué su expresion.

Confieso, á la verdad, que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fué en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenía que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella y de aquel *no sé qué*, que, segun él, le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, á saber, la amistad íntima contraida con un *D. Solícito Ganzúa*, que *por casualidad* se habia hallado presente en la posada á la hora en que él llegó.

Este personaje, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipaje nada modesto, entró en conversacion con él; le habló largamente de sus relaciones en la córte; escuchó con atencion la benévola confesion del recien venido, y aconsejándole con el mayor desinteres la más completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se

dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interes que el de la simpatía con que habian simpatizado.—Esto, unido á una prolija explicacion de los ardides de que podria ser víctima en la córte (excepto el de los protectores aparecidos), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entónces. Aconsejéle, sí, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la córte no se aprende sino en la córte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella.—Todo lo escuchó con atencion, y áun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que sólo el escarmiento podia curarle; así que me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con más comodidad por haberse venido á vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entónces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salia en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luégo, para diferenciar, le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines; cuyos obsequios y actividad le hacian á él hallarse más complacido y á mí más celoso.

Yo guardaba el dinero de mi amigo, y esto me tenía seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en aumento más que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien

se me alcanzaba que en la córte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábame en ello cuando le veia acompañado de personas de gran tono, ó ya sentado en un palco entre seda y plumas, ó tuteándose con un duque en una partida de *écarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales, que me hacian dudar á mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y sí á mí; preguntóme si sabía por casualidad si mi amigo habia ido á casa de *doña Melchora Tragacanto;* díjele que no lo sabía, tanto más, cuanto que era la primera vez que dicho nombre llegaba á mis oidos; con lo cual y una escrutadora mirada que le dirigí, no pudo disimular su turbacion ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios, que venía á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquél habia negociado. Recogí el dinero, y sólo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido fácilmente, si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aquí el cómo.

Un coche que paró á la puerta á corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitarnos; pero sólo se presentó un caballero bien portado, á quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro, reconocí en él á *Perico*, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme; habléle con la mayor extrañeza, pidiéndole explicaciones de aquella farsa, y aprovechando el desconcierto en que le habia constituido mi inesperada aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y D. Solícito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos si no me decia la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entónces, sin poderse contener, y miéntras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta, dirigida á mi amigo y concebida en estos términos:

«Amiguito mio: Segun lo que acordamos anoche, y á » fin de cumplir con quien conviene, le envío á nuestro » D. Júdas, con el pagaré que V. me dejó, para que se » sirva entregarle la suma consabida, de que le dará reci- » bo, y ántes de la noche tendrá V. en su poder el resul- » tado; rompan VV. esta carta, y hasta la noche, que ven- » ga por acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel » amiga y desinteresada servidora, — *Melchora Traga-* » *canto.* »

Acabada que fué la lectura de la carta, Perico me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin más que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la córte. Entre otras, tenía varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales, introduciéndose con los recien venidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza; luégo les presentaban en la casa, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero, seducido, cayese en el lazo y soltase prenda. — «Podria contarle á V. (continuó

Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo; pero sólo me limitaré á decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle y de terminar esta farsa, cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero, ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene V. lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito.»

Grande fué mi indignacion durante el discurso de Perico; pero, despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarla, ántes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacía dueño del secreto de aquellos malvados; y así, dejando de tomarlo por el lado serio, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luégo un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego que supuse que el mismo sujeto me habia dejado. Abrióle con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho; yo afectaba la mayor indiferencia, y luégo que le vi cambiar de color y conmoverse al leer el pliego, me escurrí bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido y vertiendo contra mi amigo las más horribles imprecaciones. Seguíanla D. Solícito y Perico, el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los mutuos reproches, las invectivas que se dijeron, y la bulla que armaron sin llegar á entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (travesuras que me sugirió Perico). Que mi huésped habia encontrado en el pliego que

yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete :

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena leccion.

Y doña Melchora, en el talego que yo la habia remitido, se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos, nuevas y relucientes, como recien fabricadas que eran con el cuño de Segovia, atravesada entre ellas la coplilla que aquí campa:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una leccion sana:
Desnude á otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome á ellos :— Señores mios, les dije, ustedes habrán de disimularme la burleta que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando, como no podrán ménos, los motivos que á ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la córte, el cual, si en ella encontrára muchas como V., creeria haber entrado en una cueva de vicios y de errores; mas por fortuna no es así, pues la vigilancia del Gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas ménos festivamente que yo lo hago; y á us-

ted, señor pretendiente *por alto*, ó más bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado, y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga.....

Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.

(Noviembre de 1832.)

NOTA.—Varios de los artículos que forman la presente obrita, aunque desnudos de interes y pobres en argumento, han dado pié á tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como *El Amante corto de vista*, *Los Paletos en Madrid*, *Los Románticos*, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; á saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el *Curioso Parlante* escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que, gracias á la meticulosa censura de aquellos tiempos, no logró ver representada.—Titulábase, pues, dicha pieza teatral *La Señora de Proteccion y Escuela de Pretendientes*, y fué la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas*.—Como obra de un jóven inexperto y de una imaginacion limitada y prosaica, adolece aquella composicion de una palidez extremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; á pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballer Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad é ilustracion, creyó descubrir en ella algunas alusiones ó retratos que no convenia presentar en la escena, y llamando al autor, con una deferencia y amabilidad muy propias de su carácter procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero éste tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar áun más descolorido un cuadro que ya reconocia por tal, y áun el

de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecia á él mismo insignificante. —Despues, llegado á la edad madura y con algun mayor estudio literario, al leer aquella débil produccion, no pudo ménos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado á su autor; y éste, renunciando en consecuencia al teatro, dió una prueba de prudencia y conviccion de la escasez de sus medios literarios.

---

# LA POLITICO-MANIA.

«Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Miéntras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente;
Y ríase la gente.»

GÓNGORA.

Pero, señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿todo ha de ser proclamas y discursos, y notas y discusiones, y cálculos y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino más que de oidas en un sermon, ni al presidente de Burdeos más que de vista en la comedia de *La Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Ambéres? ¿Ó habré de estar siempre sujeto á que mis discursos salten á cada paso de la prensa, para ceder su lugar á cualquiera disertacion política que impolíticamente venga á tomarme la delantera?

—Sí, señor; preciso será que V. lo sufra; no faltaba más sino que ahora, que el aspecto guerrero de la Europa

ofrece al discurso tantas combinaciones; ahora, que los periódicos (crónicas más ó ménos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viniese V. con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres. Eso, amigo, desengáñese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Lóndres.

—Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame á mí que esto de la política no es, ó á lo ménos no debia ser, para todas las cabezas, así como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado, estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo. Creia yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que sólo una disposicion natural y un estudio profundo podrian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

—Pues, señor mio, debe V. convencerse de lo contrario, y si no, escuche V. las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y niños, de grandes y pequeños; escuche V. sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones, y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia que se da espontáneamente en nuestras cabezas, sin más preparativos ni sementeras, y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada

uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniense.

Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de V. me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá usted que le entretenga con un v. gr., que, ó yo soy un bolo, ó viene aquí de molde?—¿Sí?—Pues óigale usted.

Yo tenía un tio llamado D. Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá V. venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras y algo de contar; con lo cual y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la córte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad, mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luégo acérrimo partidario de aquel *no importa*, que por tantas veces ha hecho triunfar á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion como sobre el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus propias ideas, convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticieros de Madrid, los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de los mismos que las habian formado.

Y era lo más gracioso de esta escena el oirlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado fa-

vorable: v. gr., decian aquéllos:—«*En la batalla de tal perecieron quinientos franceses*»;—al instante no faltaba uno que replicaba: «*Algunos más serán*»;—Continuaba el Boletin diciendo:—«y *diez mil de los españoles;*—y todos prorumpian exclamando:—*¡ Ya se ve, ellos qué han de decir!*»—Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—«Imposible.»—Hombre, que lo dicen las cartas.—«Se equivocan las cartas.»—Que lo dan de oficio los periódicos.—«Mienten los periódicos.»—Pero al fin las semanas y los meses pasaban; la noticia se confirmaba, y entónces mi tio solia decir con aire misterioso y satisfecho:—No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.»

Pero, en fin, aquella época pasó, y mi tio vió realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nacion entera. Parecia, pues, natural que, restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada ménos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demas espíritus infernales) se habia agarrado tan bien de él, que ni áun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas; ántes bien, atormentándole con sus contínuas inspiraciones, le hacía correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podia procurarse; los primeros los leia sin entenderlos, y los segundos los entendia sin saberlos leer; quiero

decir, que, como ignoraba otras lenguas que la suya, sólo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía, con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía él su composicion de lugar para formar luégo su opinion; y solíale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio, creyéndole general de division.

Pero luégo que bien penetrado de estos antecedentes se creia en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin más rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenía dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad, para oir de su boca los proyectos ulteriores del ruso ó los secretos recónditos del inglés. Allí era el oirle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con más garbo que un sastre opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, expedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un corista de la ópera, dos mozos de cuerda y tres aprendices del almacen.

Luégo pasaba á los cafés, y allí, rodeado de oficiales á medio sueldo y de paisanos sin sueldo ninguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la *Gaceta* para volverla á repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion los sabian *de muy buena tinta*, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creido que habian cenado la noche anterior con el Rey de Francia ó con el Emperador de Rusia; hasta que, cansados de estragos y mortandades, se separaban en dis-

tintas direcciones, encaminándose unos al patio del Correo á ver si era cierta la salida del extraordinario; otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz; cuál á las tiendas de la calle de la Montera; cuál, en fin (y éste era mi tio), á la escalera de Palacio, á ver subir y bajar los magnates, y augurar, por las arrugas perpendiculares ó trasversales de sus semblantes, lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa; y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella enajenacion, de aquella cavilosidad, que constituian ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia, sobresaltada, le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa, sabiamos que era nada ménos que la mudanza del Ministerio dinamarqués.

Por la tarde salia rodeado de dos ó tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios extraviados y solitarios, parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda ó sobre las fronteras de Hungría. De allí venian á nuestro país, y hacian caer á su antojo todos los magnates, sustituyéndolos inmediatamente por otros; luégo decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente, y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazonada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto más chocante, cuanto que, á pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso

sacar partido de ella, excitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto, aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral, que dió con él en el Nuncio de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demas locos, que, si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la Deuda pública; dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su mujer; tres ó cuatro libros de Filosofía, y una pistola, que, segun él repetia, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un.....

—Basta, basta, interrumpió vivamente D. Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula; basta que V. me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca V. en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.

—Yo, amigo, no intenté.....

—Conozco la sana intencion de V.; estoy convencido de que de ninguna manera fué la de retratarme; pero ¡ay, amigo mio! me ha presentado V. un espejo y me he mirado en él: ¿quiere V. más?

—Pues si ello es así, debo felicitarme por la conmo-

cion que V. manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.

—Sí, amigo; desde este momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interes que todo sér bien organizado debe sentir por la felicidad de su país y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al órden y la felicidad pública.

Entónces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado, exclamé:—¡Ay, amigo mio, si todos me entendieran como V.!

(Diciembre de 1832.)

Nota. Pálido es sin duda el artículo que antecede, como pálido y vergonzante era por aquellas calendas el vicio que pretende castigar; pero á vueltas de su palidez se descubre ya el giro que tomaban las costumbres al terminar el año de 1832, á par que la meticularidad del autor, y su disgusto por hallarse en las columnas de un periódico político (*La Revista Española*). Por lo demas, ¡qué diverso aspecto ofrecia una sociedad en la que este vicio naciente podia combatirse con la templanza del *Curioso Parlante*, y quién habia de decir á éste que en el trascurso de muy pocos años habia de cambiar la opinion hasta el punto de necesitar la incisiva sátira de *Fígaro* y la penca de *Fray Gerundio*, y hacerla soportables los dardos del *Jorobado*, del *Mundo* y de *La Postdata*, y los rayos y centellas de *El Huracan* y de *El Guirigay!!*

# EL AGUINALDO.

« *Omnia tempus habent,*
*et habet sua tempora tempus.*»

TRADUCCION SUELTA.

« Cada cosa en su tiempo,
y los nabos en Adviento. »

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra *El Ermitaño de la calle de Antin* á describir la costumbre de los *estrenos* (*étrennes*) ó regalos de Año nuevo, que tan en boga está en Francia y en otros países; y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de Año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto, aquel año fué para él dichoso, y en justo agradecimiento, autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo, llamándolos *strenæ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *étrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien; pues si bien es cierto que áun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia, áun bastante generalizada en las tertulias, de sacar á la suerte en la víspera de Año nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias ántes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo*, con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les étrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado, cuando dice :—« *Y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*» — Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto orígen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias, cuando la hace venir de la voz arábiga *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el dia de natalicio. Mas, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Natividad hasta la Epifanía, y que ésta es costumbre bastante general, para haberla de pasar por alto.

Ahora bien; ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso, como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño), en un cambio mutuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfía en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pó-

nense en movimiento grandes capitales, destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenía yo en mi casa un alojado frances, oficial de la Guardia Real, el cual, por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España más tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases, que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este frances son cosa de que más de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando ménos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia, sólo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisien corresponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad, de un modo relativo á su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les étrennes* que deberia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino á proponerme sus intenciones, á saber :

En primer lugar, á cierto personaje á quien él debia singular proteccion y benevolencia le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa;—á una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion le ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera;—á su abogado defensor dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos franceses é ingleses;—al agente de sus

negocios le brindaba un semanero con registro de *agenda* para todos los dias del año;—á la esposa del escribano, media docena de cuadros, copias de Vernet, con sendos marcos de relumbron;—y por último, á la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosaico, que contenia las poesías más sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas, sin replicarle una palabra, parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto, pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías, hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando, empero, al paso en ciertas tiendas de ultramarinos, adonde sabía poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa á la Chateaubriand, cuáles en verso á la Víctor Hugo; y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V. gr.: empezaba la del personaje: — «La voz de la sabiduría busca los oidos del sabio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de V.» — Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores.

Seguia la de la dama, diciendo:

«Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirigirse á tí,
De un corazon sensible á tu bondad
La gratitud expresarán por mí.»

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pa-

vos y otra media de capones, cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo : « La ley de todas las naciones..... », y sin dejarle proseguir, le presenté un precioso bolsillo que contenia una cincuentena de escudos. — Proseguia la del agente : « Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados », y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. — Venía despues la carta para la mujer del escribano, y lo mismo fué ver que hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la más ámplia despensa.—Por último, al prorumpir, con la carta de la querida en la mano : — «¡Qué podré yo dedicar á la vírgen de mis primeros amores, que reuna en más alto punto la sensibilidad y el gusto más delicado? » — « Una caja de mazapan de Toledo», exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen frances, el cual, saltando en medio de la sala y con voz estentórea, apoyada por el bajo contínuo de los pavos, exclamó:—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿Usted pretende ponerme en ridículo? — Nada ménos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; ántes bien trato de evitárselo á usted; ademas que yo creo haber cumplido con sus intenciones. Usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y consortes?—Unas aves disecadas; pues ¿qué les falta á ésas para serlo?—Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno. — Un semanero, ¿y cuál más á propósito que una cuelga de chorizos? — Una coleccion de cuadros, ¿y no lo son tambien los del tocino? — Una obra de ingenio; pues bien, segun mi dictámen, pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero, dejando á un lado las chanzas, amigo mio, ¿parécele á V. que estamos aquí en París? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No, sino eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no, señor; todas ésas son ideas románticas, que aquí no pegan, porque nosotros (á Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí, señor; pero no podrian sacar á un hombre del apuro del dia, y así serian agradecidos los regalos como por los cerros de Úbeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá cómo todos piensan de este modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetes (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza, tan recomendada de los artistas; desengáñese V.; éstos, y no otros cuadros, son los que necesitamos en nuestras galerías. ¡Estatuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos!..... ¡bravo! Asómese V. á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero sólo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colacion de Noche-buena; en cuanto á piedras, ¡fuego! cómaselas quien las quiera..... Mire V., mire V. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea V.: chocolate..... longanizas..... confitura..... turron..... ¡y luégo dirán que no hay industria en España! Pero acabemos de una vez; venga V. conmigo y observe lo que sea digno de observar.—Y no hubo más sino que, agarrándole del brazo, dí con él en medio de la Plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres, capaz de alimentar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavía se le hacía in-

soportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy;* el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos, cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la córte, á pasar las pascuas á mesa y mantel, en justa retribucion de una cantarilla de arrope ó una cestita de bollos que les traian de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embrion entrambas piernas del pastor del arcabuz ó de la charrita de Belen, y en fin, el animado canto de los ciegos, que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (exclamaba el extranjero), y es ésta la nacion sobria y taciturna?—Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco,* y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya.—Mas ¿cómo puede llegar á consumirse toda esta provision, que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses?—Yo le diré á V.: dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rien-

da suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mio; sea usted romano en Roma; expida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted, y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarán á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.)

---

# LAS TRES TERTULIAS.

« Con estas cosas que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo. »
LOPE DE VEGA.

Yo no sé si fué el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la más espesa aún que la etiqueta y el fastidio extienden sobre nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *D. Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenía que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo más, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fuí, sin embargo, el primero, pues ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fuí recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recien venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrecha-

ban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo y el falsamente llamado *buen tono* suelen imponerle. Todas las palabras (excepto algunas justamente proscritas en la sociedad) son allí buenas para expresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje esmaltan á cada paso la conversacion, prestánla un carácter nacional, y sin el desdichado sabor de extranjerismo de que adolece en el gran mundo. En una sociedad de esta clase los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se revelan sencillamente, y el amor, la alegría, la amistad, se manifiestan con franqueza, sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia *vaporosa*, ni un caballero se permitia *secarse*, ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée*, ni *círculo*, ni á la sala *salon*, ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer á París más que en el mapa, ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría; y como la coquetería y la envidia no habian podido aún penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo cré-

dito se extiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega, y señora, en fin, muy de mi conocimiento y cuya historia sabrá el lector algun dia.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede; toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla, y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenajes, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en ambas mejillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia excitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenía que marchar á otras tertulias. Inmediatamente D. Plácido hizo poner la mesa en el gabinete y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el gérmen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion no se separó con ella; ántes bien, manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad; otros á reir de sus flores y dijes; cuál á contar anécdotas picantes de las sociedades á que ella dijo concurrir; cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desagradarme, tanto más, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la Baronesa de..... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció, sin embargo, muy luégo, y

la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas (cuyo único interes consistia en decirse secretos al oido) tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades en la guitarra, y hé aquí á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fué á parar una á los ojos de la vieja su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpegios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pié los compases, improvisó un wals del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*), capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando, despues de otro repique general de clavijas y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luégo, pasando al estilo patético en las dos canciones de *Horror me da el dia* y *La Sombra de la noche*, acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y piés.

Sin embargo, no satisfecho de tan buen ratito, me escurrí, sin ser notado, á mi cuarto para vestirme convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hícelo así, y como luégo me manifestase ésta que era muy temprano

para ir á casa de la Baronesa, y que ántes debiamos tocar en cierta tertulia, donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea, nos dirigimos á la otra sociedad.

Era ésta en casa de un personaje de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablarémos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, excesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luégo dado á conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personajes, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y áun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los más viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa é interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la Guardia, y éstos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenia un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia, y todos se lisonjeaban de haber fijado exclusivamente su atencion.

Algo más allá, la señora de la casa presidia una mesa de *écarté*, con gran aplauso del triple círculo de mirones, que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas en otro lado recibian los homenajes de los

brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas.

Con tan delicada intencion procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica ária del *Mahometo;* luégo, haciéndole tocar una sinfonía de *Meyerbeer*, y despues promoviendo sus conversaciones favoritas para que luciese la expedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que más habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasáramos á la otra tertulia; y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa : guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquéllas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble anteojo, ponerme al

corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luégo me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos, eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo : uno de los jóvenes del grupo general flechaba su lente hácia donde le parecia bien, y apartándose luégo de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de ésta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las más puras por cierto, ni las mejor escogidas), y miéntras aguardaba la respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacía aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que ésta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan; pues nada ménos que eso; la mayor amabilidad ; el mayor gracejo; la más encantadora sonrisa ; y si aquél, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, sólo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!*..... mas pronunciado con cierta indulgencia, que no movia á lástima del hablador.

Pero ya éste, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigia al otro extremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven, la dirigia ¡qué falacia! las mismas expresiones que á la anterior; mas co-

mo en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquélla estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se exceptuaba de ella alguno que otro jóven, ó más tímido ó ménos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero éstos eran, por lo regular, el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas; así bien como algunas de éstas, ménos determinadas, yacian en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome á un caballero que tenía al lado, le hice partícipe de ellas; y hablé tanto, que apénas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fuí preguntando los nombres de algunos y algunas de los que más me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era allí tan novicio como yo; mas estando en esto, un lacayo que vino á comunicarle una órden de la señora me dió á conocer que era nada ménos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual, con su natural locuacidad, me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche. Ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no eran otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creia aún vendado, hacía ya tiempo que veia muy bien y sabía por dónde iba; ella disipó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las

pasiones y la animada expresion de la alegría eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas sólo eran necesarios una buena dósis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia, para no parecer ridículo, es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras, negarse á bailar, permanecer sentados afectando indiferencia, equivocar las contradanzas, llevar siempre una misma pareja, y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono.*

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte, á un baile donde no se baila, á una sociedad donde apénas se habla, donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reune á esta sociedad?

«Ahora lo verá V.», me dijo doña Dorotea, tomándome de la mano y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que allí estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta allí no era sino las subalternas. Y en efecto; despues de un largo y sostenido ataque, llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas expresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso*, capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada*, más propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser

ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campeaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta; hicímoslo así, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella, porque la dije que de las tres tertulias *de confianza*, *de respeto* y *de gran tono* que habiamos visitado, ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que sólo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas, exentas á un mismo tiempo de una exagerada pretension, de un bajo interes y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1833.)

---

# EL EXTRANJERO EN SU PATRIA.

«La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones.»

MELENDEZ VALDÉS.—*Disc. forenses.*

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos. Ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos; y en llegando á ella, y delante de mí,

—*¿Es á Mr. de.....* (me dijo) *á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?*

—Fulano de Tal, para servir á V. (le contesté yo, levantándome con atencion).

—*C'est égal; vos, sin duda, no me reconoceréis; ello es posible; eh bien! yo seré obligado á deciros quién yo soy.*

—Á la verdad que no caigo.....

—*Ah, mon cher! ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy á mi patria de otro tiempo.*

—¡Cómo! ¿Usted es español?

—*Oui, desgraciadamente; bien entendido, español*

*por nacimiento; mas no por inclinacion ni por carácter.*

—Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido.....

—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo, que yo vengo de dejar; hélas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro ántes de mi partida en Francia.*

—Pues, señor mio, dicho se está que si V. no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento.....

—*Oh mon Dieu! est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fué redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace V. dudar.....

—*¡Ah! no lo dudeis, señor; es Monsieur de Reveseint, que es mi padre.*

—¡Cómo! ¿el hijo de D. Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de D. Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (1); y como allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho D. Melchor, ademas de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entónces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacía nombrarse *Mr. de Reveseint* la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacía llamar *Mr. Trotein;* en Inglaterra, *Mister Trotan;*

(1) Véase el artículo de *Los Aires del lugar.*

en Rusia, *Trotonoff;* en Polonia, *Trotinski;* en España, *D. Juan de Trotinos*, y en Portugal, *O Senor Troutiñu.*

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la Gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contínuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él más esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazon doce años, fué instalado desde luégo en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero frances, y áun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios, y los diversos premios adquiridos en los exámenes de Historia, Matemáticas, Física, Química, Dibujo y demas, miéntras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad más decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres ó inclinaciones que le harian parecer luégo una planta exótica en su mismo suelo; ademas de que no faltaban en éste los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallára en estado de poder adoptar sólo lo conveniente para mejorarla. Todo fué en vano, y el bueno de D. Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de lle-

gar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinticuatro años.

Llegó, por fin, aquella época, tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recien venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en cafés y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los contínuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno suyo un círculo de admiradores y áun de envidiosos, y las más altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres. Por ejemplo : la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia, pues él se desayunaba á mediodia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana ; su conversacion era siempre en frances; llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bailaba al espejo, aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana, y reñia con las amigas de ésta porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin ó tiraba al florete los ratos que no cantaba en alta voz, y, en fin, tenía toda la vivacidad propia de un frances y de un jóven de veinticuatro años.

Por otro lado, se hablaba de comida :—«¡Oh, las fondas de *Veri* ó *Rocher de Cancale!*»—Iba al teatro:—«¡Ah, qué teatros los de París!»—Se le convidaba á los toros: —«¡Bárbaro espectáculo!»—Salia á la calle :—«¡Peste

de país!» — Volvia á su casa: — «¡Oh *mon hotel garni!*»

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los dias daba lugar á cuestiones; y áun en la visita que al presente me hacía, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba su corazon. No pude dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto, hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él; pero se entretuvo en probarme, miéntras comia, que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luégo que vió salir la fuente con todo lo interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y malsano; á lo que, por única respuesta, le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando, acabada la comida, llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no pudo sufrir más, y saludándome con el nombre de *español incorregible*, se separó de mí, ménos contento que á su llegada.

Á la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luégo pude conocer que su satis-

faccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declarármele.

—¿Tiene V. presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Sí, señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

—Pues ¿qué diria V. si la experiencia me inclinára hoy á sostener lo contrario?

—Es imposible; las relevantes cualidades que adornan á su hijo de V., el aplauso que le rodea y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á V. en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversion inexplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso en ellos no haya V. consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué más puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la Administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

—Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene

ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la Iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque, en efecto, no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas, por último, le he propuesto que, viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada, y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene mucha razon.

—Ahora bien; pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á várias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas; la una carece, á su vista, de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice; la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la Geografía y la Historia; otra piensa muy en español; otra..... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de V. ha renunciado á su patria, y que la educacion extranjera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso más fuerte que la primera. ¿Y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de V.? Su hijo de V. es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?.....

—«Usted ha encontrado lo justo» (exclamó en este mo-

mento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); «el amor..... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es el objeto de mi amor.» —

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que, volviendo en sí D. Melquiades, intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra, — No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que V. fué la causa principal; sufra V., amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el sér; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y la hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y á la de V. Llore V. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama su suerte. —

Camilo, al oir esto, se arrojó á los piés de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió, en efecto, nuestro jóven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia..... ¡Cuántos así!

(Enero de 1833.)

# LA CAPA VIEJA

## Y EL BAILE DE CANDIL.

---

«.....Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
Á su padron negado.»

JOVELLANOS.—*Sát.*

—«¡Bravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime..... ¡Pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran!

—Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases?—En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? Pues ¿cuánto mayor no será esta diferencia tra-

tándose de toda una capital? No hay remedio, señores mios; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chiribitil á que llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso, tendidos sobre un trozo de estera en medio del ándito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que más de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando, por otro lado, que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fueran espada del Cid ó escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo cuando volviendo la cabeza me hallé detras de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los Cómicos en Cuaresma*.—Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prendería, paróse D. Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas, sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia

á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanos, y alzando cuanto pudo su voz..... «Ella es.....», dice, y la abraza enternecido, y la riega con sus lágrimas.

—Pero, D. Pascual, ¿qué locura es ésta?

—«Déjeme V., amigo mio, déjeme V. que pague este tributo á un mudo acusador mio; déjeme V. recobrarle despues de largos años de separacion.»

Y diciendo y haciendo, pagó á la mujer que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicára el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra D. Pascual y me habló de esta manera:

—«Creo á V. sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fuí lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los más comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Miéntras permanecí en el círculo de la alta sociedad tuve intrigas amorosas más ó ménos complicadas, casos de honor más ó ménos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo más á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los instintos más groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados: olvidéme de teatros y salones, renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

»Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sorti-

ja, sombrero calañés, y embozado, sobre todo, en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con más determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor y mi determinacion para todo me hicieron desde luégo célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabía que no habia funcion en que no se contára con *don Pascualito*, y hombres y mujeres me festejaban á cual más, con lo cual tenía yo cierta superioridad, parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos.—Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que, aunque vieja, era muy superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencia, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buhardillas y burdeles, palomares y azoteas; y sin ella nada de esto hubiera podido hacer: tal era la confianza que este *disfraz* me inspiraba.

»Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si V., como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del Santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que, impulsados de su devocion, se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la exposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inexpertos jinetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido es-

pectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

»Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Márcos vi venir, haciendo alarde de su desenvoltura, á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo ménos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso á V. que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco más el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandia, hallé, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de várias aventuras anteriores. Esto fué hallarme, como quien dice, en tierra de amigos, y muy luégo lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquella guerrilla, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de

naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia ocasion de expresárselo, á lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, miéntras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion conmigo.

»Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con más apresuramiento á aquel *baile de candil*, que si fuera *soirée* parisiense ó *raout* inglés.

»Pasamos desde luégo á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y áun palos; pero, en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mutuos, improvisamos unas *manchegas*, que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales.—Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y *fandango*, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra más sorda, dirigida por el amostazado galan, se formaba á mis espaldas, no sin grave peligro de ellas.

»Por último, para abreviar, el baile se fué acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto, á tiempo que éste empezaba á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y som-

brero, cuando un fuerte palo disparado por el furioso Otelo al candilon de cuatro mechas que pendia colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternacion se hizo general; las mujeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada, daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire, rodaban las sillas, estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

«*Si licet exemplis in parvo grandibus uti,*
*Hæc facies Trojæ cum caperetur, erat.*

»Pero el blanco de la refriega éramos, por desgracia, el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho, tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con sus raptores. Á mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre..... «¡Cielos, está muerto!» Y yo, sin más pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

»¡Qué noche, amigo mio! ¡Qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entónces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme sólo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creiamos muerto, sólo estaba herido, y declaró mi inocencia, con

lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aún la impresion que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis extravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mia.»

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos, que no tardarán en ser mancebos; inspíreles V. la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente á su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame V., no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1833.)

# LAS NIÑAS DEL DIA.

« Las solteras no me prenden,
Porque se andan ya tan sueltas,
Que ellas se mueren por todos;
¿Quién se ha de morir por ellas?»

*Comedia de* D. F. DE LEIVA.—*El Socorro de los mantos.*

Paseábase Diógenes con una luz en medio del dia por la plaza de Aténas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habria buscado una mujer. ¿La habria encontrado, ó cansado de inútiles pesquisas, tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una mujer en el salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos, pues quizás otro dia, volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mi discurso me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imágen; perdon os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon :—« Los hombres hacen las leyes ; las mujeres forman las costumbres » ;—por cuya consecuencia, mal podria yo proseguir en la pintura de éstas sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero, si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada ; si mi anteojo escrutador acertase, por desgracia, á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos ó con paletina y schall; háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Elenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero, vosotras (no culpeis la llaneza del estilo), niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que, salvando vuestro tercer lustro, os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Más privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si

el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los más ciertos historiadores de ellas, no puede ménos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas, heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento; aquella mezcla de flaqueza y de virtud; aquel amoroso desden; aquella generosa venganza; aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la más natural filosofía, para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro y ponen en fuego al alma más helada é indiferente.— Pero (me diréis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus más sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la.....—Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tambien más amor, más talento y ménos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia, delante de padres y tutores celosos, que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías; el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida* eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina, sus galas; la costura y el bordado, su única ocupacion. Mas al traves de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y «amor

que entra por la ventana (dice Marmontel) es más peligroso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrificar la vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento más refinado para burlar su vigilancia. Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados más bien como modelos del arte y como documentos históricos que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderon y Tirso como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aquí todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido); escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijerais qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una..... ¿Mudarlo?..... No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro.....Pues ¿qué premio ha de ser?..... Ea, daréme por contento con sólo que me tolereis el que os conozca.

No extrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distinguen, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento, que en ella domina,

se comunica tambien á los que la miran. Desde sus primeros años fué el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros, á quienes ella miró siempre como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad, y éstos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, sólo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano ó bailar una mazowrka en ruso, lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren.

Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con ménos altivez á sus suspiros, pero áun no es tiempo; fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde ántes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata.—Con tales antecedentes, preguntaréisme: ¿le hará feliz ó desgraciado?—Lo ignoro, amigas; sólo sé decir que le hará marqués.....

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negaréis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora?* Esa marcialidad y ese despejo, que formaban, miéntras estuvo en el colegio, la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron más de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo.

Mas, ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los ménos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. — ¿Quién es el dueño de su corazon? (pregunté). Todos creian serlo, y ella no creia que lo fuese ninguno; más de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato;* más de un expediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; más de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; más de una espada desnuda brilló ante sus ojos.

Gozosa desde su balcon, recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse; promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fe, todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entónces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia, el desden ajeno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el ménos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Eloisa!* Un corazon he-

cho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante, que parece decir al que la mira : « Amadme y yo os amaré. » ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino y de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al arpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué expresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿Quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo :

« La cumplida en cualquier cosa
Y acabada,
Ménos que todas me agrada,
Porque, segun mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada. »

Mas volved la vista á esotro lado; veréis venir crujiendo de sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda á la hermosa *Serafina;* ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada ménos que eso; tal como la veis, es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, si no te-

neis memoria, mirad el artículo de *El dia* 30 *del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor; y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad, sólo espera que le hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«*Je ne donne mon cœur que par-devant notaire*»,

que viene á significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano, y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme, ni el menor sueldo por el Gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual lo-

(1) Véase el artículo citado.

gró enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero ¿qué es esto? ¿Todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablarémos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des Modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios en aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré *La Revista Española* para que leais mis artículos de costumbres y riais á placer cuando no os toque á vosotras, y en fin, os haré uno laudatorio pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833.)

# EL DOMINO.

«Oyente, si tú me ayudas
Con tu malicia y tu risa,
Verdades diré en camisa,
Poco ménos que desnudas.»
QUEVEDO.

Sería en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme, y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido y miraríase desdeñado por aquella máxima del *non erat his locus.* Por el contrario, si vestido y engalanado á la moda del dia, acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será difícil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y hé aquí la razon que me decide á presentarle en *dominó.*

No se crea por ello que al tratar de *máscaras* sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinteres. Semejantes

máscaras, por comunes y contínuas, no llaman nuestra atencion, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo ménos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegría.

Si, deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto fácil con una buena memoria y una regular voluntad), anduviese aquí á caza de autores para repetir lo que ellos han dicho relativo á esta diversion, haciéndola derivar unos de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos, sería componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldria á vestirle de arlequin, siendo así que ya he dicho el traje en que hoy le quiero.—Con que, no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio; quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh, quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage, para tener á mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid, para presentar su interior á los que áun se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es, como ellos dicen, sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviéndose á compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo, que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verian, en fin, si son tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mujeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban á mi imaginacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital.—Era la hora en que suelen concurrir á este Lloyd danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscricion que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil, viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solís* por dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por una *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y áun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile, por sólo dar á mi narracion este aire de misterio), y marché á recorrer prenderías y almacenes en que alquilar un traje á propósito para envolver mi persona.—Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color y no afectada modestia llamó mi atencion, entre un *Genghiskan*, y un *Saladino*, que alquilaron delante de mí un ropero de la calle Mayor y un barberillo de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse á escribir el principio de este discurso; mas, disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar á D. Cleofas su Asmodeo, y tirando la pluma, cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo.....; cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon, hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoblo, y veo escrito en él..... ¿qué creerán

mis lectores que veria.....? Pues era nada ménos que la *Historia de este dominó, contada por él mismo.*

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay cómo explicarlo: sólo sí que, enajenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, despabilé la luz, y leí de esta manera:

—«Amigo lector: Cualquiera que tú seas, en cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura, suspende, te ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luégo con tu benevolencia, escucha por ahora y préstame atencion.

»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual, con poco cariño maternal, me arrojó entre otros trajes *expósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme.

»Era la noche del 3 de Febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo ménos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazon se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino descenso desde la más alta prosopopeya á la más cordial alegría,

que no fué posible dejar de felicitarme por este mágico talisman que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponian tal vez una perpétua contraccion de espíritu.

»Mas entre tanto que yo hacía estas y otras reflexiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la más fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquél con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque más de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luégo habia formado del tal señor. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leia corrientemente en el pecho de mi escondido; y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habíase retirado con él á uno de los extremos del teatro, donde, sentados mano á mano, entregábanse mutuamente al sabor de tan peregrina plática..... cuando..... ¡oh suerte fatal.....! estando ambos en esta agradable situacion, huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral, sobrecargados enormemente, crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron, húndese en él una buena parte de la concurrencia (1).

»¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador, que más feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro,

(1) Histórico.

sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro *mal paso;* en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, sólo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante, debilitando el ímpetu de la caida de mi dueño, la cual, sin embargo, se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un jiron de vara y media. Pero la vergüenza de aquél, y el temor de ser reconocido, pudo más que su dolor, y rebujándose en mí más fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los grandes señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario, en compañía de otros trajes y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion, me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman.

»Era por entónces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, áun con un resto de cojera, oia con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella funcion con una acrimonia que ella atribuia á la elevacion de su alma, y yo á la caida de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que más, oia con cuidado todas las asechanzas que, segun el tio, se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de experimentarlas; tanto más, cuanto que no faltaba cierto alférez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista más que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo á las instancias de su

amante, cogióme silenciosamente cierta noche, y se fué al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que..... (*Aquí el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luégo proseguia*): ¡Muchachas, las que teneis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejeis conducir por ellos á las máscaras, y creed á un dominó experimentado.....!

»Eran pasados cuatro años desde que, saliendo de la casa de mis dueños, por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desvan de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con más precauciones que si fuéramos tabaco de la Vuelta de abajo ó moneda española acuñada en Gibraltar.—Y era la razon, cierta ley no sé cuántas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió, segun parece, las máscaras y disfraces (1). Mas, como los hombres, siguiendo el ejem-

(1) «Es la ley 7.ª lib. VIII del título *de los levantamientos y asonadas de gente armada*, promulgada á peticion de las Córtes de »Valladolid en 1503. Su época y su título abren su interpretacion. »La autoridad pública era entónces insultada por gentes asociadas »para malos fines, que usaban alguna vez de máscaras y disfraces »para lograrlos más de seguro. No se trató, pues, de prohibir los »inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados, señalados por el magistrado público, y protegidos y »velados por él, sino de que los enmascarados vagasen dia y noche »por las calles y plazas, cosa que podia provocar á delito, cubriendo sus autores.» (*Jovellános, Memoria sobre las diversiones públicas.*)

Despues de la opinion de tan respetable magistrado, sólo se podrán traer por apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los Reyes Católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de

plo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar más valor á las cosas prohibidas, de aquí nació la manía de enmascararse, en términos que, á despecho de escribanos y corchetes, innundábamos calles y salones.

» Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir, por mi cómoda hechura, para damas y galanes, llamaré tu atencion sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los demas para dirigirse á las casas del baile, íbase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galan más dichoso ocupó el lado de su amada.

» Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocur-

---

máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos; pudiéndose citar, entre otras várias ocasiones, las que se celebraron en Madrid en 1637, con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungría, cuñado de Felipe IV. Ademas, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente, en 26 de Enero de 1716, dió S. M. Felipe V una ley (que es la segunda, tít. 13 del lib. XII de la *Nov. Recop.*), prohibiendo las máscaras, bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de Febrero de 1745. Mas, á pesar de todo, fueron permitidas pocos años despues, y puede verse sobre ello la *Instruccion para la ocurrencia de los bailes de máscaras dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de* 1767, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. Tambien han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la córte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

rencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos, y agobiado ademas por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo más y más sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilar la calle Angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lentejuelas del turbante de sultana que cubria las canas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad á la sazon á la casa del baile.

» ¡Oh lector, si no eres duro perdenal, contempla y compadece la situacion de mi galan interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Enrique IV y una Raquel, Julio César y la Vallière, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas más ó ménos dichosas!..... Pero, sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenía, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mí y los demas trajes, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fué, por cierto, otro prendero de la calle de Atocha.

» Várias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fuí contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narracion tambien, y así sólo me permitirás que te hable del lance que me ocurrió en la última salida, verificada una de estas noches.

» Fué, pues, el caso que cierto marido jóven, prévia la

vénia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme, á poco de haberse llevado una dama á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegamos al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando ambos á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del traje), tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil; y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos ménos de reirnos á duo. Entre tanto, nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenía edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodon cardado, que no de agudo pedernal, cuando por un efecto de mi prevision, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos, no tan sólo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció más que nunca del amor de su consorte.....» —

Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí várias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él y á trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma á mi narracion, para tomar un ligero descanso ántes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico de tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salon, capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil quinientas; fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, oca-

sionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan á esto, para el sentido del olfato, la mucha confusion de buenas y malas exhalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el temple contínuo de las voces disfrazadas y con los rotundos compases de una *galope* infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que, por un principio físico, obliga á la mitad de la concurrencia á marchar impelida por la otra mitad, y satisfagan, por último, el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pié por espacio de tres horas en la *sala de descanso.* Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche, para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, ménos satisfecho aún quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de una de dos cosas: ó que era falso el dicho de que «es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta», ó que yo tenía orejas de Mídas.

Luégo me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á infundir tal pavura en aquel género

volátil, que á mi llegada huian en grupos, cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso; quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponia desde luégo en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que, arrancándome por fuerza la careta, se encontraron más admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aquí de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento!; mas no me es lícito, por tres causas: la primera, porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriria; la segunda, porque de hacerlo corria peligro de estar hablando de máscaras hasta el Miércoles de Ceniza, y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sábia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1833.)

# LA COMPRA DE LA CASA.

«No todo lo que es brillante
Riqueza al avaro ofrece;
Oro la alquimia parece;
Vidrio hay que imita al diamante.»
TIRSO DE MOLINA.

Nada hay tan lisonjero para un honrado tendero de esta villa como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Miéntras éstos sólo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacen y dar mayor ensanche á sus negociaciones; lisonjeado por el éxito de éstas, alquiló una espaciosa tienda y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género; los hombres son niños grandes y pagan más caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una contínua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajon del mostrador, fué trasformada por él, con el mayor sigilo, en sendas onzas de Cárlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquél cuando, cerrada la tienda y despachada la familia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto, no tan sólo de la vista de los extraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los más temibles para el caudal, y que las necesidades ó exigencias de su esposa y de sus hijos podrian crecèr al compas de sus talegos. Así que él mismo se los cosia y recortaba, colocándolos luégo en los sitios más excusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos, para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo; pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido más grato á sus oidos que romance de Bellini cantado por la *Meric Lalande.*

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero, así arrinconado, nada le producia, y se hallaba ademas expuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Así que, despues de muchas noches de desvelo, vino á resolver que sería lo más conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios,* en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaria multitud de goces y privilegios, amén de un cinco ó seis por ciento, rédito de su capital.

Vivamente afectado con tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera diligencia fué correr á suscribirse al *Diario de Avisos,* con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya *en virtud de providencia*, ya *á voluntad de sus dueños.* Embebido desde

entónces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luégo se ponia su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente; despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretexto para reconocer lo que podia del interior; en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el expediente, y desde allí pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese más que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas, faltábale á nuestro hombre la resolucion y dilataba el plazo para ocasion más oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta vino á despertar sus ideas adquisidoras; la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido bastaria á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su futuro casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor; si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenía empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió

á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creia hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales más;* y en los intermedios de los pregones, hablaban entre sí, ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba más, y ya la mayor parte de aquéllos se iba retirando, fingiendo sentimiento por la derrota; sólo quedaba uno, más obstinado que los demas, el cual, fijo en sus mil reales más, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo; pero que si tenía fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela, aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo. El buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendría la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo más remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de éste vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño*

*de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres*, y en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho*, con lo cual se le dió la posesion *en forma*.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de su almacen, para oir y juzgar las reclamaciones de los inquilinos; las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y várias obras de comodidad; sin embargo, el tendero, por un sistema de compensacion, tuvo por más prudente desestimar las obras y sólo proveer á la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa.—En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho; la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinacion de dejar la casa, quedando á deber dos, tres ó más meses de alquiler; con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luégo otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas.—Por otro lado, los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrat y del Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo* en términos, que en vano éste habia gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner en los balcones la seña del alquiler, y diez pesetas en anuncios del *Diario*, porque nadie parecia á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venía á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabía bien al nuevo propietario, tanto más, cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demas cargas eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado, los actuales inquilinos (que eran los rato-

nes), ademas de habitarla grátis, minaban los cimientos y destruian el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y más que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa, dándola el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancias, presupuesto de gastos; todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido. Abajo el tejado; piso tercero, cuarto, buhardillas..... Pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detras; el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion.—Pues, señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras.—¿Qué se hará? ¿Qué no se hará?—Y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo, deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en que *fué la casa*, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi *señor de obra* en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando sólo pensaba reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enajenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso; empeñado en su empresa, recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para elevar el segundo, bajo la garantía é hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero, por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda más arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil piés de terreno que posee, y si-

guiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas más de un año del alquiler.

Pero concluida que fué la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entónces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo, las divertidas comparecencias judiciales; los términos *por equidad;* los mandamientos *de amparo;* y tantos otros incidentes como dan grata ocupacion á los caseros, y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fué, que la señora tendera y las niñas, luégo que se vieron con casa propia, dijeron con resolucion: «*No más mostrador*»; y fué tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos, léjos de disminuirse, fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fué adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento extraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

(Marzo de 1833.)

# LOS PALETOS EN MADRID.

«Juan Labrador, ¿qué os parecen
Los músicos?»—«Que son diestros;
Pero mejor me parecen
De mi exido los jilgueros.»

MÁTOS.

El aire de córte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía.—¿Y por qué esta diferencia? Porque en la córte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones, congojándonos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho, que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Cárlos y Luisita, jóven aquél de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de D. Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luégo fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero más particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el más rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de D. Teodoro, y cuya amistad llegó al extremo que, no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa propia, á fin de atender con más cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, *Aldonza Cantueso*, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia en el lugar, de modo que, dilatándose ésta más de año y medio, recobró don Teodoro, no tan sólo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y sólo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte, cuya tierna edad era la más á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; ántes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente, que éstos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Cárlos con Feliciana y de Luisa con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian

reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron D. Teodoro y sus hijos á la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la córte no habia hecho más que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion; como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro, por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apénas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquélla y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propios de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo ménos de sorprender á D. Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luégo al primer movimiento de extrañeza, recordó aquél los inmensos favores que debia á sus huéspedes; y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aún largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entónces á hacer abstraccion de trajes y modales, y sólo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fué preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron éstos muy de mañana á destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trajes de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion; asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla, —¡Ay, Luisita mia, exclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡Si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! Sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de á tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú, por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana *á la bombé?*

—Sin duda, Carlitos (exclamaba Luisita sollozando), sin duda que harémos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasía*, y yo con mi *cachemir ternó.*

—Y papá ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras, acompañando á la señora Aldonza, de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aquí, ábrese con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo más disonante de aquel primoroso *tocador Psiché.*

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á éstos con sus preguntas y algazara, no ménos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo más remedio que hacerse una fuerte violencia y acompañarles á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, así como tambien dejo considerar el efecto que en los recien venidos produciria la vista de tantos objetos extraños. Este á la verdad era singular é incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Mariblanca; vieron sin entusiasmo el Salon del Prado, y en las fuentes de Cibéles, Apolo y Neptuno, lo que más les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso; las mujeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortésmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas Reales. A cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblícua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas, en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo, manifestaron deseos de beber, y

don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luégo chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciana con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano; allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'Ultimo giorno de Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto, cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera, corrieron á la puerta, temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles despues qué era lo que más les habia gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro, el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería, el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos dieron la preferencia

á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra;* lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y áun confiados en que la permanencia en la córte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; — inútil intento; — la sencillez de los naturales venía á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos; la cabeza erguida y los brazos caidos dábanles el aspecto de un maniquí sin animacion; en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras; su lengua, no sujeta, les hacía traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mutuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto, — «No os canseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mesmos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres; y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas; con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí te lo puse, que lo mejor sólo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden..... ¡No sino úrguenme un tantico, y verán cómo todos tenemos nuestro aquel!..... Y dígolo, porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dále con las cortisías, y torna con las filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi puebro..... ¿Sus paece, chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse ne-

secitan deprender toas esas estilaciones de la córte? Pues náa menos queso; porque ellos, miéntras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criao á nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo; casí es nuestra última y postrimera voluntá..... Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco; y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta.»

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama;* y luégo que quedaron solos empezaron á reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de córte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo; preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido, y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro, por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1833.)

# LA FILARMONIA.

« La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo.»

FEIJÓO.

«La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»

CERVÁNTES.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que sólo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos; y el privilegiado *Rossini*, áun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion general presentando en la escena veneciana, en el Carnaval de 1813, su famoso *Tancredi.* A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones : « desde el Dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas « *mi*

*rivedrai, ti rivedrò.* » «Ni paró aquí (añadian los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor boloñes; en ménos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares y admirados en todas partes; así se oian en la capilla Sixtina como en las revistas de Hydepark, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de París.»

Desde entónces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, áun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una produccion del compositor del dia, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y áun de la ópera Rosiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de éstas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de Setiembre de 1816, con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Isabel de Braganza. El entusiasmo inexplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital fué un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podia esperar del autor del *Barbero de Sevilla;* mas por entónces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitia funciones de gran desempeño. Esta misma razon, sin duda, fué la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros extranjeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti* y *Una voce poco fà,* que colocó en las óperas

tituladas *Los Pretendientes* y *No se compra amor con oro.*

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fué perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquél iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La aficion del público iba creciendo al par que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que áun se conservaban reminiscencias, aunque remotas. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos, tales como *Mari*, *Capitani*, *Vaccani*, etc., y á ésta fué á quien debió Madrid el conocimiento de las obras más escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que la infundia *Tancredo* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *García de Paredes* en *El Barbero de Sevilla.*

Siguió así la ópera, más ó ménos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía *Montresor*, desde cuya época no fué una aficion la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se exornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestia *á la Montresor*, se peinaba *á la Cortessi*, y las mujeres varoniles *á la Fábrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fué preciso presentarle los de primer órden; y las célebres *Corri, Cesari, Albini, Lorenzani, Tossi* y *Meric Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como, siempre ascendiendo, hemos visto despues, han necesitado toda la extension de sus talentos y la perfecta ejecucion de las obras más clásicas de *Rossini*, *Pacini*, *Meyerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti* y *Bellini*, para sostener la aficion del público y excitar su entusiasmo hasta el punto que, al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageracion, que necesariamente tenía que empezar á declinar; y así es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que sólo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artísticos de la señora *Meric Lalande*. En vano los entusiastas ó intolerantes exclaman que los artistas no son nuevos y las óperas no bien escogidas; en vano buscan á su tibieza causas ulteriores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha ésta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado, despues de escuchar *Semiramide*, *Mosè*, *L'Ultimo giorno di Pompei*, *Il Crociatto*, *Il Pirata* y *La Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para excitar su admiracion? Por esta sencilla razon sería de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto, para mecerse agradablemente, sin un fu-

ror imposible de perpetuarse, en el ameno campo que la ofrece la rica fantasía de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la particular disposicion de los filarmónicos españoles, han producido entre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oir con placer, áun despues de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses, que ántes ocupaban nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela de canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la expresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas *fioriture* de Vaccani, y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era ésta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonía*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unísonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¡Qué festivos matices no podrian suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas, los descuidos con cuidado en más de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las expresivas miradas y suspiros en otro, las gratas palabras de «*cara inmaggine; mio dolce bene; tenero oggeto; bel'idol'mio; abbi pietà di me*», tan dulcísimamente deslizadas de ciertos labios como benévolamente acogidas

por ciertos oidos; las imprecaciones á un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia, con notable entusiasmo suyo, ó bien la letra de *l'inutil precauzione*, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, ó emitida con intencion por una vírgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composicion, osaria presentar á aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti*, que, sin haber saludado los principios del arte, elevan ó rebajan á su antojo las reputaciones filarmónicas, formándose en *comision de aplausos*, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz ó los atractivos de una hermosa figura. En este número colocaria á aquellos que se sientan entre los cantantes y están siempre solícitos, ya á volver las hojas del papel, ya á despabilar las luces del piano, ó repartiendo programas por la sala, ó trasmitiendo, más ó ménos desfiguradas, las expresiones del maestro; los notificadores del «*hoy no está en voz, no es de su cuerda, está cortada*», y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que tararean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los «*bravo, soberbio, admirable, encantadora*», y otras expresiones á este tenor; los que arrojan á las plantas de nuestras actrices coronas de papel, ó rompen en su obsequio los asientos del teatro; que conducen del piano á la silla á la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso recogen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro-oscuro de nuestras reuniones filarmónicas.—Pero tales observaciones, dando un aire satírico á mi discurso, me harian aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos, y no es ésta mi intencion, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros á una altura regular.

(Marzo de 1833.)

# POLICIA URBANA.

«Si por la laguna Estigia
Juró el Tonante hasta aquí,
Hoy jura por la marea
De las calles de Madrid.»
D. Juan de Iriarte.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Bétis; el bullicio y animacion de las calles divertia mi fantasía; todos los hombres me parecian contentos y corteses; todas las mujeres bellas, amables y

satisfechas; sobre todo llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes de veinte á veinticinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 14, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luégo mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, si no con la mejor voluntad de los caseros, por lo ménos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica Sociedad de Seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion; miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion; recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital; vi sus plazas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles; observé mejoras en la limpieza; buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas; gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés; admirable provision de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable, proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos expuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura, en la multitud de carteles con letras de á medio pié que adornan las esquinas; decencia y lujo en los vestidos, carruajes y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para lo sucesivo, tales como el del alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro, y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. — Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude ménos de rendir en el interior de mi pecho el más sincero tributo de admiracion y gratitud á las autoridades matri-

tenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí fué suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand, tracé las siguientes líneas : «¡Levanta la cabeza, córte de los dos mundos; le» vanta la cabeza y sal del abatimiento á que una mano » extraña te redujo; desecha los tristes lutos, hijos de una » guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primo» res. Tú eres la joya de la España; tú eres la palma del » desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche; » como el fénix renace de sus cenizas, así tú más hermosa » y brillante te presentas despues de tus escenas lastimo» sas; viuda desconsolada, que se adorna con preciosas ga» las para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada be» lleza y los nuevos encantos que ostentas forman la di» cha de tu enamorado ausente, que vuelve á sus lares y » se admira de encontrarte más jóven y más bella que á » su partida..... Permite, ¡oh Mántua! permite que mi dé» bil voz entone tus loores; permite que, enajenado con el » suave ambiente de tu eterna primavera.....»

Pero al llegar aquí, el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y áun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entónces no me era tan fácil volver á él, y conociendo, por otro lado, que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron; que no hay cosa como cenar tranquilamente miéntras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fué quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente; el frio intenso que sentia me hizo mirar el ter-

mómetro y vi que, por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habiamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no extrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fué presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el dia. Mas, halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero, que habia durado toda la noche y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle con la idea de continuar mi paseo, á fin de concluir mi empezada jaculatoria.

Lo primero que desconcertó mi intencion fué el inmundo lodazal de las calles, que no sabía cómo evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pié en las frecuentes hondonadas y charcos. Leia los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podia ménos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interes comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones, vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recoger el segundo desayuno de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion, que á todos nos hizo aligerar el paso, pero en vano; á la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales, describiendo una curva perfecta, cruzaban sus aguas en las calles estre-

chas, y en vano el mísero transeunte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oia resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. — Muy luégo, arroyos, más rios que el Manzanáres, se formaban en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecian su socorro mediante una corta y áun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad más que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarian con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo en alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de..... para tomar puerto en casa de un amigo, y no bien le hube hallado, cuando, sin reparar apénas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta córte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas, y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez sería otro número 4 que habia enfrente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmacen de acey-te-vinagre, velas de sevoy demás comestibles*), pero tampoco era allí, y sólo pude sacar en limpio que áun habia otros dos números 4 en la tal calle.

Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo, y me entré por el primer portal que encontré con aquel número; seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera; en esto siento pasos precipitados detras de mí; redo-

blo yo los mios, acábase el callejon, y me encuentro en otra calle distinta; con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado, como la mayor parte de los de Madrid, por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *pasajes* de París.

Desesperado con mis azares, y con la lluvia que áun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á casa de los alquiladores, y alquilarlo lo ménos por medio dia, mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una extravagancia del temporal, muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles, pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes; distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recien aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del más provecto, no me dió lugar á defenderme en regla, sino grotescamente con manos y piés; recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica órden que les previene conducir su ganado sujeto á fila; pero áun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando, blandiendo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros, pero fué para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir, sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojado desde el tejado; apartéme de allí, y fuí á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para una obra, los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bílis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso á propósito en el quicio del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes para tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones, la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y paseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche, tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y

al volver á mi casa á la luz de los faroles (que sólo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles más acompañadas, por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí; cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de una obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apénas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de piés en un monton de cal recien apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponia delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salia al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oia aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte más sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogia á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venía detras entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que, por miedo de que volviese á repetirla, le invité á acompañarme á mi casa, y fué lo único que hice bien en todo el dia, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres, que sin duda no eran muy amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años; reconocí que ellas son causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que áun ob-

servamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1333.)

Nota.—Esta sátira del abandono y desaseo en que, por un inconcebible aunque arraigado descuido, yacia la capital del reino en la época á que se refiere, parece ahora demasiado blanda despues de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que responde á la cultura de la poblacion y al celo y diligencia de la autoridad municipal. Seguramente que el más apasionado del antiguo régimen y de los Ayuntamientos perpétuos, de los Corregidores *golillas*, de los *protectores*, de las *tasas*, *abastos*, *gremios*, *ordenanzas* y *cédulas* del Consejo no podrá negar que con todo este aparato y balumba de leyes y autoridades la municipalidad perpétua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la poblacion; y que sus calles y caserío, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, sus mercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios ofrecian el aspecto más repugnante; aspecto que no recuerdan hoy y que no concibirian ya posible los mismos que entónces lo toleraban y defendian.—Algo, sin embargo, empezó á mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced á las mayores exigencias de la época, á los esfuerzos de los particulares y al impulso que no podian ménos de seguir el mismo Gobierno y autoridad. Don Domingo María de Barrafon, corregidor en aquella época, abrió y plantó nuevos paseos exteriores; atendió con celo á la mejora del arbolado, disponiendo la formacion de un hermoso vivero, orillas del Manzanáres; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el *gas*, que por entónces no pasó de ensayo.—Pero la verdadera época de reforma en todos los ramos de la administracion municipal de esta villa data indudablemente de 1834 y 35, en tiempo de los nuevos Ayuntamientos, y sobre todo, del celoso corregidor don Joaquin Vizcaíno, *marqués viudo de Pontéjos*.

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamas la poblacion de Madrid) fué el que inició el movimiento de pro-

greso verdadero, de civilizacion y de comodidad; y sin ser hombre de grandes estudios ni superiores conocimientos, bastóle la energía de su carácter, la penetracion de su buen instinto, y la influencia y atraccion que ejercian sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos más útiles y morales; mejoras que hubiera desenvuelto seguramente á no haber sido tan corto el período de su administracion (dos años escasos), pero que han servido, á no dudarlo, de base para todas las infinitas realizadas despues.

---

# EL DIA DE FIESTA.

« Sin que pase la tarde
Decir no puedes :
¡ Qué dia tan hermoso !
Muchos como éste. »

***

—¿ Muchacho ?

—Señor.

—¿Son campanas?

—Sí, señor.

—Temprano la han tomado; ¡si apénas es de dia !

—Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya usted ve.....

—Y qué, ¿es á fiesta ese tañido?

— Mire V., de todo hay; ésas que se sienten á lo léjos son las de San Gines, donde se celebra el santo del dia, y por eso tocan á vuelo, y las de más cerca son las de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

—Cierra, cierra bien los balcones ; que voy á escribir.

—¿A escribir, señor? No verá V.

—Tanto mejor ; con eso no sabré lo que me escribo y entraré en la moda del dia.

Ahora, pues, leamos despacio mis notas y escojamos materia conveniente..... pero han llamado.

—Muchacho.

—Señor.

—Mira quién llama.

—Es el vecino de arriba, que va á caza y viene por V.

—¿A cazarme á mí?

—Quiero decir, á que V. le acompañe.

—Buenos dias, Sr. *Postas.*

—Buenos dias, vecino. ¿Qué tal? ¿He cumplido la palabra?

—Sí; pero, hombre, salir así, tan de mañana.....

—Pues mire V., por mucha prisa que nos demos, ya llevarémos por delante cien escopetas, que habrán estado esperando á que abrieran las puertas.

—¿Conque, es decir, que habré de vestirme?

—De cualquier modo; míreme V. á mí, ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalon gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco y..... y nada más; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

—¡Ah! ¿Con que, en eso consiste la diversion? Pero..... ¡Calle! ¿Otro convidado más?

—No, señor; es el vecino de la tienda, el Sr. *Liga*, que viene armado con su caña y demas arreos de pesca, para ver si me cogia la delantera en llevarse á V.; pero, amigo, por esta vez chasco se lleva.

—Ya escucha V., Sr. Liga, mi compromiso; el señor Postas es más madrugador que V.

—No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

—Una ballena tal vez; ¿no es verdad, Sr. Liga?

—Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas; que á las veces donde ménos se piensa salta la liebre.

—Eso de liebre (replicó vivamente el Sr. Postas) me toca á mí, y salte ella una vez, que así se me escape á mí como por los cerros de Ubeda.

—Pues, señores, ya estoy vestido y á la órden de ustedes.

—Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

— El caso es que yo creo que ambos son á cual mejor, y si pudieran reunirse, no encuentro motivo para separarlos.

—Dice muy bien el vecino; ¿hay más que marchar juntos, y allí donde atravesáre el aire algun bulto, lucir usted su habilidad, Sr. Postas, y donde topáremos agua, sacar yo partido de la mia?

— Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia expedicion.

Esto diciendo, nos dimos á luz por las pacíficas calles, donde sólo encontrábamos á tales horas cual ó cual lechero ó buñolera, que preparaban con sus expeditos manjares el camino de la tienda de la esquina, que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oir misa; entramos en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devocion; el sonido de la campanilla; los trémulos pasos de algun anciano; la tos de algun otro escondido en las capillas; los fuertes golpes de pecho de un mozo, ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude ménos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofre-

ceria el mismo templo, henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion, y más ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia, ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo léjos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo, nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el Sr. Liga, en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el Sr. Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero, con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, sólo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fuí á encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador con encargo de pregonar sus peces, entre tanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia á aquella salva, pues todo se redujo á un gorrion, que tasado por peritos, podria valer hasta ocho maravedises, á trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacía;

pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido expediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta alrededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida, llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debia; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir á la tentacion cruel de hacer presente al Sr. Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal: replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides, y sólo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

Las nueve poco más serian cuando le atravesé de uno á otro extremo, y miéntras lo hacía con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban á mi vista, sentíme llamar por un amigo, que me seguia de cerca, el cual tomando la palabra,—¿Qué es eso, señor Curioso (me dijo), va V. recogiendo materiales para sus Escenas Matritenses? Pues algunos podria yo darle á usted; que tambien yo hago mis observaciones, y áun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y si no, ¿quiere V. que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando á nuestra vista? Pues óigalo V.

¿Ve V. aquel caballero tan bien portado, que corre diligente con un lío debajo del brazo, cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va á llevar la ropa á los parroquianos; diez y seis de ellos están espe-

rándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado más que para cuatro, con que los otros doce irán á reconvenirle al taller; pero él ha previsto ya este inconveniente cerrándole y marchándose á pasar el dia al soto de Migas Calientes.

Ahora repare V. á esotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros; media hora hace que salió la jóven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha:—«Descuide V., señora; en cuanto oiga misa.» Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo, que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va trascurrido, tendrá ya la muchacha que volver á su casa.

—¿Y á V. qué le importa, le repliqué yo á este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve V. un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esta mamá noble, que acaba de salir de su casa llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y cómo no ha temido su belleza á la peligrosa experiencia de la papalina rizada y pegadita á la cara; vea V. cómo ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pié de cinco puntos; mire V. con qué gracia nos hace conocer que va á misa, ostentando en las manos su devocionario, lindamente encuadernado á la *Gauffré* por Alegría ó por Ginesta; pero, sobre todo, ¿á qué no adivina V. por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hácia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no, torne V. su vista hácia ese jóven

militar con capote de barragan azul forrado de encarnado, que viene detras de nosotros acortando sus pasos y como midiéndolos á un compas conocido, rizándose los bigotes y oblicuando sus miradas á la acera izquierda, por donde va la niña.

—¿Y cómo ha sorprendido V. su pensamiento?

—Muy fácilmente: observando que él salió de un portal de enfrente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando despues sus miradas de inteligencia, y..... pero ¿á qué cansar? Sígales V. si quiere, y por mí la cuenta si no les viere oir una misma misa. Mas no; déjeles V., y repare en ese jóven que se adelanta hácia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aún todo el brillo de la fábrica; contemple V. su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha; su elevado corbatin; su lazo tan enigmático; sus botones de piedras de color; los sellos de similor purísimo; pues es un honrado ropero de la calle de Toledo, que va derechamente á hacer su visita matutina y *en gran tren* á su futura, la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero ántes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ese que ha entrado detras de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el dia de fiesta; verdad es que el dia de trabajo nadie se los compra.

—No pierda V., por Dios (me dijo á este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, á cuyo pié podria escribirse: *Una Boda del Barquillo.* La novia es una tabernera de la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de

San Márcos; el padrino, que es un tocinero rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el dia, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar á todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aquí viene esa marcha oblícua y desigual que V. observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos, eran las once cuando llegué á mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé á un mancebo muy agraciado que estaba á la puerta haciendo sonreir á la esposa de aquél, con lo cual no pude ménos de exclamar: ¡Cosas del mundo! ¡Su marido acaso no habrá sacado aún un pez, y á ella, sin buscarlos, se le vienen á la mano!

Subí, diciendo esto, á mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el Sr. *D. Magnífico Pabon*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó:—«¿Es el peluquero de su señoría?»—No, amigo, le contesté; pero, segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejó á la puerta de la tienda, componiendo una receta de mil flores; y así era verdad, pues á este tiempo subia ya el mancebo, preparando los peines al són del romance frances de *Le Trouvadour*.

Encerrado, por fin, en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba á hacer, cuando entró por la puerta el Sr. D. Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba á la córte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle, para hacer despues juntos várias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aquí caminando á Palacio por entre una multitud de carruajes de todas

edades y condiciones, y de otra áun más numerosa de pedestres en canillas, cuya vista fija en los piés se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanacion del lodo.

Llegados á Palacio, subió mi compañero, y yo marché á esperarle en casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál á la misa de la tropa, cuál á la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál á la revista en el Prado, y cuál, en fin, á otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en dia de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de D. Magnífico, y aunque no teniamos necesidad de ello, atravesamos á lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida á aquella hora, entre sol y sombra, la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos, no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la manga de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversacion general por cinco minutos.

La tarde de un dia de fiesta necesitaria por sí una prolija descripcion, en que podria lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaria de un lado á una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo ó al sermon, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa á los circos á presenciar las gracias de un novillo ó las desgracias de un volatin; opondria la variedad y la alegría de los retirados paseos, tales como la pradera del Canal, la Florida, la Vírgen del Puerto, la Fuente Castellana y otros así, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion exagerada, y áun peligrosa algunas veces, á la prosopopeya uniforme de los

paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas y las acaloradas discusiones de los cafés; la complacencia extraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por *el primer fantasmagórico español*, ó de los azares de D. Simplicio Bobadilla, y la fria indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el *Cid* de Corneille ó el *Pirata* de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho ántes que yo, á saber: «Que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre.»

Tarareando aún el rondó final de la ópera regresé á mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso, que vino á distraer mi atencion, y fué que, al entrar en mi cuarto, me hallé tendido al Sr. Postas llorando su desventura.

—¿Qué hay, Sr. Postas? ¿qué llanto es ése?

—¡Pobre de mí, señor vecino; pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado!; quiero decir, que salí de mi casa á cazar sin haberlo conseguido, miéntras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella.

—¡Qué desgracia!

—Verdad es que no habia nada; pero ménos he hallado yo fuera, como no sea este fogonazo que me ha abrasado media cara.

—Vaya, consuélese V.; podrá ser que..... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba? : «*¡que me mata, vecinos!*» ¿Qué es esto?

—Nada, señor vecino, no se asuste V., será el tio *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la buhardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales dias, y tratará de disculparse con su mujer dándola de palos.

—¡Infeliz! Vamos á socorrerla.

Hicímoslo, en efecto, no sin grave trabajo, y dejando al Sr. Postas en su habitacion, torné yo á la mia para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad y del dia de la fiesta, cuando de repente siento una agitacion universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos llegan á mí las voces de «*¡fuego, fuego!*» — Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogon del Sr. Liga, que habiéndole abandonado sin precaucion por todo el dia, el marido ausente en la pesca, y la mujer en los novillos, salia ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entónces se hizo general; toda la vecindad acudió á apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tardamos aún el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos oficiosos, para librarles de todo peligro, habian arrojado violentamente por el balcon.

(Abril de 1833.)

# LA CASA A LA ANTIGUA.

*« Ne gênez pas, je vous en donne avis,*
*Tant vos enfans, o vous, pères et mères,*
*Tant vos moitiés, vous, épous et maris,*
*C'est où l'amour fait le mieux ses affaires.»*

LA FONTAINE.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero, al prepararme á ello, hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *D. Perpétuo Antañon*, sujeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luégo me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté várias plumas, tracé algunas líneas, las borré luégo, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado; y en su consecuencia, nada podrian agradecerme tanto mis lectores como

recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aquí punto por coma :

« Señor Curioso : Usted es el mismísimo Diablo Cojuelo, y áun más, pues sin el ingenioso expediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquél al licenciado D. Cleofas, nos pone V. de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ó en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto más importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luégo convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos más modelos que seguir y más escollos que evitar que la misma historia, por la sencilla razon de que hay más Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de la calle de Postas.

» Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no pudo ménos de asaltarme la idea de que V. tenga á sus órdenes algun espíritu foleto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ó pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin, al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en ménos pro de mi buena fama; y por

si así sueediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á V., á fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

» Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir á V. que aquí donde no me ve, soy un antiguo comerciante; que habiendo debido á la Divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto, no de quiebras fraudulentas ni de especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fe nunca desmentidas, resolví, habrá cinco años, retirarme de los negocios y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

» No le negaré á V. que la causa principal de mi retiro fué, sin duda, la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda. Observé la mala fe de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interes de los bajos aduladores, y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fué que desde entónces me encerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

» Confesaré á V. que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los más antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado y toda su exterioridad están anunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos; convengo tambien en que el interior no es de más moderna invencion; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa

propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, buhardillas y sótanos para guardar un almacen. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo, no solamente encuentran cabida en este inmenso casaron, sino que juegan muy bien, por su fecha y por su forma, con lo material del edificio; y si no, dígame V., ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos, que llenan ellas solas una sala; los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de vaqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irian en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo Pródigo, los ricos escaparates del Nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos piés, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pábilos ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y, por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805, con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor Curioso, le he hecho á V. la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? —Pues óigale V. —Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es acudir á oir misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana; satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso ó de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo

que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa, me entretengo agradablemente con el jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del *Diario* (único papel á que conservo aficion, por ser, á mi entender, el que más ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil.

Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luégo en una librería, donde suelo escuchar cosas que no están escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías, buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion (en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años), y por último, vengo á parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Allí permanezco hasta que suena la una del reloj del *Buen Suceso*, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie más que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que, entre trabajo y descanso, suele prolongarse hasta las tres.

» Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito por el camino de Chamberí ó á las Ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra; parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse para volver á la capital y dirigirnos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida de un vaso de limon ó de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas, ó bien acontece bajar el vecino D. Segundo con su esposa (que forman con la mia y conmigo dos parejas homogéneas), para jugar una manita de mediator ó malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez.

» Tal es mi método de vida, que sólo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio; en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

» Pero es el caso, señor Curioso de mi alma (y aquí entra la parte más sensible de mi narracion), que así como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacia á mi hija única desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia. Hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones, evité cuidado-

samente que ninguna persona humana, mas que mis dichos vecinos, visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas; desterré lecturas, músicas y baile, y en los ratos que me ostentaba más amable, de vuelta á casa, despues de un paseo con ella á la fuente del *Pajarito* ó á Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de usted en las *Cartas españolas* ó la *Revista*, tales como *Las Visitas de dias*, *El Prado*, *Las Tertulias*, *Las Niñas del dia*, etc., con lo cual creia haberla convencido de los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va V. á juzgarlo por sí mismo.

» Ya he dicho á V. que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos; pero mi contestacion se reducia siempre á decir que mi hija era muy niña y no perdia tiempo (y á la verdad que esto último era demasiado cierto), con lo cual todos quedaban despedidos y yo satisfecho de mi precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y áun no sé si diga de mi manía.

»Yo tenía, por mis pecados, un pleito pendiente, de cuyo estado venía á darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario*, el cual solia traer consigo, para llevar los autos, á su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador; éste, con toda intencion, encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, miéntras iba él á la cocina ó á la pieza de labor á beber agua ó á encender el cigarro, y..... ¿lo creerá

usted, señor observador?..... Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazon de mi hija; con éste trastornó su cabeza, inspirándola una pasion frenética, y éste, en fin, es el que, á consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir, como yerno mio, despues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!.....

»Ahora dígame V. si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, ó si cree más bien que haya sido un resultado forzoso de él; en cuyo caso debo desengañar á los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo y que escarmienten en cabeza del inconsolable — *Perpétuo Antañon.*»

Hasta aquí la carta del afligido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor á uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver más que los extremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino á caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. ¡Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que á tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente!

«Vigile V. en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable; huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seduccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa á un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija, en vez de torcer, las inclinaciones de su hija, y no dude que éstas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladin.»

(Abril de 1833.)

# LA CASA DE CERVANTES.

> «Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres excitan grandes y generosos recuerdos, y no sin razon se ha comparado la fama que les sigue á aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan difícilmente.»
>
> JOUY.

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució con el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningun vestigio, ningun testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* ó la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquéllos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron á los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasion de los sarracenos, ¿qué monumentos de su poder dejaron á esta villa? ningunos; ni las historias de aquellos reinados la nombran aún.

¿Qué pruebas tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar, al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno ó dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso VI.

El soberbio Alcázar de Madrid, que resistió á las tropas del Sultan de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y D. Enrique, doña Isabel y doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que áun se conservaban en el reinado del Emperador, todo fué desapareciendo con el tiempo, pudiéndose hoy apénas encontrar algun otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la córte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero, aquella real determinacion, atrayendo á esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una poblacion cuya extension y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua; y hé aquí la razon por que los recuerdos matritenses apénas penetran más allá de aquella época.

La imaginacion se sorprende con el brillante espectáculo de la córte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía más extendida del orbe; llave de la política europea; teatro de los más importantes acontecimientos; centro de los hombres más distinguidos, Madrid se identifica entónces con los recuerdos más gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía. — Eternos, por lo tanto, deberian ser los monumentos de tal grandeza; mas, por desgracia, el trascurso de los tiempos, los desastres de las guerras y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa han ido destruyendo contínuamente aquellos

históricos documentos, en términos que sólo algun otro edificio público nos queda para idea de la córte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan á la villa su actual suntuosidad.—El palacio de Felipe IV pereció, pero en su lugar se eleva uno de los más elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso Conde-Duque, apénas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el dia nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculto término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de San Hierónimo.* Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan á la córte de Cárlos III y Fernando VII, la harian desconocida á los mismos que en otro tiempo la pintáran; al inmortal Cervántes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y á tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no así lo quedaria nuestro entendimiento

y nuestra memoria si pretendieran saborear la magia de los recuerdos, despojados ora de los restos de la antigüedad; en vano intentariamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria á los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que yo habia sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon, viendo derribar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve á la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas ó semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion, viniendo á sacarme de mi éxtasis, el caballero Roberto Welford, jóven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos extranjeros que visitan nuestra España con sólo el objeto de verla.

—¿Qué hace V. ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?

—Veo derribar una casa.

—Por cierto que es un filosófico espectáculo.

—Acaso más de lo que V. cree.

—Conforme: si la casa es de V., desde luégo le doy la razon.

—No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento; más sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y V. sin duda participará de mi sensacion cuando le diga que en esa casa, que desaparece ante nuestra vista, vivió y mu-

rió pobremente MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA (1).

—¡*La casa de Cervántes!*.... (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en el semblante del inglés como la que le produjo el solo nombre del autor inmortal). ¿Es posible? exclamó con resolucion, y ¿quién se atreve á profanar la morada del *escritor alegre, del regocijo de las musas?*

—El interes, mister, el interes será el que justamente incline á su dueño á sacar más partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

—¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su país no se apresuraron á adquirir á toda costa el único resto conmemorativo de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento?—(Y esto diciendo, sacó su álbum y empezó á dibujar la fachada de la casa; accion sencilla, pero expresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

—Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervántes (decíale yo miéntras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, á no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre, cuya sangre derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito, en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atencion de

(1) Léanse, en prueba de esta asercion, las noticias prolijas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hay razones para creer que fuera el segundo, que entónces era aguardillado, y acaso podrian añadir á ellas fundamento los siguientes versos con que concluye el Viaje al Parnaso:

«Fuíme con esto, y lleno de despecho,
Busqué *mi antigua y lóbrega posada*,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa, cuando es larga, una jornada.»

sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el dia 23 de Abril de 1616.

—¡Cómo! (exclamó vivamente el inglés), ¡en el mismo dia que nuestro *Shakespeare!* Pero el poeta britano tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, miéntras que el español..... ¡Qué contraste!

—Su cuerpo fué depositado, por disposicion suya, en el convento contiguo de las monjas Trinitarias; pero el injusto desden que le persiguió durante su vida, privó á sus cenizas del homenaje merecido, llegándose á ignorar hoy el lugar de su sepultura; culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los más eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recoger los más pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, contínuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aún completo desagravio á la ultrajada memoria de Cervántes. Estaba, pues, reservada esta gloria á nuestro monarca actual, consagrando á aquél un monumento más noble y desconocido entre nosotros; sí, amigo mio; á la voz del Soberano, y bajo la direccion de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados á las letras y á las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *Manco de Lepanto*, para que, colocada su estatua en una de las plazas públicas de esta capital, sirva de eterno tributo consagrado á la memoria del escritor que forma el orgullo de la nacion y las delicias del género humano (1).

(1) Esta estatua fué colocada en 1835, en la plaza de Santa Catalina, hoy de las Córtes.

— Cuando el Gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debia mostrarse indiferente, y una suscricion voluntaria deberia, no sólo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado exclusivamente á la mansion de un Cuerpo literario ú otro objeto adecuado á la memoria del ilustre escritor.

— ¡Qué quiere V.! Esos testimonios, prodigados al genio en otros países, no excitan entre nosotros emulacion ni entusiasmo. Vea V. desde aquí, sin ir más léjos, aquella casa baja, señalada con el número 11 antiguo (en la nueva numeracion tiene el 15), en la calle de Francos; pues ésa fué propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripcion: «*Parva propria magna, magna aliena parva.*» En ella vivió y murió, y aunque, por una excepcion extraña entre nosotros, reunió durante su vida á una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (1), y me-

(1) Los que exageran las riquezas de Lope de Vega pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que original he visto casualmente, y cuya copia testimoniada conservo. Este testamento está otorgado en 26 de Agosto de 1635, víspera de su muerte, ante D. Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«—Declaro que ántes de ser sacerdote y religioso fuí casado, »segun órden de la Santa Madre Iglesia, con doña Juana de Guar»do, hija de Antonio de Guardo y doña María de Collántes, su »mujer, difuntos, vecinos que fueron de esta villa; y la dicha mi »mujer trajo por dote suyo á mi poder 22.382 rs. de plata doble, é »yo la hice de arras 500 ducados, de que otorgué escritura ante »Juan de Pina, *y de ellos soy deudor á doña Feliciana Félix del* »*Carpio*, *mi hija única* y de la dicha mi mujer, á quien mando se »paguen y restituyan de lo mejor de mi hacienda, con las ganan»cias que le tocaren.

»—Declaro que la dicha doña Feliciana, mi hija, está casada con »Luis Usategui, vecino de esta villa, y al tiempo que se trató el »dicho casamiento le ofrecí 5.000 ducados de dote, comprendién-

reció á su muerte el duelo general de todo un pueblo, que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastian, muy luégo fué olvidado en ella, y á pesar de los propósitos del Duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó á verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas despues con las de la multitud.

Vuelva V. la vista á esa calle que tenemos á la derecha (que es la llamada del Niño); en ella, y su número 4, vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, á pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese á Santo Domingo de Madrid.

El más privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*, quien, habiendo legado sus bienes

---

»dose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo mater»no..... *y respecto de haber estado yo alcanzado*, no he pagado ni sa»tisfecho por cuenta de la dicha dote maravedís ni otra cosa algu»na, aunque he cobrado de la herencia del dicho suegro algunas »cantidades..... Mando se les paguen los dichos 5.000 ducados.

»—Declaro que el Rey nuestro señor (Dios le guarde), usando »de su benignidad y largueza, há muchos años que, en remunera»cion del mucho afecto y voluntad con que le he servido, me ofre»ció dar un oficio para la persona que casase con la dicha mi hija, »conforme á la calidad de dicha persona; y porque con esta espe»ranza tuvo efecto el dicho matrimonio, y el dicho Luis Usategui, »mi yerno, es hombre principal y noble, y está muy alcanzado, »suplico á S. M. con toda humildad, y al Excmo. Sr. Conde-Duque, »en atencion de lo referido, honre al dicho mi yerno haciéndole »merced, como lo fio de su grandeza.»

(Este testamento concluye nombrando por heredera universal á doña Feliciana, su hija única, y á la sagrada religion de San Juan, por lo que la perteneciere, segun los estatutos, y por testamentarios nombró al Excmo. Sr. Duque de Sesa, D. Luis Fernandez de Córdova, y á su yerno Luis de Usategui.)

á la piadosa Congregacion de Presbíteros naturales de esta córte, de que fué Hermano mayor, mereció de ésta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura, á los piés de la iglesia de San Salvador, que áun existe, con el retrato del poeta, pintado por su amigo D. Juan de Alfaro (1).

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid, elevado á las cenizas de un escritor, al paso que observará V. muchos prodigados á nombres sólo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana*, *Solís*, *Saavedra*, *Moreto*, *Tirso*, *Juan de Herrera*, *Velázquez*, y otros tantos, cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la córte y de la nacion entera, yacen ignorados, sin que nadie se duela de ellos; los modernos *Jovellános*, *Isla*, *Melendez*, *Moratin*, *Cienfuegos*, *Maiquez*, y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron, por lo general, cubiertos con extraña tierra; y si bien la benevolencia del Monarca ha levantado monumentos duraderos á la memoria de algunos de ellos con la edicion magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma; y en prueba de ello, me contentaré con citar á usted un hecho solo.

Áun no hace tres años que la Real Junta de Damas de Honor y Mérito de la piadosa Casa Inclusa de esta córte determinó rifar la casa y huerta de Moratin en la villa de Pastrana, de que aquél habia hecho generosa cesion á dicho establecimiento. Dejo á V. considerar el resultado de una rifa abierta en Lóndres á la casa de Shakespeare,

(1) A consecuencia del derribo de la iglesia de San Salvador, en 1841, fueron trasladados los restos de Calderon al cementerio de San Nicolas, fuera de la puerta de Atocha. Posteriormente acaban de ser trasladados á la iglesia del Hospital de Presbíteros naturales de Madrid, de que fué presidente.

ó en París á la de Molière; pues bien, en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados á la de Moratin, que volvió á quedar por el mismo Establecimiento; bien es verdad que ni en los anuncios ni billetes se expresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuasion en que se estuvo de que semejante título no añadiria mayor estímulo á los jugadores (1).

Á este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared, viniendo al suelo y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó á retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente y volviendo á cada paso los ojos á *la casa de Cervántes.*

NOTA.—La lectura de este artículo, publicado por el *Curioso Parlante* en la *Revista Española* el dia 23 de Abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervántes), llamó la atencion del rey don Fernando VII, y excitó de tal manera el celo patriótico del difunto Comisario de Cruzada, D. Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó á dar activos pasos, que produjeron á los diez dias la Real órden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aquí la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

## REAL ÓRDEN.

« Ministerio del Fomento general del Reino.—Cuando llegó á »noticias del Rey nuestro señor que se estaba demoliendo, por ha»llarse ruinosa, la casa núm. 20 de la calle de Francos de esta »córte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de »Cervántes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su pa»tria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hicie-

(1) En 1856, vendida esta casa como bienes nacionales procedentes de la Inclusa, fué rematada á mi favor la huerta, aunque, habiéndose verificado ántes la de la casa, desistí de la posesion de la huerta, que cedí al dueño de la casa.

» sen proposiciones al dueño de ella, para que, adquiriéndola el » Gobierno, se reedificase y destinase á algun establecimiento lite- » rario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquél tenía repug- » nancia á enajenarla, y queriendo S. M., por una parte, que sea » respetada la propiedad particular, y por otra, que quede á lo mé- » nos en dicha casa y á la vista del público un recuerdo perma- » nente de haber sido la morada de aquel grande hombre, ha teni- » do por conveniente resolver que en la fachada de la referida » casa, y en el paraje que parezca más á propósito, se coloque el » busto de Miguel de Cervántes, de que está encargado D. Estéban » del Agreda, director de la Real Academia de San Fernando, con » una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras » de bronce. El Comisario general de Cruzada, vice-protector de la » misma Academia, D. Manuel Fernandez Varela, animado de su » celo por el fomento de las artes y por las glorias de su patria, se » ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan » bajo su direccion, y de la parte de ellos que está destinada á » auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á » efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y » de su Real órden lo comunico á V. S. para que tenga su debido » cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el expresado » Comisario general, vice-protector de la Academia, á quien lo tras- » lado con esta fecha, y con el dueño de la casa, que ha dado para » ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos años.— El » Conde de Ofalia.—Madrid, 4 de Mayo de 1833.—Señor Corregi- » dor de esta villa.»

En consecuencia de esta Real órden, y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella, que da á la antigua calle de Francos, un medallon de mármol de Carrara, que representa la imágen de Cervántes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro :

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ
MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA,
CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.
FALLECIÓ EN MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de Junio de 1834; y posteriormente, en la reforma de los

nombres de muchas calles de Madrid, verificada por el celoso Corregidor Marqués viudo de Pontejos, se dió á la ya dicha de Francos el nombre de *Calle de Cervántes*, aunque, para proceder con claridad, este nombre le merecia la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias á la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado á esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió aquel gran poeta.

Á propuesta mia en el seno de la Real Academia Española, esta ilustre Corporacion dispuso colocar un elegante monumento en dicha casa, propiedad del *Fénix de los Ingenios*, LOPE DE VEGA, y en la cual falleció; y la solemne inauguracion de dicho monumento tuvo lugar el 25 de Noviembre de 1862, aniversario del nacimiento del gran poeta.

Tambien se dió (á propuesta mia en el Ayuntamiento) el nombre de Quevedo á la llamada del Niño, y se colocó una inscripcion conmemorativa á la casa de la calle Mayor, núm. 95, en que falleció el insigne *Calderon de la Barca*. Últimamente, cuando en 1869 amenazó el derribo de la iglesia y convento de las Trinitarias en que yace CERVÀNTES, mis gestiones, en union del Excmo. señor Marqués de Molins y D. Antonio Ferrer del Rio, patrocinadas por el patriota Gobernador Sr. Moreno Benitez, dieron por resultado, no sólo la conservacion de dicha iglesia y convento, sino que movieron á la Real Academia Española á costear el bello monumento mural, obra del escultor Ponzano, que luce en la fachada de dicho edificio religioso.

# ADVERTENCIA.

Desde el artículo anterior de *La Casa de Cervántes*, publicado en Abril de 1833, hasta el de *El Diario de Madrid*, que lo fué en igual mes de 1835, mediaron dos años cabales, que el autor empleó en un viaje de recreo hecho á Francia é Inglaterra.— En este largo período y dilatado paseo, no sólo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observacion, sino que coincidiendo con aquel período los graves acontecimientos acaecidos en nuestro país, la muerte del Monarca, la variacion del sistema político, la reunion de las Córtes y promulgacion del Estatuto Real, la guerra civil, la invasion del cólera morbo, y la supresion de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español, así como la mayor libertad en la expresion del pensamiento abria ya ancho campo á la pluma del escritor.— En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento la guerra, y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, déjase conocer cuán pálidos é insignificantes debian parecer los cuadros sencillos é inofensivos de una sociedad apacible y normal, que ya no existia, trazados por el modesto pincel del *Curioso Parlante*.—Así lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno más propio del dia, renunció por largo período á su agradable y filosófica tarea, dejando á la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comezon del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad, y aunque supo contenerla por espacio de dos

años, no pudo ménos de transigir con ella algun tiempo ántes del que se habia propuesto, si bien encerrándose siempre dentro de los estrechos límites que se impuso desde el principio, y limitándose á *terminar* con algunos cuadros más la revista festiva de la sociedad que desaparecia, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna. — Los artículos de *El Diario de Madrid*, *La Procesion del Córpus*, *Paseo por las calles*, *El Patio de Correos*, *Las Casas de Baños*, *El Sombrerito y la mantilla*, y *A prima noche*, son los que completaron por entónces aquella série, que publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE, y comprende desde Enero de 1832 hasta Octubre de 1835; y para hacerlos más independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor á insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entónces se disputaban ya el favor del público, y escogió para trasmitirlos el modesto folletin del *Diario de Madrid*.

«Con esto, (dije entónces) conseguiré ser leido, ántes que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flándes ó de queso de Gruyère; y si de este modo paso á la posteridad, no será por lo ménos sin algo de sustancia.»

# EL DIARIO DE MADRID.

## I.

Por real privilegio, firmado en el Sitio del Buen Retiro por el rey D. Fernando VI, en 17 de Enero 1758, se concedió permiso á don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta córte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico.* Dicho Urive dió principio á su publicacion el 1.º de Febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada á las noticias comerciales de ventas, alquileres, etc., y hé aquí el principio del *Diario de Madrid,* de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente con el trascurso del tiempo y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luégo llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el Gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citarémos únicamente la disposicion del juez de imprentas, que al mes de la publicacion, y con fecha de

9 de Marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del Santo del dia; y así se empezó á verificar desde el siguiente, 10 de Marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificacion de los lectores. Sin embargo, no debieron ser éstos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1.° de Enero del siguiente de 1759.

Desde entónces empezó á insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, viajes, geografía, astronomía y otras ciencias, que si bien no decian nada de nuevo ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fué cuando, apoderándose el editor de la *Historia general de los viajes*, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba más de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustracion, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entónces no llevó una marcha tan firme, que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo á aparecer en 1.° de Enero de 1776, tornando á suspenderse en 1.° de Julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de Diciembre de 1781.

Apagóse por fin aquella luminosa antorcha matritense, y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreverémos á asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, ó si bien, una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fe que nos caracteriza, como que nos inclinamos á creer

esto último, y sin duda hubo de pensar así el extranjero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podia sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla; y en su consecuencia, empezó á salir á luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de Julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del *Diario de Madrid*, y desde luégo por su redaccion y por su forma empezó á tener más analogía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer *Diario* de Urive con el de Thewin, por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como tambien el mayor movimiento mercantil é industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar á D. Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasion de hacer observar al público una coincidencia singular, que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir á *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este *Diario* por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso; y vemos que despues de medio siglo, por una combinacion casual de circunstancias, ha vuelto á situarse en la misma *Puerta del Sol, número* 7, si bien no en la misma casa, y sí tres ó cuatro puertas más arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido á suplir esta diferencia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el *Diario de Madrid* en la posesion de entretener al público con anécdotas más ó ménos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos, y observaciones sobre todas las cosas

observables. El famoso *don Santiago Salanova*, que le dirigió por algun tiempo, amenizaba los más de los números con acrósticos y ovillejos, que debian ser un pasmo en aquella época; *Guerrero* y *Cacea*, dos famosos ingenios de entónces, cuyos nombres ha denunciado á la posteridad el gran Moratin (1), terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimeras elegías «A la muerte del perro de Fílis», ya retozando, en burlescas letrillas de estrambote y pié quebrado, sobre las faltas de las mujeres ó las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable *don Lúcas Aleman*, el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido excitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos, en que tan fácil era entretener á un público tranquilo, y de cuyas más fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entónces faltaban á los periodistas los asuntos en que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacía la redaccion de la cantidad de *diez reales* á todo el que le comunicase un artículo ó discurso sobre asuntos eruditos ó curiosos, lo cual no dejaba de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas, en fin, con un grado de interes mayor ó menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y áun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de Mayo de 1808, en que, á consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes, fué envuelto en el trastorno

---

(1) «El diablo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
Á don Alvaro Guerrero
Y don Antonio Cacea.»

MORATIN.—*Romance.*

general, y se empezó á publicar con carácter oficial por el Gobierno frances, en un pliego comun y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de Junio del mismo año, en que se suprimió por aquel Gobierno, sustituyéndole por la *Gaceta* diaria : en 8 de Agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió á publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entónces absorbian la atencion, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas, aunque despues volvieron los franceses á ocupar la capital, no recibió el *Diario* nueva alteracion, ántes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominacion, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegíaco *don Diego Rabadan*, las de la *musa sombrerera* de *Abrial*, y otras de varios ingenios de esta córte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitucion, y nuestro *Diario* siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de direccion, fué escaseando los razonamientos y áun las coplas, y limitándose más bien á la insercion de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la *Gaceta* de 28 de Marzo de 1829 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notificó al público que S. M. habia concedido el privilegio de su publicacion por diez años á D. Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribucion anual para los establecimientos de Beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el *Diario* en adelante no contendria ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del Gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan fiel á este propósito, que desafiamos al más lince á que en dicha serie de los diez años

encuentre, no digamos un solo artículo *razonado*, pero ni una línea, una palabra sola en razon, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aquí nacian aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público maligno de esta capital; en unas ocasiones se vendian «*sombreros para niños de paja*»; en otras, «*medias para clérigos de lana*»; *hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje*»; «*zapatos para hombres rusos hechos en Madrid*»; *camas de matrimonio con su cópula correspondiente*», y otras á este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio, sin necesidad de más citas de nuestra parte.

Cumplióse en fin aquella década, y en 1.° de Abril del presente año de gracia de 1835, á virtud del nuevo permiso concedido á D. Tomás Jordan, salió á relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que, despues de traer la historia de esta publicacion, entretengamos ahora la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella, y las mejoras que á nuestro corto entender ha recibido.

## II.

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia del orígen y progresos de este periódico; réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales, que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *órden*

*del dia* para el movimiento económico de la poblacion.

¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interes le hacen desear?—La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del dia ó las funciones religiosas;—los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frio que han sentido el dia anterior, no quedan persuadidos de ello hasta que lo ven confirmado en el *Diario;*—el militar busca la órden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles;—el tendero ó la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *á voluntad de sus dueños;* todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario, que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear más útilmente;—los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor;—los aficionados á la lotería tienen la satisfaccion de saber que tal ó cual premio ha caido en Madrid, y áun el nombre de una patriota conexionada con las víctimas del Dos de Mayo;—los que tuvieran alhaja que empeñar saben que hay Monte de Piedad;—el público todo conoce á cómo pagan el trigo los tahoneros,—y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que los produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfaccion de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales;* que si de ahí nos deslizamos en la segunda, que comprende los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el sér tan completamente independiente, que no tenga que ver con alguna de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos supo-

ner que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunacion, á ménos que haya transigido con las viruelas;—ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido á la plebe);—ha sido mancebo, y se ha visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que se haya dado al género romántico ó al clásico; y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó las navajas para rasurarlas;—ha sido dama, y ha necesitado ser hermosa; y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Ma*, ó *la balsámica de la Meca, que usan las damas de Borneo;*—ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos ó sifilíticos; en este caso, nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas;—ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Candelas ó las truchas del Barco de Ávila;—ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene..... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro;—por último, se ha muerto; no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras más ventajas ofrece la lectura del *Diario* al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse segun su clase, y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico;—si ha obtenido un empleo, puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo;—si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan alquileres y traspasos de enseres y reputacion;—si aficionado á la literatura, verá

por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra;—si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sujetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete á cuidárselas, si las tiene;—si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interes y una hipoteca bastante á juicio de usurero;—mas si, por el contrario, le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dió lugar á los chistes de algun periódico. Unos se irritaron porque estaba en *latin;*—para otros estuvo en *griego*, y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa.*—Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento ó *cosas que han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro Diccionario (sin duda porque acaso sea la moda del país el no hacer nada), y hé aquí la razon por que creimos prudente el haber acudido á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto á la cuestion del nombre; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante; pues el que quiera moverse en cualquier sentido ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle, y el que adquiere cualquier derecho, le ha

de costar *derechos* el conocerle.—Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba, sin duda, á nuestro *Diario* para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales; lo cual es natural, atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades, que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto, sin embargo, no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluirémos, en fin, la reseña del actual *Diario de Madrid*, advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco más de *dos cuartos diarios*. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del *Diario* mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género más barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir á una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrá de tasarse más que en ocho reales al mes?

Despues de todo lo dicho, sólo nos permitirémos una observacion, que prueba el adelanto de los tiempos, á saber, que este periódico, que tan limitado principio tuvo y áun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no sólo se basta en el dia á sí mismo, áun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado, y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales*.

(Mayo de 1835.)

# LA PROCESION DEL CORPUS.

## I.

### 1623.

Era el dia 15 de Junio del año 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flándes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mujeres, que la confesaron á Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, que expidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entónces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella, por su ostentacion, la córte de los reyes Católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y su grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarle

en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijemos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de Junio de 1623, en que la córte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia muy notable. Cárlos Stuart, príncipe de Gáles, hijo primogénito y heredero de la Gran Bretaña (despues Cárlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid, el 7 de Marzo de aquel año (1623), con el intento de entablar su casamiento, que al fin no llegó á tener efecto, con la infanta doña María de España. El Rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Oliváres y toda la córte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa, que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el Presidente del Consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con canceles. Así, hácia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada; á los piés de la iglesia, MADRID; en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias; en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el Consejo Real de Cas-

tilla; en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia, á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda, los Grandes. El sitial del Rey y Príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirven al Rey y al Príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media, y en llegando al medio de la iglesia toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey y despues al Príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el Príncipe de Gáles, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó (que fué en el entresuelo de la torre primera del Alcázar), la vió pasar, permaneciendo en pié durante toda ella, así como el Marqués de Boukingham y demas caballeros de su córte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo, se arrodillaron todos.

El órden que llevaba la procesion era el siguiente: Abrian la marcha los atabales y clarines—seguian los niños Desamparados y los de la Doctrina—luégo los pendones y las cruces de las parroquias—los Hermanos del Hospital General—los de Anton Martin; y las comunidades religiosas por este órden:—Mercenarios descalzos—Ca-

puchinos—Trinitarios descalzos—Agustinos descalzos—Carmelitas descalzos—Clérigos menores—Padres de la Compañía de Jesus—Mínimos de la Victoria—Jerónimos—Mercenarios calzados—Trinitarios—Agustinos—Carmelitas—Franciscos—Dominicos— Basilios—Premostratenses—Bernardos y Benitos.—La Cruz de Santa María de la Almudena—la del Hospital General de córte—la clerecía, en medio de las Órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el Consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el Supremo de Castilla.—Á la izquierda, el de Hacienda—el de Órdenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el Cabildo de la clerecía—veinticuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la Capilla Real con su guion—tres caperos, el de enmedio llevando el báculo—el Arzobispo de Santiago de pontifical—los pajes del Rey con hachas—las andas del Santísimo—la villa con el palio—el Rey—el Príncipe al lado izquierdo—un poco detras, el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espínola al otro lado—el Nuncio en medio de los dos—el Obispo de Pamplona detras.—El inquisidor general—el Embajador de Polonia—el Patriarca de las Indias—el Embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares—los grandes cerca de la persona del Rey—los títulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias española y tudesca á los lados de la procesion, y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los *autos sacramentales*, que seguia durante toda la octava del Córpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa

sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del Rey, el mismo dia del Córpus á las cuatro de la tarde; y acabado aquél, empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al Consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon; seguia el segundo auto en la forma referida; y al viérnes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde, por el órden que queda expresado del dia antecedente, se seguian representando á los Consejos de Italia, Flándes, Ordenes; y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por Consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luégo en los Corrales el viérnes siguiente á ella.

Así pasó hasta el año de 1676, en que, por excusarse algunos Consejos de este gasto, se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiendo consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el juéves y el otro el viérnes, y este dia se hiciesen los dos al Consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al Consejo de Aragon; y que si el Consejo de la Inquisicion quisiese autos, se le representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que, por excusar gastos, se hacian estos festejos á SS. MM., al Consejo y Madrid en los dias juéves, viérnes y sábado. Por último, en 1705, S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el

gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entónces no volvieron á verificarse más que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta córte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca, solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron extraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

## II.

## 1835.

Despues del trascurso de los tiempos se conserva en el dia como la más solemne entre nosotros la festividad del Córpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra sigue el mismo órden de majestad y decoro que en el siglo XVII la hemos descrito, si bien con ménos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndola purgado de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantones* y otros se conservan aún en algunos pueblos de España, y hasta ántes de la guerra de los franceses se usaban tambien en Madrid (1).

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representando místicamente el vencimiento y glorioso triunfo de Nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar,

Queda ya dicho que el órden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la más elevada, empezando por el mismo Monarca cuando se halla en la córte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe exceder el Madrid actual al antiguo, en semejante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo; la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vário y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta córte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que

---

porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradicion que dice: «Que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar á un monstruo carnívoro, llamado *la tarasca*, que afligia y desconsolaba aquel país.» La villa, agradecida, eligió á la Santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Ademas, en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea una imágen colosal del monstruo vencido, y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «*Por gastos en la tarasca para la procesion del Córpus*, 1.400 *reales*.»

cubren toda la carrera; un piso blando de arena, que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, expresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas á cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas exquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones, que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son áun más interesantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto, en un hermoso dia de Junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume; los vecinos, madrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y miéntras la tropa va formándose, llegan, ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta manola del Barquillo, con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos.— Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de la calle Mayor, y guantes amarillos.—El mancebo de comercio, con su corbata de á cuarta, sus cadenas de similor y su

camisa plegada;—la alegre modista con una expresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino; —el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casacon de Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja;—el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de quince á diez y seis (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes.—Más allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica;—ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes, que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las más hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas á tiempo el traje punzó ó el sombrerito Hortensia.

Guarda cuidadosamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fe de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras; uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo más notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que va delante recompensa de tanto afan á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. — Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusion y de agradable desórden! ¡Qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! La jóven inocente, que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales, que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de ménos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse á ella, pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos expresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Córpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla por que la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formacion; ¡qué movimiento en los balcones! ¡Qué estrechar las distancias! ¡Qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡Qué abrir de quitasoles! ¡Qué mover de abanicos! ¡Qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el són de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños expósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la córte, hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas é hinca la rodilla en tierra á la presencia del Om-

nipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo, y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde á la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para volver á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aún el paseo durante una hora, en que con más desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia; los jóvenes, agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas, ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas, y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando más tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la más mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1835.)

# PASEO POR LAS CALLES.

## I.

Nada hay más natural en un forastero que la curiosidad de reconocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez de tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio, aplicable á nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte más antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, en solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apénas encontraria diferencia notable con sus tétricas ciudades, si la presencia del Palacio Real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la pobla-

cion por su parte más vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Real Palacio á la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, numerosas torres, extensos grupos de casas, de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del Gobierno, presta por este lado á Madrid su vista más completa é interesante.—Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá ó la de Atocha, formarán una idea áun más risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria, al entrar por las puertas de San Fernando ó de Fuencarral.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer á vista de pájaro todo el plano de la capital, sería áun más difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano y conocer á un golpe de vista las várias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura, puede observarse el córte de la poblacion, uno de los más cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales del centro

comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Jerónimo y Atocha; de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N.; de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Jerónima y Toledo al S., llega á ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde.—La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor extension del radio se modifican y cruzan por otros más subalternos y parciales, como las calles Ancha de San Bernardo, Jacometrezo, Correderas y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será, sin embargo, modificada cuando, descendiendo á las calles, hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de éstas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de órden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado; y las numerosas y contínuas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza á que áun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando á

las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entónces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con más justicia los dictados, que áun los mismos extranjeros la prodigan, de la *villa blanca*, la *villa jóven del Mediodía.*

Mas si, prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres; los órdenes arquitectónicos por el órden de la sociedad; el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podriamos presentar á nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir á la tentacion de emprenderlo. No nos propondrémos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogerémos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos : procederémos libremente y como al acaso, dejarémos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciarémos á todas las unidades conocidas; y tanto más románticos serémos, cuanto ménos pensemos en lo que vamos á escribir.

## II.

Ningun momento del dia nos parece más oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida

exterior que aquellas apacibles horas que, aproximando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar las apetecidas brisas de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones.—No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas y reconocer lo que pasa en las buhardillas: por la ocasion presente dejémosles á los ladrones y enamorados (que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono), y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de Nuestra Señora del buen Suceso ha dado las seis; la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando « *Gúa é sebá fria.....* » Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura, que les ofrece en eco lastimero el asturiano por dos maravedís.—En tanto los muchachos, que á la primera campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruaje rueda por el suelo, con

notable provecho de la alegre comparsa; ó bien tratan de engañar á un barquillero, distrayéndole para que no mire al juego, ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se siente circular más carruajes que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aún y abiertos de par en par, no reciben todavía más que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro miéntras ojea la *Gaceta*, ó un quidam que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

«*De la lotería-aaaao-chavó-A-ochavito los fijos—¿ Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, á un lao, chas.— El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.*»

Crece la animacion por instantes; el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tílburis, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles y presencian á pié firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo más elegan-

te y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo, que nos impide ver á cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, á la calle Ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apénas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á la puerta de Santa Bárbara ó San Bernardino con objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Areneros; tal cual corro de dilettantis de blusa á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de *Guillermo Tell*, tocada por el organillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al són de sinfonías y *cavaletas;* hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el más indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta; jamas ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asien-

to, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¿Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones?.....

Lindo pié, encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y elegante vestido de muselina, primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido á la garganta; gracioso rodete á la parte baja de la cabeza, á semejanza de la Vénus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules, que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon.—Mas ¿por qué no lo hizo ántes? ¿Por qué tan precipitadamente ahora?—El por qué, señores mios, yo me lo sé, pero no sé cómo contárselo á ustedes.

—«Mariquita.

—Matilde.

—¿Has visto?

—¡Qué quieres; paciencia!

—Yo no sé qué tendrán.

—Lo que es N..... estaba de guardia cerca de aquí, pero el otro.....

—El otro..... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de.....

—No lo creas..... puede que haya pasado..... Pero, mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?

—¡Qué! Pero sí..... no, no son..... ¿á ver? saca el pañuelo.

—Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo; mira cómo se rien.

—Sí, ellos son..... ¡Ay, qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

—¿Pues qué?.....

—¡Que no son ellos!.....

—«Bravo, señoritas, lindamente», gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto, que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

—¿Qué te parece, Cárlos? ¡hemos quedado lucidos!

—¿Qué harémos?

—Yo sería de opinion de desafiar á aquellos dos.

—Yo de matarlas á ellas.

—Hombre, no; en tal caso, matarnos nosotros es más noble.

—Mira, lo mejor será que todos vivamos y nos venguemos marchándonos al Prado.

—No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha; las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y Lavapiés no ceden á tales horas en movimiento á las más animadas de Lóndres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces, que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la Caña; los alegres muchachos que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono són de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la Fábrica, que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida..... ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes!

Tambien el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, á algunas de esas parejas; verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. Mas ¿por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la Plaza? ¡Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas miéntras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma?—¿Qué fué ello?—Nada; reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con ligereza; apostaria á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano; el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fué conducido con más alegría.

Pero ya la campana de San Millan ó San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto, y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé; el que intentaba dibujar por hoy concluye aquí.

(Julio de 1835.)

# EL PATIO DE CORREOS.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las várias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del Reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo ménos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del Reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su animacion y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería extraño el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes ó en las heladas márgenes del Newa se despidiesen citándose « para la Puerta del Sol. »—Pero áun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon,

y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el foco de sus rayos. Tal es el *patio de Correos*, y para hablar de él tomamos por hoy la vénia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un sér indiferente ó desdeñoso, al paso que logre excitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este capítulo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio de Correos!..... ¿y qué hay en el patio de Correos?..... Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma, tres ó cuatro ventanillos cerrados y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos, desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas..... De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso*, que hoy nos muestra su linterna, harto será que no consiga excitar los bostezos del auditorio.—

—Poco á poco, señor indiferente, poco á poco; y ántes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería; y si luégo de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que os-

tentan una variedad literaria, por lo ménos tan interesante como la de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza : Víctor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos.» Vea V., si no, los nuestros en literatura.— «*Direccion de cartas*» : no haga V. caso ; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luégo que tengamos buenos caminos, y mejores postas, y empleados celosos, y..... otra cosa será.—No se acerque V. á leer ese cartelito «*Curacion de la vista*», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso. — Deje á un lado el «*Manual de Madrid*», que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. — No haga caso del *Segur*, porque, segun va menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su *Historia Universal*, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos;—y en cuanto á aquella otra publicacion «*Mariana y Sabau*», por Dios, no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leia el poema de Florian, y preguntándola cómo concluia, respondió sinceramente : «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio* y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no ménos preciosos que los impresos.

—«*El. sugueto. gue. forma. la pressente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren.*»

—«*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Senor comerciante, ó Abogado ó Qurial; para tenedor de libros ó administrador. Sabe todo lo nece-*

*sario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*»

—«*Un jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*»

—«*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga : una tienda sita en las cuatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y áun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias; vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ánsia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡Qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre «N. Marqués», sin reparar que él no es Marqués, sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo, no sin gran remordimiento; cuál, faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería; no hagamos

caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que, recostado en una columna, lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar los demas; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el Café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á V. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido V..... ¡Infamia!..... ¡sacarle á uno las cartas del correo!

—Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Sí, que yo no sé de lo que es capaz un escribano; ¿no hizo V. lo mismo con los fólios 86 al 97 inclusive de los autos?

—Usted me insulta.

—Yo no digo más que la verdad.

—Si no mirára.....

—¿Qué?.....

(Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!); llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fué Troya! empezó el diálogo arriba dicho, que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era

otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército á mi mujer! ¡Si será éste el conducto por donde se envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta; pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!..... Lo demas de la escena pasaria en *familia :* no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias; mas los circunstantes (narices políticas, ¿qué no oleis?) repararon que el sobre no tenía sello, y que, por consecuencia, la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su mujer por precaucion, etc. Nadie le creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para zurcir este enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma!—Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

—¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? Si no tiene carta, ¿para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que, para hallar su nombre, tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa; mira alrededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta á ofrecer sus servicios; no hallan la carta; pero ya ellos han enta-

blado otra correspondencia, que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se pára sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío; el que.....

Pero ¿adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio..... ¿Con que, no es tan indiferente? ¿con que, merece alguna atencion?..... Mas..... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado; los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835.)

---

# LAS CASAS DE BAÑOS.

## I.

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza. que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estacion, ya por la irritacion de las enfermedades. Más tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre; y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina *Odisea*, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras, para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se

componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras várias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos; y desde tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo, Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los Emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusion, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fué tan extendida por ellos, que se ha dicho que luégo que conquistaban un país, lo primero que hacian era edificar *thermas*, así como más tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fué España la ménos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y éstos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que ademas del clima les daba su religion. En efecto, así sucedió, y áun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay tambien quien los supone en la pla-

zuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú*, que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son, entre los pueblos modernos, los que han conservado el uso más habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él, entran por lo regular un un *sudatorium* ó estufa caliente, por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose ántes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias exquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fué tan general la costumbre del baño, y desde luégo puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado, un monsieur Alvert restableció en París, cerca del muelle de Orsay, una casa de baños, que aunque no más que mediana, obtuvo, por la novedad, una boga singular y fué considerada como un fenómeno de la industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos, en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el rio, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera, que no sin razon se ha dicho que en París hay en el dia tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. — Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se

calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año, en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales.)

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad, por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto, un carácter tal de voluptuosidad y de encanto, que constituye un placer verdadero, no limitado, como entre nosotros, á la estacion de verano y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dias más tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo : la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales, alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kioskos*, cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo, iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas ; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena ; los de *Tívoli*, elegantes y variados ; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es sólo bajo este aspecto con el que deben considerarse ; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas, de todos los países y de todas las especies. Barèges, Baignères, Plombières, Aix, Spa, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los ma-

nantiales, en fin, más famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli frances. En las Neothermas se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de piés á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables dueñas* (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora; los especuladores y usureros más comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los* Hércules *de teatro, y áun á los pretendientes del dia.*»

Añádase á todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas, donde se sirven variados y exquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura, y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo más exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de ella, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse, baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste más de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando, harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y

me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo más, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primera casa de baños que á la mano tenía.

## II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que, á la calle de los Jardines fué mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la prefencia; otro motivo áun más poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si áun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacia á nuestros padres; pensaba con interes (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas..... ¡qué delirio!..... el placer y la alegría de mi niñez.—Mas ¡oh instabilidad de las cosas humanas.....! Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo, que un dia hubo de bastar á las necesidades de la córte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material sólo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo

antiguo le distinguia: «Casa de baños del Cura.» *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aún escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse más á la sencillez *patriarcal* que la extravagancia de mi imaginacion me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposicion, órden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fuí dueño á contener la persuasion de que el alma del cura, fundador de aquél, podria muy bien haber trasmigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur en los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabiamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto más en el progreso del siglo; pero muy luégo hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adan; media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior, bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse.

Pero tambien grande concurrencia, mucha boga, mu-

cho favor del público. Todo estaba lleno; con que, habia que tomar billete y esperar turno y contar dos horas, sin otra distraccion que el *Diario* ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa piés de hondo para bañar el numeroso público espectador y expectante...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve más que el agua *en seco*, recordé que no léjos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien, y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanáres una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero, resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia ménos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo más útilmente posible. El estómago obtuvo por entónces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual, restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vário y animado el

espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece más interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante, que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observacion? Muchos, los más de los concurrentes, debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con más rapidez que si fuesen deslumbrados por improviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal, sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que sólo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en

cuatro dias frecuentando unos mismos baños. Ya se ve, ¡son en ellos tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura extraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el..... hasta el folletin del *Diario*, cualquiera de estos asuntos sirven de *pié* para entrar en relaciones con una linda mano; ademas, entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de.... de cualquier modo, que las más de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luégo se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrántes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniquí* (1); se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina á la persona que acaba de salir ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas*, oportunamente colocados, sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles, y luégo al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia..... ¿Qué más para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones miéntras me figuraba leer la *Gaceta*—como si fuese cosa de interes — cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; mar-

(1) Famoso drama, silbado recientemente.

qués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura expresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme más palabra, fué á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenía yo á mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinacion, y áun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72.—«Aquí está»—contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero áun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenía agarradas entrambas manos y me conjuraba *por nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba la *existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente; pero esto de irme sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fué el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza, salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

—¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí), ¡extraño modode alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡éste es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor!..... Pero entre tanto, ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible.....

—¿Adónde, señor?

—A la mejor casa de baños de Madrid; — y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos; y con efecto, no me engañé viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto, por detras de la parroquia de Santiago.— Estos (me dijo al apearme) son los baños de *la Estrella.*

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con álguien mis sensaciones, me dirigí á un sujeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

«No lo extraño (me decia el descansado caballero); yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que V. visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud, con gran asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanáres,

bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale tambien algo del famoso *Berete* y de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las exterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion;* los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria, en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas más; los vecinos de Oriente, más abajo de éstos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-Duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; éstos, en fin, en que estamos, que, segun mi corto saber y entender, son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona. »

—Todo está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar más, le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el.....

—¡Cómo! ¿qué es esto? ¿viene V. á disputarme la vez aquí tambien?

—No, amigo mio, vengo á abrazar á V., vengo á darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad..... lea V..... lea V..... y me dió á leer un pedacito de papel, en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«*Esta noche..... á las nueve..... dos golpecitos á la puerta..... fidelidad, amor y secreto.*

—¿Y qué tiene que ver con.....

—Detras del espejo del baño..... ¿qué quiere V.? ¡el amor!..... éste es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me extraño de que V. tuviera tal interes.

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el *secreto.*

—¡Ah! pero entre amigos íntimos.....

—Tiene V. razon, señor de..... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño; encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!..... creia no encontrarme en Madrid..... Por fin, me metí en el agua y..... callé.

(Agosto de 1835.)

# EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros, que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mujeres presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya, ni por asomo, el Prado de 1808, ni áun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto; no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan hoy más vuelo, más movimiento á la fantasía; en esto, como en otras cosas, se observa el espíritu innovador del siglo, y

ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos más graves, apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que, convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad ménos rígida; es á saber, *el capricho.*

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía; cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad, verdaderamente halagüeña, en trajes y adornos; el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es más bien una idea animada, una expresion del buen gusto, y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el córte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresion del alma, aquella parte animada que podrémos llamar la *poesía del traje?* Y siendo éste libre, como lo es en el dia, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así, los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes; y la frivolidad y tontería..... Pero ¿qué escogerá la tontería, que luégo no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las

voluntades. Arrastrados á su terrible carro veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas; la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca; la esbeltez del cuerpo sufria los pliegues que plugo darle á la obesidad; el hermoso cuello gemia bajo el yugo que disimulaba el feo, y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano.

¿Qué significaba entónces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada; sólo que era moda; que la modista ó el sastre lo querian; el traje no era más que la expresion : el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya, respecto al gusto, preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense despues reglas fijas é invariables : telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad y españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En várias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de

nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera.—El sombrero era ántes un adorno puramente de córte; como los uniformes y las grandes cruces, *imprimia carácter;* no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente á una señora *de coche;* y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Únicamente saliendo al campo por temporada la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon.—Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas por el terciopelo, aquéllas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡Profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explayarme, limitaréme á indicar lo más sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar la familia de mi

amigo D..... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable, y á una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4.000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fuí llamado para conferenciar *en familia.* Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela Politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que, no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando ménos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía qué el extranjerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se habia retirado á descansar, y las damas, madre é hija, se hallaban regañando á la sazon con una modista sobre el córte de ciertos vestidos y sombreros que traia á prueba; apénas hicieron alto en mí; de manera que, miéntras duraba aquella *polémica,* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con éste luégo que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas; atencion que respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura) tenía todo el carácter de la más fina galantería.

—¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma expresion, los mismos modales, el mismo metal de voz..... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!

—Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.—

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista; el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero, sobre todo, me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente; con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Ábrese ésta, y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que, con su papá y hermanos, venía á saludar al recien venido (tambien su pariente) y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde..... ¡Ah!..... se me habia olvidado que era lúnes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pié; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo

su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza, y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recien venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luégo que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. — Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni miéntras la funcion, ni al tiempo del regreso fué posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos; y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caba-

llero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros; un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand, no dudaria en compararla *á la vírgen de los primeros amores.*

Mas..... ¡oh *fuerza del sino*, ó más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia más adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pié; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja, y una cara..... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas, á anublarse; yo, á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi explicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda é irresistible impresion era á favor de Paquita; y argumentándole, como buen amigo, en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar *de su mantilla.*

(Setiembre de 1835.)

# A PRIMA NOCHE.

Fama es general, y áun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido más lato de esta palabra; generosos y áun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, exposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los países del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con más garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el más precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo*, equivale á perderle, en cualquiera lengua, y un ligero paseo por

nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaria mucho más que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol, interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj ú oyendo cantar á un ciego?—Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interes en éstas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales? Nada ménos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.

El esposo, entre tanto, sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y jeroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila alrededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos, que ofrece á sus compañeros, y disertando á la ventana, miéntras los fuma, sobre la órden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el jefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillon carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento?—Pues no señor, *está hacien-*

*do tiempo* de que el portero, que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara diciendo: «*Señor, la hora.*»

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado, con la piqueta alzada y la otra mano extendida en ademan de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte más ventajoso, una operacion más fácil, que le economice tiempo y trabajo?—Nada ménos que eso: su vista penetrante, salvando tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance:

«Medio dia era por filo;
Las doce daba el reloj;
Comiendo está con sus grandes
El rey Alfonso en Leon.»

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa, calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es más perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano), como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida á las tres; no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta; ni el paseo de ordenanza hasta que la luz del dia llega á extinguirse: es preciso perder aún otro par de horas en

un café, ó sentados en derredor de una mesa de billar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra alrededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que sólo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender á los demas; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor, y los lazos más dulces y duraderos, áun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados, porque tocando ligeramente en las botillerías y cafés para sólo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anochecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. —Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del dia; es la verdad que una estrecha mesa y un banco más estrecho aún, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto, las bebidas eran excelentes, la concurrencia era general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien dis-

putar, literatos á quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian los modales de mal tono; no se acostumbraban á repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestífero olor del tabaco, y sobre todo, no perdian lastimosamente el tiempo.....

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante.*

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace V.?

—Escribir.

—¿A quién?

—Al público.

—Excelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Véalo V.

Y le alargué el papel miéntras *hacía tiempo* de que le leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!..... tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leido mis anteriores artículos de los *Cómicos en Cuaresma* y la *Capa vieja.*

—Todo esto está muy bueno, me replicó don Pascual alargándome el papel despues de haberlo leido; pero ¿quién le mete á V. á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de *prima noche?* Míreme usted aquí: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contára á V. lo que me ha pasado miéntras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á V. el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto, luégo que empezó á anochecer y que los árboles del Prado atraian á su atmósfera una humedad

perniciosa, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces, resecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solís* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fué posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un exquisito *sentillé* á la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* á la rosa, tomado en una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros, que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable Anfitrion! Por desgracia esta operacion no puede prolongarse más que un cuarto de hora. *¡Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él, ¿qué remedio? Abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! Por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusion!..... ¡qué noticias supe allí!.... ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté y argüí, y..... parecia un Bernardotte!; pero me dolia la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre.—Transicion; contraste romántico:—1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas..... quédese para otro dia la partida. Pasemos á la sala del billar: aquélla sí que es

tranquilidad! Círculo inamovible alrededor de la mesa; senado mudo, expresivas fisonomías, escena original, iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo, para qué? para observar los movimientos de tres bolas redondas, impelidas por discursos más redondos aún. *Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado *clásico*, compuesto de antiguos abonados, que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!..... Dénme la broma y el ruido y..... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo; allí sí que hay que ver, que escuchar..... ¿Quiere V. política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima V. el derecho público? escuche V. á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, á escoger. ¿Moral? ¡allí sí que se saben aventuras! ¿Poesía? el *Parnasillo* moderno está allí. ¿Periodistas? las Gradas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de enfrente ó al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba á más no poder de aquella bataola; pero el reloj *no marchaba*, y todavía no eran más que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta, partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol, con gran séquito de desgreñadas Andrómacas, que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo, como es natural, de toda aquella bulla, que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros; y allí donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para

reflexionar sobre mi direccion.—¡Ay, señor Curioso, y cómo quisiera yo tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame V.; pocas figuras de contradanza ó de mazourka salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las boca-calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Jerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como «la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos», y como, por otro lado, recuerdo que ya V. nos ha descrito estas evoluciones en su romance *El Paseo de Juana*, nada más añadiré, ni me empeñaré en seguir paso á paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni, en fin, á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo á V.

—Recojo la palabra.

—¿Y despues de lo dicho llamará V. perderle esta manera de *hacer tiempo?* No; sino vénganos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos extranjeros. ¿Queria V., por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico ó las patochadas

de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora y que fuera lícito á entrambos sexos el concurrir á ellas? ¿Encomiaria, en fin, las tertulias de confianza, con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! Mas ¿dónde existen ya?

Acérquese V., si no, á casa de su amigo *don Melquiades Revesino.*—La puerta cerrada..... si serán dos golpes..... si serán tres..... vayan dos.—¿Quién es? (pregunta una destemplada voz desde el piso tercero).—Un hombre.—¿A qué cuarto va V.?—Al segundo.—Y cierra el balcon y se queda V. en la calle.

—Demos que le abre de caridad; demos que luégo se sube á su cuarto; demos que tira V. la campanilla del segundo, y que no están las señoras, y que sólo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa..... ¡Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras y con el portal cerrado!

Pero anímese V. á descolgarse *por vía de recurso de apelacion ó como más haya lugar* á casa del abogado don Pánfilo. Mire V. á toda la familia asustada con su visita extemporánea, y preguntarle:—«¿Qué es esto, don Fulano? ¿V. por aquí? ¿qué novedad es ésta? ¿hay algo de nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver á VV.....—Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate: y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho.—No le incomode V.—Quita tú ese velon y trae unas velas.—Señores, de cualquier modo.»—En fin, que observa V. (y es fácil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el expediente, como si dijéramos, por *hacer tiempo,* tiene que improvisar una semi-declaracion á la niña.

—Pero qué, ¿está V. ahí escribiendo jeroglíficos miéntras yo hablo? ¿Está V. *haciendo tiempo* tambien?

—Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por mejor

decir, V. le está haciendo por mí, pues que sólo escribo en taquigrafía lo que V. va hablando.

—¿De véras? ¿Y qué ha salido de ello?

—Ha salido lo que yo deseaba: un rasguño de Madrid *á prima noche*, que habrá de suplir por otro mejor.

—¿Cómo?

—Sí, amigo: yo habia bosquejado el paisaje; V. le ha dado la animacion.

(Octubre de 1835.)

---

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.


| | Páginas. |
|---|---|
| *Prólogo para esta edicion* | V |
| *Juicio crítico, por* FÍGARO | XII |
| Las Costumbres de Madrid | 1 |
| El Retrato | 7 |
| La Calle de Toledo | 15 |
| La Comedia casera | 23 |
| Las Visitas de dias | 31 |
| Los Cómicos en cuaresma | 39 |
| La Romería de San Isidro | 49 |
| La Empleomanía | 57 |
| Un Viaje al sitio | 65 |
| El Prado | 77 |
| Las Casas por dentro | 87 |
| 1808 y 1832 | 95 |
| Los Aires del lugar | 103 |
| El Paseo de Juana | 113 |
| El Dia 30 del mes | 121 |
| El Amante corto de vista | 127 |
| Las Tiendas | 137 |
| El Barbero de Madrid | 145 |
| Las Ferias | 153 |
| Grandeza y miseria | 161 |
| El Campo Santo | 171 |

Páginas.

Pretender por alto..... 179
La Político-manía..... 189
El Aguinaldo..... 197
Las Tres tertulias..... 205
El Extranjero en su patria..... 215
La Capa vieja y el baile de candil..... 223
Las Niñas del dia..... 231
El Dominó..... 241
La Compra de la casa..... 253
Los Paletos en Madrid..... 261
La Filarmonía..... 269
Policía urbana..... 275
El Dia de fiesta..... 285
La Casa á la antigua..... 297
La Casa de Cervántes..... 305
*Advertencia*..... 317
El Diario de Madrid..... 319
La Procesion del Córpus..... 329
Paseo por las calles..... 341
El Patio de Correos..... 351
Las Casas de baños..... 359
El Sombrerito y la mantilla..... 373
A Prima noche..... 381

FIN DEL ÍNDICE.

# BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

# POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

---

## *PRECIOS EN MADRID.*

**El Matrimonio.** Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca. Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**La Cuestion de Oriente,** por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Recuerdos de Italia** (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Cuarenta siglos.** Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

**Un libro para las damas** (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**La vida íntima.—En la culpa va el castigo,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Un libro para las madres,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Hija, esposa y madre,** por doña María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**La Abuela,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**El Sol de invierno,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**La Senda de la gloria,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Las esclavas del deber,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor, —4 pesetas.

* **Glorias de la mujer,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor. —4 pesetas.

* **Los Mártires del Amor,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Tres Genios femeninos,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Luz y sombra,** por D.ª María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances. —8 pesetas.

**Album poético español,** por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

**Várias obras inéditas de Cervántes,** sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**Delicias del nuevo paraíso,** por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Cosas del dia,** continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Escenas fantásticas,** por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Hechos y dichos,** por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer,** por don José Selgas.—2,50 pesetas.

* **El Mundo invisible,** continuacion

de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

**Un libro para las pollas**, por D.ª Francisca Sarasate. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**Mari-Santa**, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**Nuevos cuentos populares**, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**Amores y amoríos** (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **El Final de Norma**, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—3 pesetas.

**Verdades y ficciones**, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Larra. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**Sueños y realidades**, por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**El Comendador Mendoza**, por D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Las Ilusiones del Doctor Faustino**, por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.°—5 pesetas.

* **Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo**, traduccion directa del griego, con introduccion y notas, por un aprendiz de helenista. Un tomo en 16.°—3 pesetas.

**De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo**, por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**Letra menuda**, por D. Manuel del Palacio. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**Adriana de Wolsey**, original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**Cuadros viejos**, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

**Una Docena de cuentos**, por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Retórica y poética, ó lectura preceptiva**, por D. Narciso Campillo y Correa. Un tomo en 4.°—4 pesetas.

**La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan**, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**Manual de la Moda Elegante.**—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.° frances.—4 pesetas rústica y 5,50 encuadernado en tela.

**Cuentos**, por D. José Fernandez Bremon. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**El Libro azul**, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

**Memorias de un Setenton**, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.°—6 pesetas.

**Venturas y desventuras**, coleccion de novelas del capitan de navío don Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas**, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **La mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*), por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos**, libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Los ojos en el cielo**, libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía**, consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legacion. Un volúmen, 4.° mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

* **Nuevos poemas y doloras**, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

* **Doloras y cantares**, por D. Ramon de Campoamor; única edicion completa, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.° frances.—7 pesetas.

* **El Bazar**, revista literaria ilustrada. En las páginas de este ameno periódico hay

novelas, poesías y artículos de costumbres, escritos por nuestros primeros poetas y literatos, y multitud de bellos grabados de los más distinguidos artistas nacionales y extranjeros. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del Amor*, original de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, y en la segunda se puede leer integra la más popular y trascendental novela del insigne *Victor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.

**El Tren Directo,** por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **La Cigarra,** por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.° mayor.—Pesetas 2,50.

* **Sor Lucila** (segunda parte de *La Cigarra*), por J. Ortega Munilla. Un tomo en 8.°—2 pesetas.

**Malas costumbres.** Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesias, por D. Eusebio Blasco. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **El Médico de las Locas,** notable novela escrita por Javier de Montepin, traducida por la señorita doña Joaquina G. de Balmaseda. (Segunda edicion.) Dos tomos, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Una página de amor,** novela escrita por Emilio Zola y traducida por don José Aguilera. Un tomo, 8.° mayor frances.—Pesetas 1,50. De este interesante libro se han hecho en Paris 45 ediciones en el trascurso de ocho meses.

* **La Escuela del gran mundo,** novela original de D. Guillermo Graell. Un tomo en 8.°—2 pesetas.

* **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Un tomo en 16.° frances, con más de 700 páginas, de edicion microscópica, propia para viajeros.—Pesetas 7,50.

**NOTA.**—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 4, 6 y 8 reales vellon por volúmen.

**OTRA.**—Los títulos marcados con (*) no pertenecen á la BIBLIOTECA.

# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

| | MADRID. | PROVINCIAS Y PORTUGAL. | EXTRANJERO. |
|---|---|---|---|
| Un año. . . . | Pesetas 35 | Pesetas 40 | Francos 50 |
| Seis meses. . . | » 18 | » 21 | » 26 |
| Tres meses.. . | » 10 | » 11 | » 14 |

Cada número consta de 16 páginas gran fólio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen, se publican suplementos, grátis para los señores Suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

AÑO XL.

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias **6, 14, 22** y **30** de cada mes. Sus números y anexos, que cada año forman un bellísimo álbum de unas 1.200 columnas gran fólio, contienen agradable á la vez que instructiva lectura, inspirada en la más sana moral; dibujos para toda clase de labores y bordados, modelos y patrones trazados de [illegible]ltimas modas de París en todas las prendas del traje y adorno de Señoras, Señor[illegible] niños de ambos sexos; figurines iluminados, patrones cortados de los modelos de [illegible]or novedad, trozos escogidos de música moderna, consejos de economía domést[illegible] ejercicios de ingenio.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

| | 1.ª EDICION. | | 2.ª EDICION. | | 3.ª EDICION. | 4.ª EDICION. |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | Madrid. | Provincias y Portugal. | Madrid. | Provincias y Portugal. | Madrid y Prov. | Madrid y Prov. |
| | *Pesetas.* | | *Pesetas.* | | *Pesetas.* | *Pesetas.* |
| Un año.. . . | 37,50 | 40,00 | 28,00 | 30,00 | 20,00 | 15,00 |
| Seis meses.. | 19,00 | 21,00 | 14,50 | 16,00 | 10,50 | 8,00 |
| Tres meses.. | 10,00 | 11,00 | 7,50 | 8,50 | 5,50 | 4,25 |

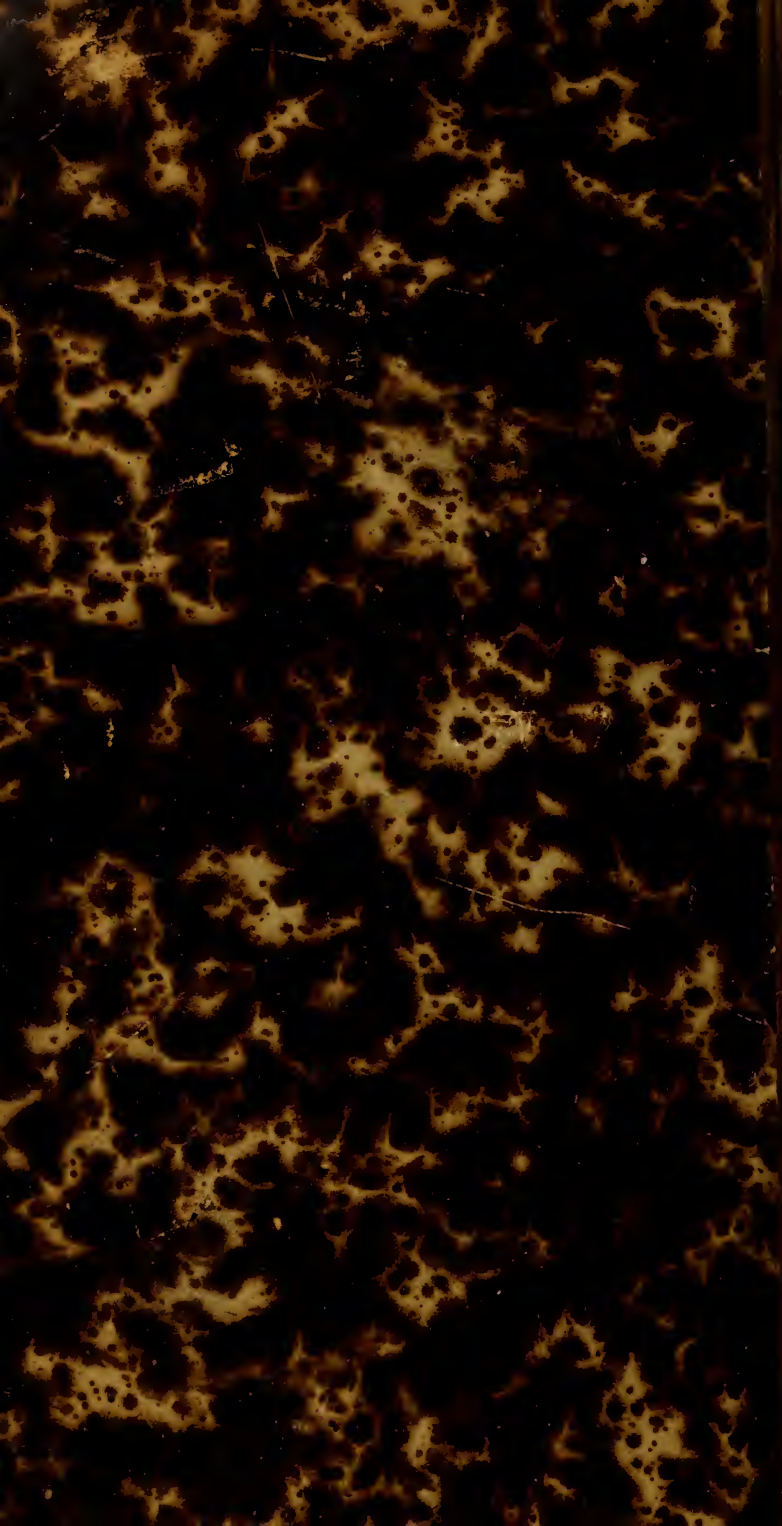
A los pedidos de suscriciones debe acompañarse su importe en libranzas del Giro mútuo, letra de fácil cobro, ó sellos de comunicaciones, certificando la carta en este último caso.

Se remiten números de muestra grátis de ambos periódicos á los que lo soliciten, dirigiéndose á la

**Administracion: Carretas, 12, principal. MADRID.**

Ls.
M5824p
34462
Author Mesonero Romanos, Ramon de
Title Panorama Matritense.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU